
UC-NRLF
$B 299 947


GIFT OF
J. C. Cebrian
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



MUNDO

INVISIBLE

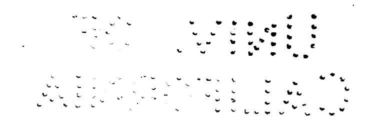
CONTINUACION DE LAS ESCENAS FANTÁSTICAS

POR

JOSÉ SELGAS

SEVILLA: 1877

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES
Tetuan, núm. 24

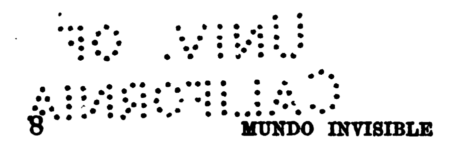


ORIGEN DE ESTE LIBRO

I

No le pregunteis á la ilustracion de nuestro siglo si realmente existen las regiones impenetrables del mundo sobrenatural, porque os expondréis á esa crítica muda y humillante que consiste en un ligero fruncimiento de la boca, que os dará por toda respuesta la sonrisa de la compasion, y que en suma viene á decir: ¡Oh que deplorable ignorancia!

Yá sé yo, que esta demostracion mímica no ha de llevar á vuestro ánimo la luz del convencimiento, y que, quieras que no quieras, seguiréis pensando que algo hay de tejas arriba que suele meterse en las cosas que



pasan de tejas abajo, valiéndose para ello de medios que se escapan á la perspicacia de la sabiduría humana.

Muy bien; pero es el caso que la ciencia de los hombres es muy celosa de su jurisdiccion, y no consiente, bajo pena de completa ignorancia, secreto ni misterio alguno en que no puedan penetrar sus investigaciones. Es decir, que lo que ella no puede explicar de algun modo, no puede existir de ninguna manera. No hay más que dos potestades supremas: la naturaleza que todo lo hace y la ciencia que todo lo sabe. Fuera del poder de la naturaleza y del conocimiento de la ciencia todo es puro desatino.

No por eso nos ha cerrado la puerta al encanto de los prodigios; nos consiente el recreo de las más estupendas maravillas, con tal de que las reconozcamos como obras suyas, porque se ha atribuido con la mayor naturalidad del mundo el poder de hacer milagros contando con no sé qué complicidades de la naturaleza. Así es que nos tiene prometida la eternidad del hombre sobre la tierra por la virtud específica de agentes naturales que se descubrirán en su dia. Del mismo modo nos ofrece la reproduccion de la especie humana por medio de la agricultura, método sencillo

que se reduce á sembrar en terrenos fértiles el polvo de los cementérios. Además nos anuncia la resurreccion de la carne que habrá de verificarse sin más intervencion que el poder de combinaciones químicas.

Como se ve, la ciencia nos autoriza á creer tan inauditos prodigios y no podemos decir que nos escasea el tesoro de sus maravillas. Con una prodigalidad que no sabrémos nunca agradecer bastante, nos facilita indistintamente la inmortalidad y la resurreccion, porque ¡oh verdadero milagro! la naturaleza seducida se burla de sus propias leyes y sumisa á los mandatos de la sabiduría del hombre no acierta yá á negarle nada.

Mas no le hableis del mundo sobrenatural, no pretendais que más allá de las realidades del mundo en que nos movemos existe un poder invisible que puede trastornar ó suspender el órden del Universo, segun convenga al fin de sus misteriosos designios. El milagro obrado por Dios es yá cuento de viejas, ahora los que privan son los milagros obrados por la ciencia. Al milagro empírico ha sucedido el milagro, digámoslo así, científico. Hemos prohibido á la Providencia el monopólio de la naturaleza y yá no se mueve la hoja en el árbol sin permiso de la ciencia.

Perfectamente; pero hé aquí que el género humano no se resigna á las estrecheces del mundo que le trazan la ciencia y la naturaleza, y no hay manera de hacerle renunciar á la idea de un mundo invisible sobrenatural, cuya atmósfera misteriosa respira en su imaginacion, en su entendimiento y hasta en su conciencia. Podréis arrancarle la fé, podréis borrar en su corazon la imágen esplendorosa del Dios Omnipotente, pero no conseguiréis nunca sustraerlo al influjo de su credulidad. Si no cree en las apariciones milagrosas, creerá en las visiones mágicas, si no cree en los santos creerá en los magos. La ilustracion que alcanzamos no le consiente creer en la piadosa comunicacion establecida entre Dios y los hombres, en cambio ahí está el *espiritismo* que le abre, como si tal cosa, las puertas del otro mundo y le facilita las más íntimas cordialidades con todos los muertos. Suprimid lo milagroso y habréis allanado el camino á todas las abominaciones y á todos los absurdos.

No deja de ser curiosa la contradiccion que se echa de ver en el espíritu humano. Por una parte se advierte el ánsia de saber, el afan de penetrar hasta los últimos rincones de las cosas, el deseo insaciable de descubrir los

más recónditos secretos, y el empeño muchas veces pueril de explicarlo todo. Por otra parte no es posible desconocer la propension que nos arrastra hácia el misterio, el dominio que ejerce sobre nosotros toda maravilla, el poder con que nos subyuga el portento.... Todo lo que es inexplicable adquiere á nuestros ojos un prestigio invencible. Se complace más nuestro espíritu en vagar por las oscuridades del arcano, que en inquirir las causas naturales de los fenómenos que admira, y miéntras los sábios averiguan, el resto de los hombres cree en la accion de un poder invisible que está fuera del alcance humano. La naturaleza no tendria yá derecho alguno á nuestro asombro, si más allá de las investigaciones científicas que nos descubren sus secretos no viéramos el arcano insondable de la suprema sabiduría que la dirije. La creacion misma es el primer milagro que hiere nuestros ojos y cuyo testimonio permanente no podrán nunca destruir las inmoderadas pretensiones de la ciencia.

Detrás de todo lo que el saber del hombre descubre, analiza y explica, hay algo que su mirada no penetra, ni su razon alcanza: algo que, invisible á sus ojos, se escapa á la perspicuidad de sus indagaciones; porque la ciencia humana

es en efecto una luz, pero, entendámonos, una luz rodeada de oscuridades y sea la que quiera la extension que alcance, y el espacio que alumbre, donde ella acabe empezará el misterio; siempre encontrará en el principio y en el fin de sus exploraciones horizontes inaccesibles.

Ello es que experimentamos imperiosa necesidad de trasportar nuestros deseos, nuestras esperanzas y nuestros temores á un mundo desconocido que no es el mundo que habitamos. Por grande que sea la algazara con que nos aturdimos al pasar por este valle de lágrimas, hay momentos de soledad y de tristeza en que la realidad misma que nos rodea nos empuja hácia esos espacios misteriosos donde parece que el espíritu respira su atmósfera propia, y me atrevo á decir su aire natal. Tristezas que nos sorprenden en medio del bullicio de la vida y que vienen á ser como la nostalgia del cielo.

¿Y qué se va á hacer contra esta mania incurable del género humano? No se contenta con el mundo y con la vida puramente material á que la ciencia moderna quiere reducirlo, y saltando por encima de tanta sabiduría se empeña en ver con los ojos de su alma las profundidades del mundo sobrenatural.

Mundo que los incrédulos ven lleno de sombras, los malvados lleno de tormentos, los justos lleno de esperanzas.

II

Y sin salir de estos cuatro palmos de tierra sobre los que tan ufanamente echamos plantas, tropezamos á cada paso con mundos que sucesivamente salen á recibirnos en el curso de la vida. Durante la infancia vivimos en el mundo de la inocencia, mundo de cielos azules y de nubes sonrosadas. Al entrar en la juventud entramos en el mundo de las esperanzas, mundo de soles resplandecientes y de horizontes interminables. Detrás del mundo de la juventud nos espera el mundo de la vejez, que es el mundo de los desengaños.

Además, cada uno lleva un mundo en su cabeza ó en su corazon. El amor es la bella perspectiva de un paraiso encantado; la region de los suspiros, de los juramentos, de las lágrimas, de las promesas eternas y de las felicida-

des sin fin. La ambicion es asimismo el mundo donde se fraguan todas las tempestades que nos agitan, y la glória es á su vez el mundo á que aspiran todos los que se empeñan en el respetable absurdo de vivir sobre la tierra despues de muertos.

Ciertamente, por lo que se ve, *Mr. Flammarion* no tenía necesidad de lanzarse á los espacios imaginarios en busca de *la pluralidad de mundos,* que deseaba descubrir, para pasear por el Universo los ócios de su espíritu.

Pero bien, todos esos mundos que la imaginacion se crea y en los que vive la fantasía, esa region desconocida llena de visiones y de espectros, de oráculos y de misterios ¿son ridículas supercherías de nuestros sentidos ó vanas alucinaciones de la ignorancia de todos los pueblos y de todos los tiempos? Convengamos en ello, mas la tendencia invencible del espíritu humano hácia toda maravilla, hácia todo prodigio, hácia todo misterio, viene á ser como la intuicion, más bien dicho, el presentimiento, y á la vez el testimonio permanente del mundo sobrenatural. Para inventar la palabra, dice *Rousseau,* fué preciso la palabra; pues bien, para que la imaginacion creara los mundos de los fantasmas, de las apariciones y de los oráculos

debió tener alguna idea, digámoslo así, algun relámpago del mundo sobrenatural, porque la imaginacion es ciertamente una loca, pero no es privilegio de ninguna locura crear lo que le es desconocido.

Sea de ello lo que quiera, es cierto que el diablo hace mucho tiempo que no se presenta personalmente entre nosotros, y áun podríamos creer que nos habia vuelto la espalda como á cosa rematadamente perdida, si no descubriera algo de sus antíguas mañas en las diabluras del *espiritismo*, en la soberbia de la ciencia, en la confusion de las ideas, en el desórden de los apetitos.... pero en realidad, con sus cuernos y sus uñas, con sus ojos de basilisco y su boca de infierno, yo por lo ménos no tengo noticia de que en nuestro tiempo se haya presentado en ninguna parte. Mas como es de suyo espíritu inquieto y revoltoso, y son tantos los desastres que contamos, es muy de presumir que anda suelto, en cuyo caso es casi evidente que viaja de riguroso incógnito. Incógnito, no quiere decir precisamente que no lo conocemos, sino más bien que no queremos conocerlo.

Claro está, que si anda suelto por el mundo no ha de estarse mano sobre mano, pues

bien podemos decir que es activo como un demonio y tan sutil que se mete por el ojo de una aguja, y siendo así, convengamos en que no ha de desperdiciar ocasion en que pueda hacer alguna de las suyas.

No hay ningun motivo para sospechar que en su habitual morada disfrute de grandes comodidades y no es extraño que se deje traer por sus antíguas aficiones al mundo, hoy que tantos placeres y tantas novedades le ofrece. ¿Por qué no ha de echar él tambien su cana al aire?

Semejante á un autor anónimo, bien puede presentarse en el teatro del mundo, á presenciar por sí mismo el éxito de su obra, confundiendo con los aplausos de las multitudes el ruido de sus propios aplausos. Aunque no sea más que por los encantos del contraste, el príncipe de las tinieblas se debe encontrar como en su casa en medio del siglo de las luces.

Estas cosas pensaba yo dando vueltas en mi imaginacion á la imágen del diablo que se me presentaba en contínua variedad de formas, resolviéndose unas en otras como esos dibujos fantásticos con que llena nuestro ojos la oscuridad, cuando reparé en un gran pliego cerrado que se hallaba delante de mí sobre

la mesa en que escribo y, como vulgarmente se dice, sacándome los ojos.

Me parecia imposible que no lo hubiese visto ántes y estaba seguro de no haberlo visto, y era al mismo tiempo indudable que se hallaba allí hacía mucho tiempo. Traté de indagar quién lo habia puesto sobre la mesa, y mis indagaciones fueron inútiles, porque nadie lo habia visto. Tampoco comprendia que el pliego por sí solo hubiera venido á buscarme.

Lo examiné atentamente, como si pretendiera descubrir en sus pormenores el secreto de su aparicion, y entónces, por alucinamiento de mis ojos ó por capricho de la luz, noté que el papel que me habia parecido blanco empezaba á tomar un tinte amarillo que se estendia formando aguas. Me restregué los párpados para hacer más clara la mirada, y me encontré con que el color amarillo empezaba á convertirse en rojo, en un rojo que llameaba, que hervia, en cuyo fondo las letras que formaban mi nombre se alargaban y se encogian, retorciéndose unas con otras, como si estuviesen vivas, y se sintieran abrasar por el fuego que el papel despedia.

Solté el pliego con toda la precipitacion de los movimientos involuntarios, parecia que

mis dedos habian temido quemarse, y me reí sin poder contenerme, del miedo de mis manos. Volví á cogerlo y, al suspenderlo en la mano izquierda, noté que pesaba mucho; lo pasé á la derecha y apénas pesaba.

Decididamente mis nervios se hallaban en un estado deplorable, y empecé á sospechar que no era mi salud tan buena como yo creia.

Entretanto el pliego permanecia cerrado, y yá era preciso penetrar en el misterio que encerraba. Rasgué el sobre y en vez de una carta me encontré un manuscrito, cuya letra me era desconocida.

Este manuscrito es el que forma el presente volúmen que entrego á la jurisdiccion ordinaria del público, para que se ria ó se asombre segun lo tenga por conveniente.

MUNDO, DEMONIO Y CARNE

BODA EN PERSPECTIVA

I

Se hablaba mucho en el mundo, de cierta boda ruidosa que estaba á punto de verificarse entre un jóven espléndido y una rica heredera. Los periódicos habian anunciado el suceso, y aunque nada tenía de extraordinario, era la novedad del momento y corria de boca en boca. Habia, pues, un gran *trousseau* en perspectiva, y fiestas deslumbradoras dignas del lujo oriental de las *Mil* y *una noches*.

En efecto, los que parecian mejor enterados, sabian de buena tinta que los novios iban á echar la casa por la ventana en celebridad del matrimonio, para lo que se hacian prepa-

rativos verdaderamente régios. Las noticias más seguras prometian maravillas, circulando en voz baja, pues para mayor seguridad del éxito se guardaba acerca de los pormenores las mayores reservas.

Únicamente se sabía, y esto en secreto, que la boda debia verificarse en la soberbia quinta que el padre de la novia poseia á algunas leguas de Madrid contígua al camino de hierro; que habria para los convidados y para los curiosos trenes especiales de ida y vuelta con gran rebaja en el precio de los billetes; que el hospedaje en la quinta sería suntuoso, y por si acaso los aposentos del edificio no eran bastantes á contener cómodamente á la concurrencia, se preparaban *sotto vozze* tiendas de campaña dispuestas con todo el *confort* apetecible.

En ocho dias se habia fijado el período de las fiestas que serian anunciadas de un momento á otro, razon por la cual las gentes visibles hacian apresuradamente sus preparativos de joyas y vestidos para figurar dignamente en ellas.

De estos ocho dias se contaban prodigios. El programa no aparecia aún en el órden en que habian de verificarse los espectáculos, pero así en detall se sabía todo. Habria

carreras de caballos y ejercicios ecuestres, cacerías en los bosques, paseos en los lagos y conciertos en los jardines, salon de juego y sala de armas, tiro de palomas y tiro de pistola, comidas campestres y fuegos artificiales.

Durante la noche se iluminarian como por encanto los lagos, los bosques, los jardines y los salones. Bajo la cascada del lago grande se estableceria un foco de luz eléctrica que debia producir un efecto mágico. La luz ingeniosamente dispuesta, imitaria alternativamente la claridad del dia que amanece á los reflejos del sol que se pone, y el agua caeria formando una triple cascada de plata, de oro y de fuego. La capilla no se abriria más que el momento preciso para que los novios recibieran la bendicion nupcial, y en la Biblioteca se estableceria el *bufet* permanente.

La concurrencia pasará ocho dias deliciosos de sorpresa en sorpresa y apénas tendrá tiempo para gozar de la variedad de los espectáculos que se preparan. Los convidados se despertarán todas las mañanas al eco de músicas lejanas que llenarán el aire de alegres acentos. Se cuenta con las cuatro partes principales, la orquesta y el coro del Teatro de la Ópera.

Como hay que atender á todas las aficiones y á todos los gustos, se anunciaba muy formalmente una lucha de fieras, para cuyo fin se habia escrito yá á un famoso domador que poseia la coleccion más completa. Tambien se preparaba una corrida de toros, en la que lidiarian con todas las reglas del arte los jóvenes más distinguidos de la buena sociedad, formando una ilustre cuadrilla dirigida por Lagartijo.

Se contaba tambien con Arderíus, que debia llevar una compañía escogida de lo más esquisito que se ha visto funcionar en el Teatro de los Bufos, para la representacion de las piezas más aplaudidas, esto es, lo más selecto del género. Habria, pues, *can can* superior, *can can* mónstruo, capaz de alegrar un entierro y resucitar á un muerto.

No paraban aquí los anuncios de la sorpresas que se preparaban. Así á media voz, y como quien no quiere la cosa, se dejaba traslucir la idea de una coleccion de cuadros vivos, proyecto que guardaban en cartera várias bellezas de primer órden aficionadas á dar vida á las obras maestras del arte con todos los encantos de sus personas.

Pero no habia de consagrarse todo al placer de los sentidos y á las realidades de los

apetitos; era preciso dedicar algo al espíritu y se habia ocurrido la idea de celebrar un par de sesiones de *espiritismo*.

Como se ve, la imaginacion no tenía nada que pedir al explendor de la boda. Los convidados y los curiosos iban á pasar ocho dias memorables en los fastos nupciales. Madrid se despoblaria, sería invitado el cuerpo diplomático, porque este cuerpo sin alma es indispensable en las grandes fiestas, como verdadero artículo de lujo.

Despues de consumado el matrimonio los novios irian á pasar la luna de miel á la India, buscando en las pintorescas regiones del Asia Central los mejores auspicios á su posteridad, allí donde estuvo la cuna del mundo; y el invierno podrian pasarlo muy bien en el Polo Norte, que es donde se encuentran los grandes inviernos.

Calcúlese si se hablaria del asunto en todos los círculos. La boda era el platillo de todas las conversaciones y las gentes se hacian lenguas no hablando de otra cosa.

La crísis ministerial puesta sobre el tapete en aquellos dias, habia perdido toda su importancia ante el acontecimiento nupcial que se venía encima. Miéntras los fondos públicos se cotizaban á doce, las noticias

referentes á los pormenores de la boda adquirian un valor extraordinario.

Bien podian desgañitarse en los escaños de ámbas cámaras los oradores más famosos, pronunciando discursos de sensacion, porque el público preocupado con las fiestas de la boda les volvia la espalda exclamando: «Hum.... charlatanes.» Ni la guerra de Europa, ni el triunfo definitivo de la Internacional, ni el mismo terremoto de la Martinica, habrian conmovido á la multitud suspensa ante la perspectiva que presentaban las bodas de la rica heredera.

Por la fuerza analógica de la denominacion *La dulce alianza* obtuvo en pocos momentos un crédito fabuloso, y un joyista, oscurecido hasta entónces, realizó de golpe todas sus existencias poniendo sobre sus empolvados anaqueles este letrero irresistible: «Al anillo nupcial.» A la vez las corbatas abandonaron repentinamente los caprichos de sus nudos para formar lazos conyugales, y hasta la repostería inventó una crema fantástica con el nombre de «suspiro de novia.»

Más aún, los poetas sintieron el influjo de una nueva inspiracion y las Doloras de Campoamor tuvieron que ceder su puesto al furor de los himnos epitalámicos. Por último, los

vendedores de fósforos no tenian manos para despachar cajas con el título de «Antorcha de himeneo.»

No se hablaba, pues, de otra cosa; las fiestas destinadas á celebrar las bodas de la rica heredera, formaban, por decirlo así, la atmósfera que se respiraba, porque el mundo estaba lleno de los fulgores de la boda, mucho ántes que los envidiados novios estuviesen unidos para siempre. Así se celebraba de antemano el fáusto, no lo fáusto del suceso.

II

LA CARTA

Entretanto, el dichoso mortal destinado á entrar con tanto ruido por las puertas del matrimonio, gozaba de su celebridad con la tranquilidad de conciencia con que cualquier hombre honrado disfruta la posesion de aquello que legítimamente le pertenece. Llegaban á sus oidos los rumores con que la fama llenaba el viento de la publicidad y aquel *rum rum* de asombro, anticipado á los prodigios que iban á realizarse, formaba á sus oidos la sinfonía más agradable del mundo.

Influido por esa parte de vulgo que todos tenemos, descendia de las alturas de su fortuna y, confundiéndose con la multitud que repetia su nombre, se admiraba á sí mismo.

Dudoso alguna vez de tan próspero destino acudia al espejo buscando en la instabilidad de la imágen, la identidad de su persona. Allí, delante del cristal en que se dibujaba, se reconocia y, frotándose las manos en íntimo aplauso, exclamaba diciendo:

—«¡Ah! ¡Ese soy yó!»

Y no se veia como una simple figura humana extrictamente reproducida por la luna del espejo, sino que se contemplaba rodeado de luz, envuelto en una atmósfera brillante que flotaba á sus piés como una nube y envolvia su cabeza como una aureola. Se creia en presencia de un sér superior, y con la sonrisa en los lábios se inclinaba ante sí mismo.

El lujo con que estaban vestidas las habitaciones de su casa aumentaba el prestigio de estas apariciones, realzando la mágia con que el cristal dibujaba los contornos de su persona.

En una de estas contemplaciones vió deslizarse por detrás de su imágen una sombra que oscureció la claridad del espejo y disipó la aparicion de la misma manera que se disipa el humo en el aire, y como el que despierta de un sueño profundo, se encontró manos á boca con su ayuda de cámara que, con una

sonrisa casi imperceptible, le presentaba una pequeña bandeja de plata sobre la que se veia una carta.

Levantó la mano y señaló con el dedo una mesa cubierta con un rico tapiz de Persia y el criado dejó la carta sobre la mesa y salió de la estancia guiñándose el ojo izquierdo.

Poco despues la carta pasó de la mesa á las manos del futuro marido de la rica heredera. Antes de abrirla examinó el sobre que correspondia por todas sus circunstancias á la persona á quien iba dirigida, pero la letra del sobre-escrito era sumamente inglesa y de una correccion admirable; á media legua olia á escritorio. En cuanto al papel en que estaba escrita la carta, era de pliego grande azul rayado, papel de libro de caja, de ese en que extienden sus facturas y sus cuentas las casas de comercio.

No pudo disimular un gesto de desden y por el movimiento de la mano, es seguro que tuvo intencion de arrojar léjos de sí aquel papel mercantil; pero ántes de condenarlo á su soberano desprecio, buscó la firma y al verla varió completamente de pensamiento. Yá se ve, era la firma del opulento banquero, del padre de la rica heredera, la firma original de su futuro suegro.

Sin duda le daba cuenta de los preparativos hechos para el mayor esplendor de la boda y fijaba el dia en que habian de echarse las campanas á vuelo.

Irguió la cabeza ante la próxima realidad de su dicha y leyó lo siguiente:

«Mi buen Elías: Se acerca el momento en que podré dar á usted el dulce nombre de hijo. Ningun obstáculo se opone á esta union, porque entre nosotros no podian suscitarse nunca esas miserables cuestiones de maravedises á que el mundo da tanta importancia. Celia es mi hija única y por consiguiente mi única heredera. Mas hay que pensarlo todo: la vanidad es el demonio favorito de las mujeres y conviene no dar pávulo á esa debilidad, que suele ser funesta. Ella sabe que es millonaria, porque yo, loco de mí, no he pensado nunca en ocultárselo...... Ahora que su felicidad es todo mi pensamiento creo que he sido poco prudente. Usted es sumamente delicado, y yo sería el hombre más lijero del mundo si no hiciera justicia á las nobles susceptibilidades de su carácter, y pensando en todo me ocurren algunos temores relativos á la futura paz del matrimonio.»

Hasta aquí llegaba la primera página de la

carta, y ántes de volver la hoja Elías se pasó la mano por los ojos como si no viera con bastante claridad la hermosa letra de la carta. Luego siguió leyendo:

«El equilibrio, querido amigo, es el secreto en el cual consiste la estabilidad de todas las cosas y en las intimidades de la vida conyugal es indispensable. Vea V., hoy mismo el problema que tiene en expectacion á los grandes capitales es el equilibrio europeo. Ahora bien, ¿doto á mi hija con la suma total de los bienes que poseo...? Esta sería mi determinacion, pues para mí habitual sobriedad bien poco necesito; pero debemos atar todos los cabos. Mi hija es un tanto voluntariosa y puede llegar un dia en que le eche á usted en cara el exceso de su riqueza. Yo sé que usted no lo sufriria y las consecuencias serian incalculables. ¿Qué hacer? ¡Ah! ¡Es tan ingenioso el cariño de un padre! Hé aquí el sacrificio que hago en áras de su felicidad. La carta dotal de Celia representará un valor equivalente al de los bienes que V. aporte al matrimonio. No debe ser más, pero yo no puedo consentir que sea ménos. Avise usted, pues, á su administrador para que me facilite una nota del capital de que V. dispone. Conozco la rigorosa exactitud del hombre á quien

tiene usted confiada la administracion de sus rentas, y estoy seguro de que no consentirá que usted disminuya el verdadero valor de su patrimonio por un rasgo de delicadeza que aplaudiria si no me ofendiera.»

Así terminaba la carta del futuro suegro, cuya lectura dejó á Elías cavizbajo y pensativo. Encontraba en el fondo de este raro documento tanta oscuridad, que andaba á tientas por el laberinto de sus frases sin encontrar salida. Perdido su pensamiento en las encrucijadas de la carta, sintió de repente que un abismo se abria delante de sus ojos. Era más que un abismo, era un sepulcro, más que un sepulcro, era una caja vacía.

Hasta entónces no habia pensado en el estado verdadero de su patrimonio, y al querer sondear las tinieblas de su bolsillo le asaltaban temores que nunca habia conocido. Las sumas invertidas en los fastuosos despilfarros de su opulencia se le representaban bajo formas grotescas que lanzaban á su rostro atónito todas las muecas del escarnio. Enanos de enormes cabezas danzaban á su alrededor, al mismo tiempo que vaciaban con manos invisibles cántaros llenos de oro en pozos sin fondo, á la vez que abrian sus bocas desgarradas formando en el aire sucesiones de ceros.

Hacía esfuerzos inútiles por desvanecer la vision que llenaba sus ojos, porque se resistia ni más ni ménos que si estuviese dotada de una realidad invencible. La veia al través de los párpados y si se cubria los ojos con las manos, la veia al través de las manos.

La vision se alejaba poco á poco disminuyéndose allá en el fondo de una perspectiva sin límites, y en el momento en que parecia pronta á extinguirse renacia de nuevo con rasgos más vivos y con pormenores cada vez más tenaces.

Á todo esto la carta del Banquero flotaba sobre aquella nube de cabezas informes, agitando sus dos hojas como dos alas, y cerniéndose sobre la frente del futuro marido de Celia, como el águila sobre su presa; lo miraba y se sonreia, sin que él acertara á explicarse con qué ojos puede mirar una carta, y con qué boca puede sonreirse.

¿Duró mucho tiempo el espectáculo de esta escena increible? No se sabe.... Acaso un minuto, acaso un siglo. Tal vez las dos cosas á un mismo tiempo, porque hay instantes que contienen siglos. La eternidad no es más que un instante siempre presente.

III

EL ESPECTRO

Sea como quiera, ello es que al fin salió del mundo de las ilusiones y decidió averiguar hasta qué punto era una realidad su opulencia, porque empezaba á temer que al tocarla con sus manos, iba á desvanecerse como un fantasma. ¿Habria sido el esplendor de su vida una vana apariencia? ¿Estaria todo ello reducido al encanto de un sueño del que era preciso despertar? Aquellos salones suntuosos enriquecidos por el lujo y por el arte, aquellos magníficos trenes que hacian temblar la tierra como el carro de Júpiter, al rodar por el empedrado de las calles, aquel manantial de oro que contínuamente brotaba de sus

manos, ¿no serian más que bellas mentiras?... Entónces ¿qué podia ser verdad en el mundo?...

Discurria así contemplando con ojos inciertos el oráculo que habia de descifrar el enigma.

No me atreveré á decir que el oráculo era un hombre de carne y hueso, porque el administrador á quien Elías tenía confiado el manejo de sus rentas carecia de las vanas exterioridades de la carne. Como hombre verdaderamente positivo, sólo habia conservado en la liquidacion de su persona la parte sólida. Desde luego se advertia en el conjunto de su sér la rigidez del guarismo; era una suma viva, un número de huesos anatómicamente colocados en un saco humano.

La frente del administrador habria sido estrecha en sus primeros tiempos, pero poco á poco fué invadiendo los dominios de la cabeza y yá podia tomarse como una frente espaciosa. Dos patillas rectas se descolgaban desde las sienes con ciertas pretensiones inglesas, marcando la estrechez del semblante y la seriedad de su longitud. En cuanto á los ojos, las pupilas se escondian en la profundidad de las cuencas, ni más ni ménos que pudieran hacerlo dos monedas en el fondo de dos bolsillos. Por triste que fuese la índole del

espíritu que lo animaba, alguna vez encontraria ocasion en el mundo para reirse, mas su risa debia ser interior, de puertas adentro, en razon á que la boca no tenía espacio en que extenderse. La hilaridad, pues, se hallaba contenida en el fruncimiento de sus lábios, de la misma manera que el muelle está contenido dentro del resorte. Se puede decir, que no tenía cara para la risa.

En el aire exterior de su persona se notaba la atmósfera lóbrega y fria de los subterráneos: un termómetro puesto bajo su influencia habria bajado á cero. Sus movimientos carecian de espontaneidad, parecian sujetos á un verdadero rigor automático; no se desperdiciaba en ellos nada de esa movilidad que en España derrochamos y que en Inglaterra se economiza: era en este punto un inglés que no hablaba más que con la boca.

Frente á frente de Elías formaba un contraste que saltaba á la vista, porque el afortunado mortal destinado á recojer la herencia del Banquero, era el reverso de la medalla. El calor de la juventud aumentaba en él la expresion que da el calor de la vida; sus ojos pardos, medio adormecidos por el sueño de los placeres en que vivia, relampagueaban de vez en cuando, como esos vapores lejanos

que anuncian las tempestades. Su fisonomía, movible como la superficie de un mar agitado, expresaban de contínuo la diversidad de afectos que pasaban por su alma.

Realmente en uno y otro se encontraban las líneas geométricas que forman la figura humana; pero ¡qué diferencia! Surgia entre ellos la misma distancia que hay entre el bullicio del mundo y la soledad del sepulcro. Eran un hombre y un cadáver; el primero vivia, el segundo se sobrevivia. En la geometría hemos encontrado el único punto de semejanza exterior que los acercaba y sin salir de la ciencia de las cantidades podemos hallar la diferencia interior que los alejaba. Eran uno la fantasía del álgebra, el otro la precision de la aritmética.

Se contemplaban mútuamente guardando entrambos un profundo silencio. Elías, absorto porque nunca la figura de su administrador le habia parecido más cadavérica, y se creia en presencia de un espectro; el espectro porque era de suyo sombrío y silencioso.

Al fin Elías le señaló una magnífica butaca de terciopelo de Utrech, y el espectro se sentó, como obedeciendo á la presion de un resorte y haciendo crugir sus huesos al sentarse. Despues le presentó la carta del Banquero y

el administrador alargó su brazo descarnado y la cogió con dos dedos lo mismo que hubiera podido cogerla con unas tenazas.

La leyó con semblante impasible, y, despues de leida, arqueó las cejas en señal de muda admiracion, diciendo con voz sepulcral:

—Exacto.

—Bien—añadió Elías, mirando con indiferencia las molduras del techo.—Hay que facilitar la nota que se pide.

—La nota—murmuró.—Es inútil.

—¡Inútil!... ¿Por qué?...

—Porque la liquidacion no arroja más que ceros.

—¡Ceros!...—exclamó clavando sus ardientes miradas en las cuencas vacías del espectro.

—Ceros—repitió éste como un eco.

—Es decir—preguntó—¿Estoy arruinado?

—Exacto—le contestó, añadiendo un pliegue más al fruncimiento habitual de su boca.

Elías se puso de pié y dió un paso hácia su administrador con todo el aire de una tempestad; pero se detuvo y cruzando los brazos dijo:

—Y bien. ¿Podré yo saber cómo ha sido esto?

La respuesta del administrador fué exten-

der sobre la mesa una liquidacion empedrada de números que aparecian encerrados en casillas y formados en columnas.

Á los ojos de Elías el cuadro de aquella liquidacion tomó inmediatamente formas fantásticas. Cada una de las cifras que tenía delante representaban restos mortales de cantidades muertas; cada guarismo era un cadáver que se levantaba como evocado por un conjuro, cada casilla un nicho; los guarismos se convertian en letras, y las letras formaban epitafios. «*Aquí yacen treinta mil duros, aquí sesenta mil, aquí cien mil.*» Por todas partes veia los despojos fúnebres de una riqueza que se habia tragado la tierra. Aquello no era una liquidacion, era un cementerio.

Y sin embargo, allí mismo, en presencia de la realidad de aquellos lúgubres dominios de la muerte, veia surgir el fugitivo fantasma de la vida. Por una parte se la representaban los afanes, las inquietudes, el trabajo de muchas generaciones acumulando el caudal de toda aquella riqueza que habia venido á parar á sus manos. Por otra parte veia levantarse la vision de los placeres y al fausto de los vicios y de las disipaciones en que habia consumido en unos pocos años el producto reunido á fuerza de tanta paciencia y de tanto tiempo.

En sus manos acababa de espirar toda la herencia de sus padres; habia necesitado para vivir los breves instantes de su opulencia la vida de muchas generaciones.

—¡Ah!—exclamó, fijando en el administrador sus miradas desoladas.—¡Estoy arruinado!

—Arruinado—contestó el espectro con la misma voz con que la muerte hablaria á un moribundo.—Los excesos de los gastos sobre los productos de las rentas han ido mordiendo en el capital hasta que lo han devorado.

—No lo sabía.

—Hum—replicó el administrador.—Las cuentas hablan.

—No las he visto—insistió Elías, queriendo apartar de sí la responsabilidad de su ruina.

Aquella especie de sombra humana que acababa de abrir sobre el rico tapiz que cubria la mesa el abismo de una liquidacion tan desastrosa, se levantó de la butaca como un muerto de su sepultura, se inclinó delante de Elías presentándole la desierta redondez de su calva, como si quisiera arrojar á su rostro el último cero, y deslizándose por la mullida alfombra que cubria el pavimento desapareció detrás del

soberbio cortinaje que cubria la puerta. Cortinaje suntuoso que brillaba en áquel momento á los ojos de Elías como una burla de su destino, como los harapos de su lujo, como la mortaja en que se envolvia el cadáver de su opulencia.

Apénas se vió solo lanzó á su alrededor miradas furiosas, como quien busca una víctima, y no encontrando ninguna digna de su enojo se precipitó sobre la mesa, en la cual negreaban resaltando en la blancura del papel los guarismos inexorables que daban testimonio de su ruina. Allí alzó el puño y lo dejó caer sobre la mesa con todo el ímpetu de su ira. La caoba crugió bajo el peso de tan tremendo golpe, rechinaron los cristales estremecidos, tembló el pavimento y el artesonado del techo se bamboleó como si fuera á desplomarse.

Al mismo tiempo las cortinas que cubrian la puerta se entreabieron y la imágen del espectro apareció de nuevo.

Quiso Elías lanzarse sobre ella, pero sintió en sus piés un peso enorme que sujetaba sus pasos. En cambio la imágen pavorosa que tenía delante se le iba acercando, haciendo crujir sus huesos al escurrirse sobre la alfombra.

Se encontraban frente á frente y tan cerca que Elías recibia en su rostro la respiracion helada de aquel cadáver mudo y silencioso que parecia complacerse en provocar su ira.

Entónces tendió los brazos para deshacerlo entre sus dedos, pero las manos encadenadas por una fuerza invisible cayeron desfallecidas.

Quiso hablar y no pudo, porque la voz salió de su boca sin sonido, sus ojos se oscurecieron, intentó retroceder y cayó desplomado.

En medio de la oscuridad que lo cegaba veia la imágen del espectro que se inclinaba sobre él con aire victorioso, como el vencedor sobre el vencido.

Despues de un momento de muda contemplacion, el vencedor implacable alargó el brazo y puso el dedo sobre la frente de su víctima. Elías se estremeció, cerró los ojos y sintió circular por sus venas el frio de la muerte.

IV

UN PLAZO

Á todo esto, era preciso presentar la nota pedida por el Banquero ó renunciar á la mano de su hija, porque es de presumir que el famoso millonario no habria de entregar la mano de su heredera á un hombre que no tenía sobre qué caerse muerto. Acerca de este punto, yá sabemos por su carta que consideraba como fatal auspicio para la felicidad del matrimonio que Celia, excediese en bienes de fortuna á su marido. Y vaya usted á sacar de la cabeza de un padre millonario, la idea de que su hija va á ser la mujer más desventurada de la tierra, con cinco ó diez ó quince mil duros más de renta.

La alternativa que se presentaba no podia ofrecer duda alguna; la boda tan ruidosamente anunciada estaba deshecha. El mundo no perdonaria fácilmente este chasco dado á su credulidad y pediria una víctima en compensacion de los goces de que habia sido alevosamente defraudado.

La víctima se hallaba señalada de antemano, no podia ser más que Elías; Elías que habia derrochado alegremente todo su patrimonio en los placeres del mundo. El castigo en estos casos es siempre el mismo: la víctima pasaria por el tormento de ser desollada viva en todos los círculos, y en esta ocasion podemos decir en todos los circos.

¿Han pensado ustedes alguna vez acerca del horror que inspira el verdugo?

Á Elías no podia ocultársele lo terrible de su situacion y al verse arruinado se declaró sencillamente hombre muerto. Pensando detenidamente acerca del caso que la cuenta le presentaba, no veia realmente en la pobreza más que una forma de la muerte; la muerte pero sin morir; se consideraba más que muerto, porque iba á ser enterrado vivo. Su alternativa era ésta: ó morir ó enterrarse.

Consideraba la pobreza como la sepultura de los que mueren y continúan

respirando por una mera tenacidad de los pulmones, y la sola idea de la miseria le crispaba los nervios. Pasar de rico á pobre era á sus ojos pasar de una vida á otra, del mundo en que se vive al mundo en que se muere.

Hacía veinticuatro horas que daba vueltas en su pensamiento á todas estas consideraciones, pensando y midiendo las dificultades de su situacion, como hombre que no quiere partir de ligero; porque despues de los primeros arrebatos de su cólera habia sucedido la calma, serenándose su espíritu como se serena la atmósfera despues de la tempestad, y quieras que no quieras empezaba á mirar la crueldad de su destino con cierta frescura.

Por dentro iria la procesion, pero su semblante no descubria las agitaciones de su ánimo. Acababa de almorzar con su apetito ordinario, y saboreaba las dulzuras de un soberbio habano cuyo humo sustancioso se elevaba en el aire, formando sobre su cabeza ondas azules.

No se puede decir que rebosaba en su semblante el regocijo del hombre á quien le ha caido la lotería, pero tampoco podia colegirse, por la expresion del rostro, que se hallaba con un pié en el sepulcro.

Hablando consigo mismo se decia:

—Bueno. En la imposibilidad de sustraerme á la miseria que me amenaza, no encuentro más recurso que dar media vuelta y desaparecer de la vida. Sepultura por sepultura, prefiero aquella en que todo desaparece y todo se olvida. De cualquier modo el mundo ha de desollarme, y puesto que está en mi mano elegir, elijo que me desuelle muerto.

Parecia satisfecho de la precision de sus conclusiones y áun admirado del juicio con que discurria en asunto tan grave. El suicidio se le presentaba como la solucion más razonable, pues en el círculo en que se veia encerrado no encontraba más salida que la muerte.

—¡La muerte!—exclamaba.—Ciertamente no es una cosa agradable dejarse la vida cuando parece que todo nos convida á vivir, cuando yá, digámoslo así, se ha acoplado uno en ella y se siente con fuerzas para ir tirando hasta la consumacion de los siglos. Por otra parte, la idea de aniquilarme por mi propia mano envuelve una ingratitud horrible. Yo me he tratado siempre bien; me he proporcionado placeres, satisfacciones, todo cuanto puede hacer amable la vida, y en cambio ¿es ese el pago que voy á darme?

Una nube de humo se escapó de su boca entreabierta, la siguió con ojos distraidos y

luégo que la vió desvanecerse siguió diciendo:

—Despues de todo, la cosa no merece pensarla tanto; ello al fin no es más que un momento: ser y no ser.... Poco á poco, eso de no ser me parece bastante oscuro.... ¿Qué habrá al otro lado del sepulcro?... ¡Demonio! Me iba tan bien en esta vida que no he pensado un momento siquiera en la otra. Es un viaje, intempestivo. ¡Qué he de hacerme yo allí, en un país desconocido, sin amigos, sin relaciones, sin conocer los usos y las costumbres, sin tener la más ligera nocion del idioma!.. Ah, voy á hacer un papel muy triste.

Esta última reflexion parecia que pesaba mucho en su ánimo, pues recogió una gran bocanada de humo y se quedó pensativo.

Sin embargo, despues de algunos instantes de meditacion, alzó la voz y dijo:

—Es preciso morir.

Inmediatamente se preguntó:

—¿Cuándo?...

En el acto se contestó diciendo:

—Pronto.

Faltaba un pormenor á saber; qué género de muerte habia de elegir para poner término á su vida. Acerca de este punto experimentaba cierta perplejidad; no sabía á qué carta que-

darse. Se le presentaban tantas maneras de resolver el caso, que dudaba cuál de ellas sería la mejor. ¡Oh terrible crueldad de su destino! ¡Se veia obligado á elegir él mismo el género de muerte que habia de poner fin á sus dias!...

Un nuevo pensamiento debió agitar su espíritu, porque abrió ansiosamente los ojos como el que ve algo inesperado, exclamando al mismo tiempo:

—¡Ah.... Celia.... Celia!...

El acento con que pronunció el nombre de la hija del Banquero, revelaba una emocion profunda.

—¡Qué cosas se ven—dijo—desde los umbrales de la muerte! Jamás Celia me ha parecido tan hermosa como en este momento.... Las miradas de sus ojos negros penetran en mi alma, llenándolo de dulzuras inexplicables.... Hasta ahora no habia comprendido todo el encanto que se encierra en sus sonrisas.... Me parece que no la habia visto ántes. Siento que su imágen se levanta en el fondo de mi corazon; oigo su voz que me llama y veo que me tiende su mano como si quisiera detenerme en el borde del sepulcro abierto delante de mis piés... ¡Oh Celia.... Celia.... esta vida te pertenece!... ahora lo

conozco, ahora que no acierto á separarme de ella!... ¿Qué valdria para mí si no fuese tuya?... Morir es alejarme de tí, condenarme á una ausencia eterna.... Los recuerdos de este amor que tú sola has sabido infundirme, se apagarán al fin en tu memoria.... ¡Se olvida tan fácilmente á los muertos!... Pues bien, viviré, tu olvido sería para mí mil veces más cruel que la muerte.

Al pronunciar las últimas palabras se irguió tomando la aptitud del atleta que va á sostener una lucha formidable. Y con la cabeza echada hácia atrás, los brazos extendidos y la mirada fulminante parecia desafiar al mundo entero.

La belleza de su figura recordaba á Apolo, la firmeza de su aptitud descubria á Hércules. Estaba á la vez hermoso y fiero; la hija del Americano, al verlo, habria encontrado bastante motivo para envanecerse de aquella pasion de última hora.

Mas pronto se aflojó la tirantez de sus músculos, se apagó el fuego de sus ojos, y cruzando los brazos y doblando la cabeza volvió á repetirse estas tristes palabras:

—Es preciso morir.

Luégo, echando las manos á la espalda y balanceándose sobre las piernas, dijo:

—Bah! Solamente el demonio sería capaz de sacarme de este atolladero. Dicen que es un personaje bastante listo, poco escrupuloso y que suele servir á los amigos. Ah, caballero, si usted tuviera la bondad de entenderse conmigo, puede ser que hiciéramos un buen negocio. Pero sospecho que ha de ser usted una de tantas reputaciones usurpadas, cualquiera hombre de nuestro siglo le da á usted cien vueltas en ménos de un minuto.

Dicho esto comenzó á pasearse de un extremo á otro de la estancia en que se hallaba, y trascurridos algunos minutos de silencio se detuvo diciendo:

—Ea, está visto, no me queda ni el recurso del demonio. Vamos, el demonio es un pobre diablo.

Hecha esta observacion se llevó el dedo á la frente como si quisiera detener en su cabeza algun pensamiento fugitivo y añadió:

—Vamos despacio. En realidad no tengo una gran urgencia de matarme. La nota de mis cuantiosos bienes no es cosa que se hace en un dia. Mi futuro suegro bien puede esperar ocho dias ántes de saber que estoy arruinado. Cada dia que pase añadirá un millon á la dote de su hija.... Muy bien; tengo delante un plazo de ocho dias, al octavo me saltaré

la tapa de los sesos, si no encuentro otro recurso ménos incómodo.... Ahora á vivir.... en ocho dias se puede vivir un siglo.... quiero desquitarme de mi temprana muerte.

Y diciendo y haciendo tiró de todos los cordones que encontró á la mano, haciendo sonar á la vez todas las campanillas de la casa. Unos por unas puertas y otros por otras, todos los criados de su servidumbre acudieron desalados.

—Ea—dijo—á vestirme.... El coche inmediatamente, el coche. Mañana una comida de veinticinco cubiertos.

Á los pocos minutos bajó la escalera derramando alegría, salud y dinero.

Aquel plazo de ocho dias le habia vuelto la vida.

V

DEL OTRO MUNDO

Ocho dias pasan pronto, y en medio de las disipaciones del mundo pasan como un soplo.

Elías se despertó aquella mañana con la frente tranquila, la mirada serena y la sonrisa en los lábios. Se desperezó con todo el abandono del hombre que ha dormido profundamente, y guiñándose el ojo en señal de secreta inteligencia y dando á su voz el tono más lúgubre que le fué posible, dijo:

—No hay más remedio que morir.

Enseguida se vistió lenta y silenciosamente sin el auxilio de su ayuda de cámara, pues decidido á morir queria amortajarse

por sus propias manos. Como se trataba de un viaje, eligió un traje de camino y un buen abrigo forrado de pieles, porque no era cosa de dejarse sorprender por el frio de la muerte.

En un pequeño *cabá* de piel de Rusia colocó sus joyas y vació todo el oro que contenia su gaveta. Hechos estos preparativos cogió la pluma, y con pulso tranquilo y mano sosegada escribió lo siguiente:

«Dentro de pocos instantes Elías Puentereal habrá dejado de pertenecer al número de los vivos. Al despedirse de la vida deja en el mundo una gran herencia disipada, y un nombre que pronto será olvidado. No busqueis su cadáver porqùe vá á hundirse en una sepultura impenetrable. No quiere afligiros con el espectáculo de sus restos mortales. He elegido una muerte bastante original que no dejará rastro alguno sobre la tierra. Me preparo una solemnidad fúnebre digna de mí: yo mismo me he amortajado y yo sólo asistiré á mi entierro.»

Sin dejar la pluma, leyó palabra por palabra lo que acababa de escribir, y añadió como su última disposicion testamentaria, que se vendiesen en pública almoneda los muebles y objetos que formaban el menaje

de su casa, y que su importe se repartiese en partes iguales, entre todos sus criados. Viendo que no tenía nada más que añadir mojó la pluma para estampar su firma al pié de lo escrito.

Ántes de trazar la primera letra se detuvo porque un ruido repentino y cavernoso semejante al trueno de un terremoto, hizo temblar las paredes del edificio.

—¡Demonio!—exclamó.—No he oido jamás un coche más estrepitoso. Parece que ha pasado el carro de Júpiter, ó el carro tempestuoso de Calígula, ó al ménos la carroza arrastrada por mujeres desnudas en que paseaba Eliogábalo las calles de Roma.

Satisfecho de su erudicion volvió á mojar la pluma para estampar la firma, pero pasó por sus ojos una sombra que le hizo levantar la cabeza y se encontró frente á frente de un personaje tan inesperado como desconocido.

—¡Ah!...—exclamó poniéndose de pié.—Creí que estaba solo.

—Quieto, quieto—le dijo el personaje desconocido.—Soy aquí persona de bastante confianza para que se gasten conmigo cumplimientos inútiles. Por lo demás, comprendo perfectamente el asombro que causa mi presencia. No he querido que los criados

me anuncien, he violentado la consigna y me he entrado hasta aquí como Pedro por su calle. No sé entrar de otra manera en la casa de mis amigos.

—¡Amigos...! repitió Elías sinceramente admirado.

—Sin duda—le replicó,—amigos, y amigos antíguos.

Y diciendo esto presentaba su persona á las miradas escudriñadoras de Elías, que lo examinaba de piés á cabeza, diciendo:

—No sé; la memoria no me trae ningun recuerdo. Es posible que nos hayamos visto alguna vez, pero en este instante no caigo....

Y ciertamente la figura del misterioso personaje, vista una vez, no era para olvidada. Su barba roja de color de cobre, sus ojos cenicientos, en los que brillaban miradas semejantes á los resplandores de un incendio lejano, la expresion audaz de sus cejas lijeramente fruncidas por la tension de un pensamiento constante; su frente alta, espaciosa, pálida y triste como la soledad de un desierto, su boca desdeñosa y burlona, daban á su fisonomía un aspecto extraño.

Al mismo tiempo ostentaba en toda su persona una correccion de líneas admirable. La belleza asomaba allí como las claridades in-

decisas del sol al través de un cielo nublado, era una hermosa planta en la que se veia algo parecido á los estragos del rayo. Habia en el conjunto de su belleza, desolacion, luz y tinieblas, la sombra de las tempestades y el fuego de los relámpagos.

Su edad sería la edad de la juventud, pero de esa juventud gastada por las pasiones. Si puedo expresarme así, diré que se reunian en él á un mismo tiempo la vida y la muerte, la juventud y la vejez, un cuerpo nuevo en la vida y un espíritu cansado de vivir. Si á este hombre le hubiera ocurrido la idea del suicidio, habria pensado en el suicidio de su alma.

Tal era, á primera vista por lo ménos, el personaje que Elías observaba sin poder reconocerlo. ¿Dónde lo habia visto? en ninguna parte. ¿Cómo, pues, pueden ser amigos dos hombres que nunca se han conocido?...

Viendo este extraño personaje la inutilidad del exámen de que era objeto se sonrió, exclamando:

—Oh flaqueza de la memoria humana. Veinte años han bastado para poner entre nosotros la inmensidad del olvido. ¿Y qué son veinte años? un minuto, un instante.... nada.

El acento sombrío con que pronunció es-

tas palabras le debió parecer de malísimo gusto, y queriendo corregirse prorrumpió en una furiosa carcajada.

—Vamos,—añadió—¿es verdad que no me conoces?

—Yo—contestó Elías encogiéndose de hombros—no encuentro en mi memoria un nombre que aplicar á la persona que tengo delante.

—Veamos si yo puedo ayudar á tu memoria. Allá en nuestro pueblo, hace más de veinte años éramos inseparables: yo te seguia como la sombra al cuerpo; yo era el brazo que ejecutaba todas las perversidades que te ocurrian: ¡cuánto daño hacíamos! ¿Te acuerdas? Mas yo era siempre el que pagaba con terribles castigos tus hazañas.—Tú eras rico.... Tu padre poseia las tres cuartas partes de la tierra de labor que formaba la riqueza del pueblo. Por aquellos contornos no se podia dar un paso sin permiso de tu padre. Tú no podias vivir sin mí, pero yo no era más que el hijo de tu nodriza.

—¡Ángel!—exclamó Elías abriendo desmesuradamente los ojos.

—Ese es el nombre que entónces llevaba. ¿Te acuerdas yá? Tus padres te tenian

destinado un gran papel en el mundo y encargaron al mundo que diera la última mano á tu educacion. Oh—exclamó con visible alegría.—El mundo es un maestro que no tiene precio. Tú poseias yá las más bellas cualidades para recibir con fruto sus lecciones, y me parece que no has desperdiciado el tiempo. ¡Soberbia vida! ¿Eh? Te ví partir de nuestra aldea llena mi alma de tristeza, porque tambien tenía yo afan de ver el mundo, y devoré algunas lágrimas al verte doblar el *Cabezo negro* en la punta de los olivares donde forma un recodo el camino. Tú ni siquiera volviste la cabeza. Me quedé solo, y desde aquel momento formé mi resolucion.... anochecí y no amanecí. Tampoco he perdido yo el tiempo. Me cansé de Europa y me fuí á América.

—¡Ángel! ¡Ángel!—exclamó Elías.—Estás muy transformado.... Jamás te hubiera reconocido.... Además te creia muerto.... No recuerdo cómo, pero yo tenía noticias seguras de tu muerte.

—Sí—afirmó el hijo de la nodriza.—Debí morir y áun creo que me enterraron; pero es el caso que estoy vivo, porque supongo que no dudarás de que tu antíguo amigo vive todavía.

—No es posible dudarlo—dijo Elías.—Mis ojos me dan testimonio de que el hijo de mi nodriza está delante de mí bueno y sano. Es evidente que aquel Ángel, cómplice de todas mis diabluras, está aquí en una pieza, como caido del cielo.

—Eso es—añadió Ángel mordiéndose los lábios—caido del cielo. Pero no creas que soy enteramente aquel.... que tú conociste. He variado mucho.... En primer lugar, de nombre. Entónces era yo un pobre muchacho y bien podia llamarme *Ángel.* Ahora llevo un nombre más corriente, más propio del siglo, me llamo *hombre.* Todo lo sé, todo lo quiero y todo lo puedo, soy mi propia divinidad, mi propio ídolo, desígname, pues, con un nombre cualquiera, y si quieres que sea con un nombre á la vez histórico y simbólico llámame *Baal.* ¿Por qué nó? Es el nombre con que los avisinios adoraron á Nemrod despues de muerto. Con el nombre de *Baal*, adoraron los caldeos y los fenicios á su divinidad.... Los israelitas llegaron á quemar á sus hijos en holocáusto á *Baal,* los griegos vieron en *Baal* unos á Marte, otros á Saturno. Baal quiere decir señor, rey ó príncipe. Es el primer nombre por medio del que empezó el hombre á adorarse

á sí mismo. Llámame Baal, como si ese fuera mi nombre propio, porque yá lo sabes, dejé de ser Ángel para ser hombre, y hombre yá quiere decir.... Dios....

—Mi querido Baal—dijo Elías.—No tengo por qué oponerme á la extravagancia de ese nombre, pero debo advertirte que á mis ojos serás siempre el hijo de mi nodriza. En cuanto al mundo, el nombre que has adoptado sonará como el de Roschild, si eres millonario, ó como el de Fernandez ó Martinez, si no eres más que un pobre diablo.

Baal echó hácia atrás los crespos rizos de su roja melena, descubriendo el espacioso contorno de su osada frente, sobre la que flotó un rizo brillante como una llama; las ventanas de su nariz se dilataron como las del tigre que olfatea la presa, marcando en su rostro la triple expresion del rencor, el orgullo y la audacia, pero esto pasó por su semblante como un relámpago, porque en el mismo instante dejó ver en su boca la más dulce de las sonrisas humanas, diciendo:

—No me envanece la antígua aristocracia del nombre que he adoptado, porque yo soy hombre que me acomodo fácilmente á las circunstancias de los tiempos, y para tí no

quiero ser más que el hijo de tu nodriza. Por eso—añadió con expresion humilde y tierna—no me he determinado aún á darte un abrazo.

Elías no pudo oir las últimas palabras sin conmoverse, y le abrió de par en par sus brazos. Baal se precipitó en ellos y los dos amigos quedaron estrechamente abrazados.

Elías exclamaba:

—Parece mentira que seas tú el que tengo ahora entre mis brazos.

Baal decia:

—Comprendo perfectamente la admiracion que te causa mi presencia.

—Y, vamos, demonio inesperado, ¿se puede saber de dónde sales?...

Baal se desprendió de los brazos de su antíguo amigo y le contestó sencillamente:

—Yá te lo he dicho; del otro mundo.

VI

BAAL

La escena que acabamos de presenciar en en el capítulo anterior ocurria en una mañana de Diciembre, de sol embozado hasta los ojos y de un cielo más dispuesto á nevar que á llover. Quiero decir, que era una mañana fria, de esas en que el agua detenida en los estanques se abriga detrás de los ligeros cristales que el hielo forma en su superficie.

La presencia inesperada del personaje que habia sorprendido á Elías en el momento en que iba á firmar sus últimas disposiciones testamentarias, le hizo olvidar lo crítico de su situacion y sacando, digámoslo así, el pié que yá tenía en el sepulcro, y arrastrado por la impresionabilidad de su carácter, se aban-

donó á las emociones que le proporcionaba la aparicion casi inverosímil del hijo de su nodriza.

Restregóse las manos, más de satisfaccion que de frio, y avivando el fuego de la chimenea dijo:

—Aún estamos de pié, y me parece que no es la posicion más cómoda para que dos amigos de la infancia, despues de veinte años de ausencia, recuerden las locuras de los primeros dias de su vida; porque supongo que no habrás venido á verme con los minutos contados.

—Me sobra el tiempo—contestó Baal.—Mis negocios marchan perfectamente; los hombres me lo dan todo hecho.

—Perfectamente—añadió Elías.—Sentémonos y hablemos.... Aquí, junto á la chimenea, al amor de la lumbre.

Baal frunció dolorosamente el entrecejo y replicó diciendo:

—Nó.... el fuego me es insoportable.... lo detesto.

—¡Ah camastron!—exclamó su amigo.—Debes estar agarrando los treinta y cinco años y aún conservas pretensiones de juventud. Sabes que el fuego arruga y no quieres envejecer todavía.

La sonrisa con que Baal recibió esas palabras parecia confirmar la exactitud de la observacion hecha por su amigo. Este siguió diciendo:

—Es una debilidad bastante comun de que todos participamos, porque.... es cosa averiguada: nadie quiere envejecer. Con una juventud eterna la tierra sería para el hombre el verdadero paraiso.

—¡La eternidad...!—murmuró Baal con voz sombría.

—Me parece—dijo Elías mirándolo fijamente—que has experimentado grandes contrariedades. Descubro en tu rostro, de vez en cuando, rasgos oscuros de acerba tristeza. Tu vida ha de haber sido muy borrascosa. Vamos, cuéntame tu história.

—Pueril curiosidad—le contestó.—Mi história es la história del género humano.

—Bien; pero tú eres rico; todo el aspecto de tu persona revela opulencia; veo brillar en tu mano un diamante digno de la corona de un rey. Díme á lo ménos cómo has podido conquistar los favores de la loca fortuna.

—No hay tal fortuna—contestó Baal.

—¿No?

—Nó.

—¿Qué hay, pues?

—Audacia y astucia.

—Hablas como un hombre que ha devorado todas las esperanzas de la vida.

—Es posible; pero díme, ¿te queda á tí todavía alguna esperanza?

—Me queda una.

—¿Cuál?

—Celia es mi única esperanza.

Baal soltó una espantosa carcajada.

—De qué te ries.

—De tí.

—¿Acaso conoces tú á Celia?

—Sí, conozco á todas las mujeres.

—¿Y bien...?

—Celia es mujer.

Elías ladeó la conversacion, como el avaro que oculta el tesoro que quieren robarle, y le dirigió esta pregunta:

—¿Hace mucho tiempo que estás en Madrid...?

—Poco—contestó;—he llegado hoy mismo.

—El amor á la pátria te ha empujado, al fin, hácia el cielo que te vió nacer.

—Nó; yo no tengo pátria; me es indiferente cualquier parte del mundo.

—Entónces ¿qué te ha traido?

—Tú.

—¡Yo!

—¡Sí! los periódicos de Madrid anunciaron tu boda, y el ruido de las fiestas que se preparaban corrió por todos los periódicos del mundo. Yo asisto á todas las grandes fiestas con que el mundo celebra su grandiosa opulencia.... Me convido y aquí me tienes.

—Estas palabras recordaron á Elías que se hallaba con un pié en el sepulcro y que aquel era el último dia de su vida, y pasó por su pensamiento una sombra que oscureció sus ojos.

Movió tristemente la cabeza y dijo:

—Has hecho un viaje inútil.

—¿Pues?—preguntó Baal.

—No hay boda.

—¿Por qué?

—Porque estoy arruinado.

—¡Sí!

—Sí.

—¿Y te resignas...?

—Nó.

—¿Qué has resuelto?

—Morir.

—¿Cómo?...

—Ahí, sobre la mesa, tienes mi testamento.

Baal sin moverse lanzó sobre la mesa sus oblícuas miradas y leyó la carta en que

Elías daba su último adios al mundo. Luégo apartó los ojos con indiferencia, exclamando:

—¡Oh!... Eres un insensato.

Elías dejó ver en sus lábios la sonrisa más burlona del mundo, y Baal la interpretó diciendo:

—Quieres decirme que soy un imbécil, porque tú ignoras que poseo el don de penetrar los pensamientos y no sabes que estoy leyendo el tuyo. Óyeme: piensas matarte sin morir. El mundo creerá tu muerte sin necesidad de que le dé testimonio de ella tu cadáver. ¿Qué inconveniente hay en ello? Nada más natural que el suicidio en un caso como el tuyo. El hombre que ha derrochado un rico patrimonio en la satisfaccion de todos los placeres; que ha disipado en la embriaguez de todos los goces la riqueza del bolsillo y del alma; que se encuentra de repente delante de la miseria, sin fé, sin dinero y sin esperanza ¿qué ha de hacer más que matarse? Esto es lo corriente. Tú, además, tienes que renunciar á la mano de una rica heredera, y este desaire de la fortuna hay que pagarlo con la vida; el último placer que el mundo te ofrece es el placer de la muerte. Pues bien, tú no has pensado morir; en vez de

arrancarte la vida, has encontrado más cómodo el recurso de arrancarte el nombre que llevas y arrojarlo al horror y al escarnio del mundo que ha sido el paraiso de tus delicias. Pretendes sobrevivirte; te apropias otro nombre y pasas á los ojos del mundo por otro. Al año de desaparecer ¿quién puede yá conocerte? Muy bien;—vives despues de muerto. ¿Y qué te propones hacer en esa segunda vida á que te condenas?... Lo sé: una campaña heróica. Cuentas con el corazon de Celia y vás á disputarle su mano al mundo entero. Tú serás otro á sus ojos, pero poco más ó ménos siempre serás la imágen de tí mismo, tu propio recuerdo. Desde la oscuridad de tu nueva vida, te propones reconquistar su amor. Hasta hoy no has hecho más que deslumbrarla con tu opulencia; ahora quieres cegarla con el fuego de una pasion incendiaria.... Todo eso será, si quieres, novelesco y fantástico; pero es al mismo tiempo, aunque no quieras, insensato.

—¡Por qué!—preguntó Elías.

—Porque contar con el corazon de una mujer, es contar con el pájaro que vuela por el aire. No será la mano de Celia la que venga á sacarte del sepulcro, despues que hayas muerto para el mundo.

Elías quedó pensativo y luégo preguntó:

—¿Qué hago pues?...

—Si te obstinas en vivir, vivir.

—¡Vivir sin ella!—exclamó Elías.

—Entónces....

—Qué....

—No vivas.

Los dos guardaron silencio por algun tiempo. Al fin dijo Elías:

—Dejaria de vivir si perdiera mi última esperanza, y tú no puedes arrancarme este último resto de calor que queda en mi alma.

—Pues bien—contestó Baal,—Celia puede ser tuya.

—¡Mia!

—Sí—contesto Baal con acento imperioso. Y viendo que Elías vacilaba todavía añadió:

—Yo te la prometo. No puedo ser insensible á nuestra antígua amistad y será tuya, puesto que tú lo quieres.

—¿Cómo?...

—Coje la pluma y escríbele ahora mismo al Banquero, que posees una fortuna de cincuenta millones. Hace ocho dias que espera tu respuesta, y tan largo silencio, le ha hecho yá pensar en otro marido para su hija.

—¡Ah Baal!... Eres terrible; tú todo lo sabes!...

—Todo.

—Pero.... ¿dónde están esos cincuenta millones?...

—En el mundo—contestó Baal con voz profunda.

—Díme en qué lugar se esconden y bajaré por ellos al centro de la tierra.

Diciendo esto se puso de pié como si quisiera añadir la obra á la palabra. Baal abandonó tambien la butaca en que se hallaba sentado, y rodeando con el brazo el cuello de su amigo, le dijo con dulzura:

—Eres un loco. Los cincuenta millones están en tu mano; no tendrás que hacer más que tender el brazo y cogerlos.... Ea, audacia. No pierdas tiempo, coje la pluma y díle á tu futuro suegro que eres millonario. Te juro que tendrás los cincuenta millones.

—Por quién lo juras?—preguntó:

—Por mí—rujió Baal con voz reconcentrada y ojos inflamados.

Elías se inclinó bajo la brillante mirada de Baal, se acercó á la mesa y se puso á escribir. Al firmar retembló el edificio con-

movido por el estrépito de un trueno subterráneo á la vez que resplandeció el aire iluminado por la luz de un relámpago.

—¡Qué es esto!...—exclamó Elías sin soltar la pluma.

—Nada—le contestó Baal.—Firma, firma.... es mi coche.

VII

LOS DOS AMIGOS

Entretanto la celebridad de la boda empezaba á estar en baja; yá no se cotizaban las noticias referentes á las fiestas nupciales con aquel crédito fabuloso con que las hemos visto correr de boca en boca. Se retardaba demasiado el espectáculo, y la impaciencia pública, una vez agotados los recursos de su imaginacion, sintió que desmayaba su esperanza, porque temia que tanta expectacion y tanto ruido iba al fin á reducirse al parto de los montes.

Además, otro acontecimiento súbito é inesperado tenía en conmocion los ánimos del mundo financiero. Entre los hombres de negocios no se hablaba de otra cosa. Se tra-

taba de una jugada inaudita, ante la que el valor hasta entónces creciente de los fondos públicos se habia detenido como asombrado de la catástrofe que podia venirse encima. Era una jugada á la *baja* en la cual los *alcistas* tenian comprometidos grandes capitales. La Bolsa parecia indecisa, sin atreverse á bajar ni á seguir subiendo, sin saber á qué carta quedarse, porque cualquiera oscilacion ya en un sentido ya en otro, arrojaria en la liquidacion de fin de mes enormes diferencias.

Así es, que pasaban los dias sin que las cotizaciones experimentáran alteracion alguna. Era ese momento de suspension en que el *banquero* dobla la baraja para dar tiempo á que los *puntos* redoblen las apuestas. La lengua implacable llama indistintamente *banquero* lo mismo al hombre de negocios que al tahur, y designa con el nombre de *banca,* lo mismo á la aristocracia de los capitales, que á la aristocracia de los garitos.

La inmovilidad de la Bolsa aumentaba el ánsia de los jugadores y se aumentaban las apuestas, el vértigo del juego se habia apoderado de los bolsistas, y cada cual se apresuraba á echar su puñado de oro en la movible balanza de la suerte.

Todos jugaban á la *alza,* porque ningun

acontecimiento pavoroso se anunciaba en las oscuridades de lo porvenir. Estaba asegurado el equilibrio europeo; la paz universal sonreia al mundo garantida por la palabra de las grandes potencias, y al amparo de estas seguridades el comercio y la industria dejaban correr los manantiales de la riqueza pública, como rios inagotables. La diplomacia, mano sobre mano, satisfecha de la eficacia de los protocolos, se creia árbitra de los destinos del mundo. La tierra era en aquellos momentos una balsa de aceite; todo era prosperidades.

Algo se susurraba de alianzas secretas, de proyectos ambiciosos que podian de un momento á otro turbar la paz de Europa, de conspiraciones interiores prontas á estallar. Circulaban á la vez vagos rumores acerca de la situacion poco firme de *El Banco Universal,* especie de mónstruo financiero que representaba un capital verdaderamente fabuloso y que estendia sus operaciones á toda clase de negocios en todas las partes del mundo; pero estas especies se desvanecian luégo á luégo ante el aspecto de prosperidad que presentaban las cosas. Bueno que las potencias más ambiciosas ó más débiles buscasen alianzas secretas para hacer frente á las contingencias del dia de mañana. Todo ello no

significaba más que meras precauciones. Bueno que los descontentos fraguasen conspiraciones. ¿Y qué? Los intereses conservadores estaban satisfechos y la alta banca no facilitaría dinero para sobornar al ejército, sin cuyo requisito la conspiracion sería inútil. En cuanto al *Banco Universal,* los temores eran risibles. Claro está, que no habia de tener en cartera el enorme capital que representaba y que una operacion desastrosa podia dar al traste con su crédito; pero un establecimiento que á los dos años de existencia tenía en su mano el movimiento de la riqueza del mundo, no podia, entónces á lo ménos, inspirar la más remota desconfianza. Más tarde una operacion desastrosa, un cataclismo europeo podria comprometer su crédito, mas en aquel momento tenía formidablemente asegurada su existencia.

Los cálculos de los jugadores no podia ser más risueños y jugaban á la *alza*, como el que juega á cartas vistas. Solamente jugaba á la *baja* Elías Puentereal, que evidentemente se habia vuelto loco. Hasta entónces habia sido un calavera, que sabía gastar alegremente sus rentas en todas las disipaciones de la vida, pero que jamás habia dejado traslucir el más lijero indicio de que pudiera ser

un hombre de negocios.... Jamás se le habia visto en la Bolsa. ¿Qué significaba aquella ruidosa provocacion á la fortuna?... Los bolsistas se encogian de hombros y apostaban, y Puentereal admitia todas las apuestas.

Hubo un dia en que corrió la voz de que estaba arruinado y que apelaba á un prodigio de la suerte ántes de decidirse á poner término á su vida, mas este rumor se desvaneció al dia siguiente, porque se aseguró que poseia un capital de cincuenta millones, y no cabia duda, en razon á que el Banquero que iba á ser su suegro lo afirmaba como si los hubiese visto, y añadia:

—Es insensato empeñarse en una operacion tan arriesgada; mas en materia de negocios no debe aconsejarse á nadie, porque la suerte suele ser más loca que los hombres.

La osadía de la jugada contuvo por de pronto el movimiento ascendente de la Bolsa, pero los bolsistas siguieron apostando porque el *alza* era segura. Decididamente Puentereal estaba loco y se obstinaba en arrojar cincuenta millones por la ventana, y los jugadores no habian de ser tan tontos que no acudieran á recogerlos. Cada cual hacía aproximadamente el cálculo de las diferencias que debia cobrar á fin de mes, de manera que

ántes que llegara la liquidacion, los cincuenta millones de Puentereal estaban repartidos entre los jugadores á la *alza*. Y haciendo justicia al sentimiento que les inspiraba, debe decirse que lo compadecian á la vez que esperaban el momento de desplumarle. La boda, pues, se puso en cuarentena, porque áun cuando el padre de Celia guardaba prudente reserva, nadie creia que despues del fracaso de la jugada fuera la boda posible. Muchos pretendientes de la rica heredera respiraron, vislumbrando una esperanza.

En los salones era otro suceso el que más principalmente llamaba la atencion. Habia aparecido en las regiones del gran mundo un personaje bastante original: un yanke, pero hé aquí su primera originalidad, un yanke fino, correcto y espiritual. La distincion de sus maneras realzaba su belleza de estátua y descubria en todos sus movimientos la facilidad del hombre habituado al trato de las gentes en la escena del gran mundo; en ellos se notaba algo parecido á las ondulaciones de la serpiente.

Se admiraba la palidez cenicienta de su rostro y el color rojo casi candente de su barba, notaban asimismo en su voz notas de una dulzura inimitable que dejaba, sin em-

bargo, en el oido vibraciones extrañas; se discutia con grande empeño acerca de la naturaleza de su sonrisa, y eran en este punto tan diversos los pareceres, que unos la encontraban tierna, otros burlona; habia quien encontraba en ella candor, quién profunda malicia, y venía á sacarse en limpio que era una sonrisa indefinible.

Mas sobre todas estas novedades, lo que más sobresalia era el encanto de su conversacion. Hablaba de todo con la naturalidad de aquel á quien le son familiares todos los conocimientos humanos. Poseia, además, todas las lenguas conocidas, y no habia suceso histórico que le fuese desconocido; hablaba de ellos como si los hubiese presenciado. Penetraba los pensamientos y se adelantaba á las preguntas. La buena sociedad lo recibió con los brazos abiertos, se hizo lenguas de sus atractivos y le concedió todos los honores de la novedad. El yanke habia caido de pié en los salones.

Debia ser opulento, pero como si se sintiese superior al lujo de que aparecia rodeado, miraba con desdén su propio fausto. En el dedo anular de la mano izquierda llevaba una sortija en la que resplandecia un brillante enorme, cuyas aguas de fuego cegaban los

ojos de cuantos lo veian con relámpagos de todos colores; parecia que en el fondo de aquella piedra preciosa hervian todas las tempestades de la tierra.

¿Qué especie de alma se escondia en aquel cuerpo? Hé ahí una cosa en la cual no habia pensado nadie. Su presencia causaba alucinaciones, sus miradas producian estremecimientos eléctricos, el calor de sus palabras helaba la sangre y su conversacion descubria profundidades que producian el vértigo con que atrae el abismo.

Habia sido presentado por Elías en los principales salones del gran mundo con el sencillo nombre de *Mister Baal,* alcanzando desde el primer instante un éxito completo.

Y justo es decirlo, no se mostraba envanecido de su triunfo; marchaba sobre sus laureles como el héroe acostumbrado á conquistarlos; casi no reparaba en ellos. Por su parte Puentereal no se sentia tan modesto, y no ocultaba la satisfaccion de poseer la intimidad de aquel hombre original y extraordinario.

Entretanto, el mundo, el verdadero mundo, el mundo de los placeres, de las intrigas, de las disipaciones, de las locas vanidades y de las pueriles ambiciones, el

mundo de las cintas y de los lazos, de la *toillette,* del *menú,* del *confort* y del *sprit,* el mundo de las carreras de caballos y de las corridas de toros, el mundo sensible de la filantropía *dansant,* se hallaba loco de contento, parecia que habia encontrado á su hombre.

Como se ve, los dos amigos se encontraban en espectáculo, siendo á la vez el platillo de las conversaciones, la comidilla de las grandes comidas, el objeto de los cálculos de unos, de las conjeturas de otros y de la expectacion de todos. Eran las dos novedades del dia, los dos problemas del momento.

Elías se sonreia interiormente, pensando que el autor de tanto ruido no era, en resúmen, mas que el hijo de su nodriza.

VIII

EL ORÁCULO

Sin embargo, Puentereal no tenía grandes motivos para reirse interiormente del ruido que producia en el mundo el hijo de su nodriza, porque quieras que no quieras, valiéndose del poder de su extraño influjo, lo habia metido en un paso que, en verdad, no presentaba los mejores auspicios. Su situacion era mucho más comprometida que cuando se hallaba simplemente arruinado. Hasta entónces no habia hecho más que disipar el patrimonio de sus padres en los placeres y en los vicios del fausto, dejándose arrastrar por todas las seducciones del mundo; pero ahora se encontraba frente á frente de su palabra, más aún de su firma com-

prometida con el padre de la hermosa Celia, en la friolera de cincuenta millones de reales que no poseia, y á mayor abundamiento se hallaba metido en una jugada en falso que él mismo no tenía inconveniente en llamar estafa.

No era la virtud ofendida la que levantaba en su conciencia el escozor de los remordimientos, porque el mundo no solamente le habia de dar sus riquezas, sino tambien de todas las virtudes; pero vamos, aún le quedaba cierto sentimiento de honor que agitaba sus pensamientos, y era como el último resto de vergüenza que aparecia en la faz de su alma.

Si la suerte le era favorable envidiaria su audacia, mas si le era adversa no podria ocultar su ruina y su infamia, y el mundo es implacable con los malvados sin fortuna.... y Celia.... ah.... Celia lo despreciaria; y era el caso que la Bolsa empezaba á pronunciarse en *alza*, y la terrible liquidacion se acercaba.

Baal le habia prometido enormes ganancias, porque él sabia que un acontecimiento imprevisto haria bajar repentinamente todas las Bolsas de Europa; jugaba, pues, sobre la seguridad de esta catástrofe. Pero bien....

¿quién era Baal?... Indudablemente el hijo de su nodriza; mas el hijo de su nodriza, dueño de un prestigio extraordinario. Cualquiera que fuese la humildad de su orígen aparecia como un sér fantástico dotado de una inteligencia pasmosa; poseia todos los secretos y descubria los más ocultos designios con penetracion increible; podia creerse que era dueño de toda la ciencia del mundo.

Bueno; pero el acontecimiento previsto por Baal podia desvanecerse en las oscuras contingencias de lo futuro, podia cuando ménos retardarse, y áun podia ser que la Bolsa, apesar del desastre, continuara subiendo, porque en estos tiempos de prosperidades hasta las catástrofes se convierten en manantiales de riqueza pública. En tal caso todo estaba perdido.

Discurriendo así, comprendia que habia partido muy de lijero, dejándose seducir por las promesas de Baal; y el terror de verse á la vez doblemente arruinado y además envilecido, le presentaba al hijo de su nodriza como á un simple aventurero que se lanzaba á una jugada inaudita sirviéndole él de instrumento. El bolsillo del misterioso yanke podia estar tan exháusto como el suyo, y si el negocio salia bien le pediria la mitad de

las ganancias y si fracasaba se lavaria las manos diciendo: «Hé ahí la víctima.»

Estas imaginaciones agitaban su espíritu poniéndole en el caso del hombre á quien se puede ahogar con un cabello. El mismo Baal le habia enseñado á desconfiar de todo, abriendo en su alma un abismo de malicia.

Lleno de recelos resolvió consultar sus temores con Baal, obligándolo á dar respuestas terminantes. Si tan seguro estaba del éxito de la operacion, por qué no la aseguraba con garantías más sólidas que las de sus palabras?... Decidido á provocar una conferencia, en la que quedáran bien atados todos los cabos del negocio, se dispuso á salir en busca de su oráculo. Pero al abrir la puerta de su gabinete retrocedió, porque la puerta se abrió de repente dando paso á Baal, que entró diciendo:

—No dirás que te abandono en los momentos solemnes; ibas á buscarme y yo salgo á tu encuentro. Sí—añadió, mirándolo fijamente.—El negocio en que estás metido es redondo, no tiene el diablo por donde descharlo; juegas como el tahur que ha visto la carta á un descuido del banquero. El dinero de los demás es tuyo. Han caido en el garlito y los vas á desplumar uno á uno....

hé ahí el negocio.... Pero ántes de que llegue la catástrofe es preciso que mires frente á frente la realidad de las cosas. Cae la noticia del desastre lo mismo que cae un rayo, la Bolsa experimenta un descenso desastroso, la liquidacion está encima y las diferencias son espantosas. ¿Qué sucede?... La cosa más natural del mundo: ruinas, quiebras, lágrimas, miseria, desesperaciones y algunos suicidios.... Ese es el cuadro que te se ofrece: esa es tu obra.... En cambio recoges cincuenta millones que no tienes y te aseguras la mano de tu hermosa Celia. Elije.

Elías vaciló como si hubiese recibido un golpe tremendo en la cabeza, y dijo con voz sorda:

—Es tarde.

—No es tarde—replicó Baal.—Renuncia á las ganancias, huye de Celia, condénate al deshonor de la pobreza y busca en la ignominia del trabajo el amargo sustento de tu vida.

—¡Quién sabe!—exclamó Elías.—¿Posees tú los secretos de lo porvenir?... ¿Tienes tú en tu mano la catástrofe que ha de devolverme mi perdida riqueza?... Además—añadió—juego y gano. Hé ahí todo.

—Lo sé—le contestó Baal.—Desconfias

de mí y buscas en tu desconfianza excusas con que acallar los sobresaltos de tu conciencia. Tienes miedo de ser ingénuo contigo mismo. Juegas y ganas porque has jugado con la seguridad de la ganancia; pero no quiero dejar ni ese recurso á tu egoismo. Te he prometido riquezas y las tendrás, te he prometido á Celia y Celia será tuya. Ahora voy á descubrirte el secreto en que estriba la prosperidad que te espera. Tú mismo te vás á revelar el arcano.

Diciendo así, extendió sobre la mesa un pliego de papel, sacó luégo una cartera con broches de oro, y puso en manos de Elías un lapicero de marfil, cuyo mango representaba la figura de una serpiente; la lengua del reptil era el lápiz y el lápiz era rojo, de color de sangre, la cola de la serpiente subia formando lijeras ondulaciones.

—Siéntate—le dijo el yanke,—reconcentra tu pensamiento, pregúntate á tí mismo y deja á la mano que escriba.

—¡Ah!—exclamó Elías—¡eres *espiritista!*

—Es lo mismo—añadió Baal.—¿Qué te importa el nombre?... ¿No eres tú mismo el que vas á contestarte?... ¿No es tu propia mano la que va á responder á tus preguntas?... ¿No te darás crédito á tí mismo?

Dicho esto, se apoyó en el respaldo de una butaca, y las dos llamas de sus ojos se lanzaron como dos saetas sobre la cabeza de su amigo que se hallaba inclinada sobre la mesa.

Trascurrieron algunos instantes de inmovilidad y de silencio; la luz que iluminaba la estancia se oscureció velada por una sombra repentina, y cruzaron por el ambiente ráfagas de aire frio; la mano de Elías vaciló sobre el papel, y luégo el lápiz comenzó á moverse entre sus dedos y á correr de un estremo á otro, dejando las rojas señales de su paso.

Sobre la frente de Elías giraba en movimiento incesante un torbellino de billetes de banco, y á sus piés sonaba un ruido subterráneo, semejante al que produciria al correr un rio de monedas de oro.

Estallaban en medio del silencio suspiros ahogados y carcajadas comprimidas; la sombra que oscurecia la estancia aparecia surcada por luces fugitivas que volaban de un punto á otro como los fuegos fátuos de los cementerios, y llegaban allí ecos lejanos de notas confusas, gritos y cánticos, lamentos y risas que se acercaban y huian, y perfumes desconocidos que embriagaban encendiendo

la sangre en el fuego de todas las concupiscencias.

La inmovilidad de Elías era completa; bañaba su semblante la palidez de la muerte y se descubria en su cuerpo la rigidez de un cadáver; sólo la mano derecha daba señales de vida, pero en sus movimientos se advertia que se hallaba bajo el poder de una voluntad extraña. Se agitaba sobre el papel movida por un resorte oculto, como si otra mano invisible la obligara á moverse.

—Basta—dijo Baal con acento imperioso.

Á la voz del yanke se desvanecieron los accidentes fantásticos del cuadro que acabo de bosquejar, ni más ni ménos que desaparecen las decoraciones de los teatros en las comedias de mágia. La voz de Baal deshizo el encanto, y Elías miró á su alrededor con el asombro del que despierta de un sueño profundo. Parecia que sus ojos habian perdido la memoria de los objetos que lo rodeaban y hacía esfuerzos por recordarlos.

Baal le puso la mano sobre el hombro, diciéndole:

—Tú mismo has sido tu propio oráculo. Los hados—añadió con desdeñosa sonrisa—te son propicios. Tu mano es la que ha escrito el fallo de tu destino.

El lapicero se escapó entónces de la mano de Elías, y se escurrió sobre la mesa como la vívora que huye despues de haber mordido.

Baal tomó el papel en que permanecian grabados los rasgos cabalísticos de aquella diabólica nigromancia, y poniéndole delante de los ojos de Elías, le dijo:

—Lee. Ahí tienes la suerte que te espera. Así me porto yo con mis amigos.

Puentereal clavó en el papel sus miradas atónitas, reconoció su letra y leyó marcando con el movimiento de los lábios las sílabas que mortalmente pronunciaba.

—¡El *Banco Universal*—exclamó restregándose los ojos—suspende sus pagos!...

—Eso es.... quiebra horrorosa que va á conmover al mundo. Yá no se roba en las encrucijadas de los caminos, se roba más ilustradamente en las encrucijadas del crédito.... Es la quiebra del siglo, el gran desastre.... *la mar*, mi querido Elías, *la mar*, en la que vas tú á pescar cincuenta millones sin más trabajo que tender la red.

—¡Oh!—exclamó Elías poseido á la vez de admiracion y de espanto.—¡Quién eres!...

—Yó—contestó Baal secamente.—¿Te aterra acaso la prosperidad que te ofrece tu

destino?... El lodo es oro?... ¿No lo sabías?... Pues bien, aún puedes retroceder.... Una palabra y se cerrará en el acto el abismo de tu fortuna.

Elías permaneció silencioso algunos instantes, despues sacudió la cabeza con arrogancia, y apretando los puños para dar más energía á sus palabras, dijo:

—Mi suerte es mia—juego y gano.

—¡Bravo!...—exclamó Baal.—Al fin nos entendemos.

Y estrechando la mano de Elías desapareció, dejando en los ojos de su amigo el deslumbramiento que produce el relámpago.

IX

DESASTRE

Ó en este siglo de las dichas y de las prosperidades no ocurre cosa buena, ó el telégrafo ha dedicado su pasmosa actividad á esparcir por el mundo las malas noticias. Sin duda alguna el invento es admirable y facilita prodigiosamente la comunicacion anónima entre los hombres. Pero es el caso, que un despacho telegráfico cae en el seno de la familia como una bomba. Desde el momento en que se anuncia, la casa se conmueve y la inquietud se pinta en todos los semblantes.... Nadie espera que dentro de aquel sobre, casi trasparente, se oculte una noticia favorable, y en un momento acuden á la imaginacion todas las desgracias posibles y se temen todas las

probables. Delante de un despacho telegráfico el temor sobrepuja siempre á la esperanza.

Resulta que lo contenido en el despacho es una simple impertinencia, un aviso inútil, una recomendacion intempestiva, una felicitacion inesperada ó un percance trasnochado; y áun puede suceder que sea el anuncio de un suceso favorable.... Muy bien; los ánimos se serenan, las inquietudes se disipan y la familia vuelve al habitual reposo de la casa. Perfectamente; pero entretanto, el sobresalto sufrido no hay quien lo quite.

Ésto, por lo ménos, induce á presumir que enmedio del abandono y de la confianza que mostramos, vivimos con el alma en un hilo. Porque, yá se ve, los tiempos son prósperos, la vida se halla rodeada de atractivos: nunca ha sido más risueña la estancia del hombre sobre la tierra; la ciencia trae portentos, el comercio maravillas, la industria prodigios.... En realidad no tenemos bastante boca para admirarnos. Mas la voz fatídica del telégrafo, hablando en su media lengua, puede llegar de un momento á otro en el instante más inesperado y decir con ruda franqueza: «Señores: el mundo acaba de hundirse.»

Por lo demás, nada hay más fantástico

que esa hoja de papel medio impresa y medio manuscrita, en la que todo es oficialmente auténtico ménos la persona que en ella habla. Es el anónimo oficial que no ofrece más fé que la fé del aparato, porque la autoridad de sus palabras nace de él mismo; el hombre casi desaparece detrás de la máquina encargada de trasmitir las palabras. No concedemos á los hombres bastante crédito para creerlos al pié de la letra; pero sea lo que quiera la especie que circula, será auténtica si ha salido de la cinta del aparato. Lo ha dicho el telégrafo. ¿Sí?, pues bien, punto redondo.

Con toda la fuerza de esta autoridad llegó de París la tremenda noticia de que el *Banco Universal* habia suspendido sus pagos. La especie corrió tan rápidamente de boca en boca como habia corrido por los hilos del telégrafo. La consternacion fué súbita y profunda y los fondos públicos bajaron inmediatamente, sin consideracion ninguna, á la angustia de los jugadores.

Asimismo anunció el telégrafo la conmocion que el suceso habia causado en todas las Bolsas de Europa. Y lo más terrible del caso era que no habia tiempo para reparar los estragos de aquel golpe imprevisto, porque

la Bolsa, sorprendida, seguiria bajando y sólo faltaban cinco dias para la liquidacion. Los ojos aterrados de los jugadores veian una ruina inevitable.

En cambio el nombre de Puentereal subia en alas de la fama, siendo á la vez objeto de celebridad y de envidia.

—¡Qué hombre...! ¡qué ojo...! ¡qué perspicacia...!

Otros exclamaban:

—¡Qué audacia!

Otros:

—¡Qué astucia...!

Otros:

—¡Qué fortuna...!

El mismo Baal apareció eclipsado. El Banquero, zorro viejo en negocios y operaciones bursátiles, se encogia de hombros, fruncia enérgicamente la boca y daba media vuelta exclamando:

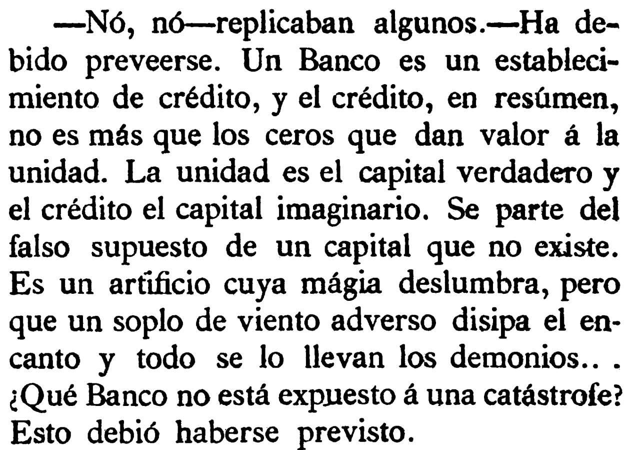
—No lo entiendo.

La Bolsa seguia en *baja,* porque las noticias eran cada vez más pavorosas.... La verdadera causa del desastre era todavía un misterio, y acaso lo sería siempre; pero así como cuando tropezamos volvemos la cabeza para ver el obstáculo que nos ha servido de tropiezo, los *alcistas* volvian los ojos atribulados

en busca de la mano invisible que habia preparado la catástrofe. No se resignaban á arruinarse sin saber por qué se arruinaban. ¡Cómo!... habian visto su carta *en puerta* y al volver la baraja aparecia la contraria! Esto era para ellos increible. ¡Estaban seguros de desplumar á Puentereal, y de la noche á la mañana se encontraban ellos desplumados! Ni siquiera les habia acometido el temor de que Puentereal faltara á sus compromisos, á título de insolvente, porque en sus locas esperanzas creian á pié juntillas que pagaria á toca teja las diferencias de la jugada, y los más suspicaces se guiñaban el ojo presumiendo que el Banquero podia muy bien estar detrás de la cortina.

En un momento la seguridad de los cálculos venía por tierra, las esperanzas se desvanecian como el humo en el aire; y las ganancias se convertian en pérdidas. ¿Y todo, por qué? Porque el *Banco Universal* habia quebrado.

Á este punto, orígen de la catástrofe, volvian los ojos sin acertar á explicarse cómo un establecimiento de tan inmenso crédito habia llegado al desastroso extremo de suspender sus pagos. Semejante contingencia estaba fuera de todas las previsiones.



—Nó, nó—replicaban algunos.—Ha debido preveerse. Un Banco es un establecimiento de crédito, y el crédito, en resúmen, no es más que los ceros que dan valor á la unidad. La unidad es el capital verdadero y el crédito el capital imaginario. Se parte del falso supuesto de un capital que no existe. Es un artificio cuya mágia deslumbra, pero que un soplo de viento adverso disipa el encanto y todo se lo llevan los demonios.. . ¿Qué Banco no está expuesto á una catástrofe? Esto debió haberse previsto.

—Á nadie—decian otros—le hubiera ocurrido la sospecha de que el *Banco Universal* quebrara. Era más fácil temer que la tierra se abriese y nos tragase. Lo que hay es que esa quiebra, segun lo que se trasluce, es valor entendido.

—¡Valor entendido!...

—Ni más, ni ménos.

—Pero.... ¿cómo?...

—El Banco lo fundaron con propósito de hacerle quebrar: ese era el gran negocio de sus operaciones.

—¡Una quiebra fraudulenta!...

—Por qué nó?

Cada uno explicaba á su modo el caso, como si de esa manera consiguieran mitigar

la terrible realidad del hecho. Se hicieron esfuerzos inauditos para contener el descenso de los valores públicos, pero la Bolsa, aterrada, siguió bajando. Se apeló al último recurso, proponiendo á Puentereal una negociacion que hiciera ménos sensible el estrago del desastre; pero Puentereal se negó á todas las negociaciones. Estaba resuelto á cobrar hasta el último céntimo de sus ganancias. Semejante á un general victorioso, habia decidido no dar cuartel: todo lo llevaba á sangre y fuego.

Y la Bolsa bajaba, bajaba sin misericordia.

Llegó el dia pavoroso de la liquidacion, y un rio de oro empezó á entrar en la casa arruinada del futuro yerno del Banquero. Las fianzas de algunos agentes de Bolsa se hallaban gravemente comprometidas, porque no todos los *alcistas* habian jugado en *firme*. Pero Puentereal se encogia de hombres diciendo:

—No es justo que pague mi bolsillo las imprevisiones de los agentes.

Luégo añadia:

—Los negocios no son juegos de niños. La falta de buena fé es una inmoralidad y á nadie le es permitido jugar en *falso*.

Semejantes respuestas no admitian réplica y los estragos no se hicieron esperar. Entró

la desolacion en muchas casas, y várias familias se vieron repentinamente arruinadas, desaparecieron algunos jugadores buscando en países lejanos suerte más favorable, y los periódicos registraron en aquellos dias dos ó tres suicidios. Pero pasó la mala hora, á las víctimas se las tragó la mar del olvido, y Puentereal se levantó en la admiracion del mundo cincuenta codos sobre sí mismo: el calavera acababa de dar un golpe de génio. El loco de los salones se convertia de pronto en un pájaro de mucha cuenta.

No todos le concedian el insigne honor del éxito, porque atribuian al padre de Celia todo el mérito de la jugada. Puentereal no habia sido más que el instrumento del astuto Banquero. Conocia, por lo visto, la peligrosa situacion del *Banco Universal,* y su futuro yerno, loco de atar y completamente inesperto en el *teje maneje* de la Bolsa, era muy apropósito para tentar la codicia incansable de los jugadores. Como las moscas á la miel, acudirian á repartirse los millones que les prometia una ganancia segura. Así, sin alarmar á los alcistas con la reputacion bursátil de su nombre, les tendia la red quedándose detrás de la cortina.

Fuera de estas murmuraciones que se

permitian los más perspicaces, la opinion pública, el hervidero de la gente que va donde la llevan, y repite lo que le dicen, y se agita cuando la agitan, y se calma cuando la calman; ese maniquí de cien mil bocas y doscientos mil brazos, que está fantásticamente en todas partes y realmente en ninguna, encontraba en Puentereal el hombre del dia, se inclinaba á su paso y le tributaba el incienso de su admiracion exclamando:

—¡Qué fortuna!

—¡Qué audacia!

—¡Qué astucia!

—¡Qué génio!

Y Puentereal recogia al paso estos homenajes con la misma mano que habia recogido los millones de su ganancia.

El desastre era su glória.

X

LOS DICHOS

Claro está que la perspectiva de la boda se puso de nuevo sobre el tapete, renaciendo como el fénix de sus propias cenizas. Y esta vez las noticias no eran meramente oficiosas, sino realmente oficiales. Estaba yá fijado el dia en que la hija del Banquero y Elías Puentereal quedarian unidos para siempre: el dia señalado era el veinte de Enero. Ante la felicidad conyugal que esperaba á los próximos esposos ¿quién habia de acordarse de los estragos causados por la quiebra del *Banco Universal?* Las multitudes son como los espejos, no reflejan más que la imágen que tienen delante.

En cuanto á Puentereal, estaba loco de contento, en razon á que Celia mostraba impaciencia descubriendo el afan con que deseaba unirse al hombre que le estaba destinado; y este dichoso mortal saboreaba las delicias de aquella tierna impaciencia, y contaba los dias haciendo el inventario de los encantos personales que adornaban á la hija del Banquero: encantos en cuyo atractivo no habia reparado hasta el dia en que creyó que iba á perderla.

Desde aquel momento experimentó, como el impulso de una corriente eléctrica, una especie de inclinacion particular de todo su sér hácia la hija del Banquero. En su presencia sentia vaga embriaguez. Sus miradas le causaban ligeros estremecimientos, y el timbre de su voz penetraba en el alma de Puentereal como anuncio de delicias desconocidas. Sus ojos, sus oidos y sus pensamientos estaban llenos de la imágen de Celia y se complacia en abandonarse al vértigo que le causaba el abismo de sus deseos.

En realidad, la hija del Banquero no pasaba en el mundo por una gran belleza. Un artista, medianamente severo en punto á dibujo, habria encontrado bastante que corregir en los detalles de su figura. Ménos

boca, más finura en los lábios, un lijero toque en la línea de la nariz y una frente algo más despejada hubiera embellecido mucho el conjunto de su semblante. La idea que el Arte ha concebido respecto á la belleza propia del rostro de una mujer, exigiria probablemente que desapareciera del lábio superior la sombra casi imperceptible que lo oscurecia. En cuanto al resto de su persona, sólo se habria permitido suprimir la excesiva voluptuosidad de los movimientos, sin saber qué hacerse de la palidez habitual de su tez aterciopelada.

En cambio, encontraria intachables las sombras de sus ojos negros, medio dormidos y casi apacibles, que á lo mejor se despertaban iluminados por rayos de luz abrasadores. Tal vez un gusto exquisito encontrara demasiado enérgicas las líneas de sus pobladas cejas y un tanto borrascosa la negra abundancia de sus cabellos, que se revolvian sobre su frente, no en ondas, sino en olas como las de un mar tempestuoso. Ella misma debia comprender que eran algo gruesos sus lábios, porque los entreabria con frecuencia para dejar ver unos dientes menudos y blancos como la nieve.

La expresion, que es el alma de la fiso-

nomía, resultaba dura y la mirada demasiado firme; pero tenía momentos esplendorosos de una dulzura indefinible.

Tampoco se le daba en el mundo grande importancia á su talento, aunque no dejaba de tener ideas originales: sus gustos solian romper las leyes dominantes de la moda descubriendo en sus estravagancias la más soberana independencia.

Se distinguia más por su riqueza que por su hermosura, y su talento, sin embargo, tenía mucho partido entre los *camastrones,* y para ellos era una mujer temible.

Puentereal se sentia subyugado por el imperio de sus encantos y estaba seguro de que iba á casarse con la mujer más bella del mundo. Es decir, que la dicha le sonreia por todas partes. ¿Qué más podia pedirle al poder de su destino? Su ruina se convierte de repente en prosperidad, y Celia, hasta entónces indiferente á sus ojos, se transforma como por encanto en la imágen de la misma Vénus. Un rio de oro y un mar de delicias se le entran por las puertas cuando ménos lo esperaba.... ¿Se envidiaba á sí mismo?... ¡Quién sabe!...

Sólo faltaba á su felicidad la realizacion de las maravillas anunciadas en las fiestas

de la boda. Pero, ya se ve, lo crudo de la estacion hacía imposible el cumplimiento del programa esparcido por la voz pública. La quinta ofrecia residencia confortable á numerosa concurrencia, pero el frio y la nieve los tendria á todos metidos en casa detrás de los cristales empañados por el hielo, al amparo de las estufas y bostezando soñolientos al calor de las chimeneas; los dias se harian insoportables y las noches eternas; la concurrencia acabaria por aburrirse. Era, pues, preciso renunciar á las fiestas ó aplazar la boda hasta la Primavera.

Celia resolvió la dificultad preguntando:

—¿A qué esperar á la Primavera?

Llegó el dia veinte de Enero, dia nublado y oscuro, en que la noche tuvo que hacer muy pocos esfuerzos para enlutar la tierra, en cambio los salones del palacio del Banquero se iluminaron como un dia que amanece. Y en verdad, si no se habia esperado á la Primavera se le habia hecho venir para el uso particular de aquella casa, porque desde que se ponia el pié en el gran pórtico del palacio se empezaba á respirar el aire tibio y perfumado de la Primavera. Mayo estaba allí, de puertas adentro, con todo su explendor de luces, ramos y flores, miéntras el In-

vierno, embozado en la oscuridad de la noche, se quedaba en la calle tiritando de frio.

Por la gran escalera, ricamente alfombrada, abrian paso á la concurrencia dos séries de naranjos y rosales que, subiendo de peldaño en peldaño, ofrecian el perfume del azahar y la esencia de la rosa. Por aquella escalera se subia indudablemente al Paraiso.

Pronto se llenaron los salones, y comenzó á circular por ellos la sociedad más escogida del gran mundo, formando ese rumor que tanto se parece al vuelo de un enjambre de abejas.

Este rumor se apaciguó por un momento, y atravesó la concurrencia Celia asida al brazo de Baal que la conducia magestuosamente al salon donde debia firmar los contratos.

Celia en aquel momento pareció hermosa á todos los circunstantes, quizá porque en efecto la emocion la embellecia, quizá porque desde aquella noche iba á ser la fruta del cercado ageno. Ello es que pareció hermosa, y que al atravesar los salones dejó en pós de sí murmullos de aprobacion.

Ántes de llegar al gabinete en que debia firmar el contrato de su matrimonio, se en-

contró con Puentereal y á un mismo tiempo Elías, Baal y Celia se sonrieron.

Despues de tomados los dichos, comenzaron á circular los sorbetes, los dulces y las conversaciones, sin que la concurrencia perdiese la actitud ceremoniosa que habia observado desde un principio.

La envidia es la tristeza del bien ageno, y allí habria naturalmente envidiosos de la dicha de Puentereal y envidiosas de la dicha de Celia. Así es que al celebrar el suceso que tenía allí reunida tanta gente no era el regocijo lo que más resplandecia en los semblantes; hasta las murmuraciones propias del caso, que á media voz circulaban entre los convidados, carecian de esa viveza, de esa espontaneidad y de ese desenfado que forman la índole de nuestro carácter y el génio de nuestra lengua. No se sabe qué especie de atmósfera triste se hallaba esparcida por los salones; habia allí algo fúnebre y áun algo tempestuoso, porque el gas que iluminaba el palacio padecia frecuentes interrupciones que parecian relámpagos, y el rumor de las conversaciones resonaba sordo y profundo como el eco prolongado de truenos lejanos.

En una palabra, el aspecto de la fiesta no respondia á los risueños auspicios de la boda.

Poco á poco los concurrentes se fueron deslizando, y el cordon de coches formado alrededor del palacio empezó á deshacerse.

Los últimos convidados, al tomar sus coches en el pórtico, se encontraban con que estaba cayendo una copiosa nevada.

—Bien—dijo uno de ellos—la fiesta ha sido tan fria como la noche.

Otro se embozó hasta los ojos, añadiendo:

—Más parece que hemos asistido á un entierro que á una boda.

Un tercero, aficionado al retruécano, entró en su coche diciéndose á sí mismo:

—Yá hemos visto los dichos, allá verémos los hechos.

Al dia siguiente circuló una frase anónima algo fantástica que hizo fortuna por algunos dias.

Hé aquí la frase:

«La sombra de las ruinas causadas por la suerte de Puentereal ha presidido el duelo de su boda.»

XI

CELIA

No habia nada que pedir al fausto de los nuevos esposos. Se hallaban instalados en un palacio digno de sus riquezas. La munificencia real habia contribuido tambien por su parte al esplendor de la boda agraciando á los novios con el título de condes. Nada, pues, faltaba á su dicha.

Celia eligió sus habitaciones, adornándolas á su gusto, y Elías hizo lo mismo. Cada uno tenía su servidumbre distinta, sus amistades aparte y sus costumbres particulares. Solian encontrarse en los paseos, en los teatros, en las carreras de caballos y en la plaza de toros; comian en la misma mesa los dias

de la semana señalados para las grandes recepciones y para las comidas oficiales. Vivian en la misma casa y cada uno en la suya.

Aún estaban en la luna de miel. La observacion de los curiosos no advertia en la Condesa variacion alguna, era la misma aunque más movible, más bulliciosa, como si dijéramos, más independiente; cosa bien natural, pues aquí parece que en el matrimonio el hombre pierde su libertad y la mujer la conquista. En cambio el Conde perdia visiblemente su buen humor; se le veia pálido, taciturno y algunas veces hasta sombrío. No acompañaba nunca á la Condesa en los sitios públicos, pero se habia notado que la seguia á cierta distançia como sigue la sombra al cuerpo, y que la seguia ocultándose, como quien expía ó como quien huye.

Una mañana fué invitado por la doncella particular de Celia para pasar al tocador de la señora Condesa, que lo esperaba. Semejante invitacion debia ser una verdadera novedad, porque Elías se mostró sorprendido y áun brilló en sus ojos un relámpago de alegría. Luégo movió la cabeza en señal de duda y se dispuso á asistir á la cita que se

le daba. Ántes consultó con el espejo el estado de su fisonomía, y pareciéndole demasiado triste la animó con una sonrisa; compuso el desórden de sus cabellos, contempló la blancura y perfeccion de sus manos y salió de la estancia en que se encontraba.

Para llegar al tocador de la Condesa tenía que atravesar los salones principales del palacio, que sólo se abrian en las grandes recepciones. Es decir, que el mundo estaba interpuesto entre los dos recien casados.

Llegó á la puerta del tocador de la Condesa y llamó suavemente.

—Adelante—dijo Celia con acento amigo.

Elías entró inclinándose ceremoniosamente delante de su mujer.

Ella, sin mirarlo, hizo un ligero movimiento con la cabeza diciéndole:

—Siéntate.

Acababa la doncella de desatar las magníficas trenzas que cubrian la frente de la Condesa, para empezar sin duda la tarea del cuotidiano peinado. De manera que la entrevista entre los recien casados iba á tener por testigo á la doncella, ó el marido se veria obligado á hacerle á su mujer una antesala lo ménos de media hora.

Mas no sucedió ni una cosa ni otra,

porque Celia sacudió de pronto la cabeza, haciendo caer sobre los hombros la negra tempestad de sus rizos tumultuosos, y despidió á la doncella.

Una vez solos, ella abandonó el espejo y fué á reclinarse voluptuosamente sobre los cogines del divan junto á su marido. Éste la contempló en silencio, recogiendo con ávida mirada los vivos rasgos de la belleza que tenía delante. Los pliegues del peinador que la cubria no eran bastantes á ocultar los contornos de su figura, ántes por el contrario, los realzaban, dejando á la imaginacion correr desenfrenada por todos los espacios del deseo.

Las mejillas siempre pálidas de Celia aparecian entónces ligeramente sonrosadas, y la nube de sus rizos, y el brillo de sus ojos, y la expresion de su boca, y el abandono de su actitud la rodeaban de una seduccion bastante peligrosa.

—Vamos,—dijo con acento armonioso—señor Conde, creo que no nos entendemos.

Puentereal no hizo más que encogerse de hombros.

—Bueno—continuó ella diciendo:—Por qué hemos de engañarnos? Hemos hecho un matrimonio de conveniencia. ¿No es éstó?

—¡De conveniencia!—exclamó Puentereal.

—Así lo llama el mundo—añadió Celia. —Nuestra union ha venido á ser la suma de dos cantidades iguales.... al casarnos cada uno de nosotros hemos doblado nuestro capital. Yo no entiendo bien esas cuestiones de números, pero así se lo he oido decir á mi padre.

—¿Así?—preguntó Elías.

—Así—contestó Celia.

—Ese es, en efecto,—añadió el marido—un aspecto de nuestra union, y el hombre de negocios lo ha visto principalmente de esa manera: nos ha sumado en su libro de caja.

—Pero acaso—preguntó ella—¿tiene otro aspecto nuestro matrimonio?

—Sin duda—le contestó el marido.

—¿Cuál?...

—El amor—le contestó con voz temblorosa.

—¡El amor!... ¡El amor!—replicó la hija del Banquero.—¿Es decir que nos amamos?

Miróla Elías fijamente, preguntándole:

—¿Por qué nó, Celia?

Sosteniendo ella con firmeza la mirada de su marido, le dijo:

—Puentereal, porque nó.

—Crees tú—insistió él—que yo puedo mirar con indiferencia....

—Mis encantos—añadió interrumpiéndole.—No paso esa galantería.... Un marido que requiebra á su mujer es un marido ramplon.... Eso yá no está admitido.... es de muy mal gusto.

—¡Ah Celia!—exclamó.—No te comprendo.... explícate.

Echó ella hácia atrás los rizos que sombreaban su frente, exclamando á su vez:

—¡Oh qué torpe eres. No suspires—añadió—ni me mires con esos ojos de amante de novela. Tranquilízate, porque te juro que no estoy celosa. He sospechado que no me conoces, y es preciso que nos conozcamos. Ea, fuera de inútiles hipocresías y hablémonos como dos amigos inseparables.

—Hablémonos—dijo Puentereal.—Salgamos de una vez de la increible situacion en que nos encontramos.

Yo creí—advirtió Celia—que esta explicacion siempre enfadosa sería entre nosotros innecesaria; pero tú no has comprendido todavía toda la originalidad de mi carácter; me has incluido en el vulgo de las mujeres, y crees que me agradan todos los homena-

jes. Nó: tú eres un hombre de mundo, gastado en los placeres de la vida, y no he de ser yo una mujer tan ridícula que intente transformarte. Al darte mi mano no me propuse nunca esclavizarte. ¿Nos entendemos?...

—Celia—replicó Puentereal.—Te juro que ninguna mujer ha ejercido sobre mí el imperio que tú ejerces. Tu voz me conmueve, tus miradas me estremecen y tus sonrisas me embriagan.... Eres á mis ojos un vaso rebosando de delicias, ¿porque has encendido en mi sér el infierno que me devora?

—¡Capricho! ¡capricho!—exclamó Celia frunciendo el entrecejo.

—¡Capricho!—replicó Elías.—Capricho que me avasalla, que me conmueve y que me aniquila. ¿Dónde podrias ocultarte que yo no te descubriera, que yo no te adivinara?...

—Te engañas. Si yo no hubiera sido la hija única del opulento Banquero, ni siquiera me habrias visto.

Pronunció Celia estas palabras con desden soberano, añadiendo:

—Estás loco.

—Loco, sí,—dijo Puentereal.—Loco, pero soy tu marido y reclamo todos mis derechos.

—¡Mi marido!...—replicó.—Cierto, eres mi marido porque te creí más razonable, pero eres un marido insufrible. En cuanto á tus derechos has llegado tarde.

—¡Tarde!...—exclamó.—¿Qué quiere decir tarde?...

—Quiere decir—contestó Celia—que mi corazon yá no es mio. No dirás que te engaño.

—¡Celia!—gritó con semblante airado.—¿Qué hombre es el que se ha puesto en mi camino?... Habla.

—Cálmate—le dijo ella.—Eso no lo sabrás nunca. Es el secreto de mi alma.

Y abandonándose á la emocion de que se hallaba poseida, añadió suspirando:

—¡Ay! Es un amor imposible.

—¡Imposible!—murmuró Elías sordamente.

—Sí,—replicó ella—imposible, pero inmenso.

Puentereal se quedó mudo. No acertaba á apartar los ojos de Celia.... Jamás le habia parecido más hermosa. Sentia impulso de arrojarse á sus piés, y al mismo tiempo experimentaba horrible deseo de ahogarla entre sus brazos. Á la vez su sangre se helaba y ardia.... Todo su pensamiento se condensó en una sola palabra.

—Me perteneces—dijo.

Y sin poder contenerse tendió las manos para asir las de Celia.

Ella las rechazó con indiferencia mil veces más cruel que el enojo, y se puso de pié diciendo:

—Nunca.

Aquella mano delicada que huia de la de su marido agitó el cordon de seda que colgaba sobre el divan, y Celia fué luego magestuosamente á sentarse delante del espejo. La entrevista habia terminado: la condesa llamaba á su doncella.

Elías salió del tocador de su mujer cabizbajo, sombrío, terrible, llevando en su alma un infierno de ira, de celos, de deseos, de venganza, de amor y de envidia.

XII

ÚLTIMA JUGADA

Entre todos los tormentos á que puede una mujer condenar el corazon de un hombre, el más horroroso debe ser el suplicio de un rival desconocido, porque equivale á depositar en su alma un ódio sin límites: el ódio que se necesita para aborrecer al mismo tiempo á todo el género humano. Es un fantasma que está de contínuo delante de los ojos y que se escapa siempre de las manos: el recelo permanente, la sospecha múltiple.

Es andar siempre sobre áscuas, vivir con el alma en un hilo, no llegar la camisa al cuerpo.... Un rival conocido no es al fin más

que un hombre, un temor, una traicion, un peligro; pero un rival desconocido, cuyo nombre se ignora, es la suma de todos los hombres, de todos los temores, de todas las traiciones, de todos los peligros. ¿Dónde está?... aquí, allí, allá, más cerca, más léjos, en el salon, en la calle, en el teatro.... en todas partes. ¿Quién es?... Éste, aquél, el otro, el que sonrie, el que va, el que viene, el que entra, el que sale, el que sube, el que baja.... todos.

No hay sér de forma más fantástica ni de realidad más terrible. El tormento que hace sufrir se multiplica por todas las acciones que vemos, por todas las palabras que oimos, por todos los pensamientos que imaginamos. Verdaderamente debe ser tormento del infierno; tormento solitario, sordo, íntimo, implacable, que aisla el espíritu y lo desespera, haciéndose la única compañía del alma.

Como toda inclinacion más ó ménos viva hácia una mujer se llama amor, es preciso convenir en que el amor es muchas veces un sentimiento innoble, tan innoble que no pasa de ser la más vergonzosa grosería de los sentidos. No es una tierna necesidad del espíritu, sino un ciego apetito de la carne.

Esta pasion vulgar ignora el valor de los sacrificios, desconoce el tranquilo placer que causa la satisfaccion de amar aquello que es digno de ser amado. ¡Sacrificios!... en vez de ofrecerlos los impone; no ama, apetece; carece de entusiasmo porque todo es deseo; se irrita ante las contrariedades y hierve como el mar en los escollos; el fuego en que se enciende, en vez de dar calor, abrasa. No busca la correspondencia que es la comunicacion de los sentimientos, sino la pide; no intenta merecerla, porque le basta sólo con alcanzarla; no es un afecto, es un vicio.

Son vapores de la carne que nublan el entendimiento y oscurecen el alma, formando tempestades más desastrosas que las tempestades de la tierra. Es una embriaguez que enloquece. En estas pasiones los celos toman un carácter espantoso; no son el desengaño que causa la inconstancia, ni el dolor de la infidelidad, ni la pena de la indiferencia; son el grito del amor propio herido; es el furor que enciende en el ánimo, el placer que se escapa de las manos, son al mismo tiempo la ira, la envidia y la venganza.

Tal era el amor desesperado que Puentereal sentia por Celia, y para que el tormento á que se hallaba condenado fuese más agudo,

el rival que le disputaba la dicha era un rival desconocido, un rival anónimo; la sombra impalpable de su desesperacion que estaba en todas partes. La imágen de este rival misterioso y casi fantástico se multiplicaba en su imaginacion; cambiaba de aspecto y de fisonomía á cada instante, se revestia sucesivamente con todas las formas imaginables; no era un rival, era un torbellino de rivales.

Lo buscó por todos los rincones de la sociedad sin poder encontrarlo.... Lo habia condenado á muerte ántes de conocerlo y se habia pregonado á sí mismo su cabeza.... Meditaba el homicidio con verdadera complacencia; si algun rayo de luz sonreia en el tenebroso abismo de su pensamiento, era la idea de su rival bañado en sangre y tendido á sus piés, como la víctima, inmolado al númen de su dicha.

Entretanto, la Condesa se mostraba cada dia más inaccesible, lo mismo á las súplicas que á las amenazas de su marido. Le cerraba todas las puertas sin misericordia y parecia empeñada en arrancar de su corazon hasta el último vislumbre de esperanza. Sin embargo, lo hacía con una naturalidad intachable, como la cosa más sencilla del mundo:

lo desesperaba sin violencia, sin artificio, sin desden y sin ira, sin reparar en ello. Puentereal habria preferido el ódio á la indiferencia, pero en verdad, su mujer no se tomaba ni siquiera el trabajo de aborrecerlo.

Le era permitido verla en público en medio de esa córte que siempre rodea al fausto, y allí, escondido entre la multitud, expiaba sus movimientos, sus miradas, sus sonrisas, acechándola como el tigre acecha á su presa, sin encontrar nunca rastro de aquel rival odioso. La alegría de la Condesa era un puñal que se clavaba en su alma; y si alguna vez se mostraba distraida, pensativa ó triste, aquellas distracciones, y aquellos pensamientos, y aquellas tristezas, le parecian mil veces más crueles que sus alegrías.

En el infierno de la vida á que se veia encadenado, todo le servia de tormento. El bullicio del mundo le era insoportable, los placeres mordian su corazon despedazándolo, sus propias riquezas le estorbaban, eran las cadenas de oro que lo oprimian, que lo sujetaban léjos de Celia. Por una combinacion horrible de su destino, aquellas riquezas que habian servido para unirlos se convertian de pronto en el abismo que los separaba.... Este hombre infeliz vivia roido por todas las deses-

peraciones: llevaba en el alma un nido de serpientes.

Debió acometerle de repente un pensamiento nuevo, porque se contrajo ferozmente su fisonomía, se dió una palmada en la frente, y se dijo con voz sorda:

—Sí.... los dos....

Desde aquel momento se hizo más tratable, tomando una parte más activa en la vida que lo rodeaba. Notaban sus amigos que padecia frecuentes distracciones y le preguntaban:

—¿En qué piensas?...

—Pienso—decia—retirarme de los negocios y medito mi última jugada.

—¿Á golpe seguro?...

—Yá vereis, yá vereis si es seguro.

Llegaron á Celia estas noticias, y dijo al saberlas:

—Cuidado con Puentereal, porque yá saben ustedes que tiene una fortuna loca.

Solia la Condesa experimentar el cansancio que con frecuencia acompaña á las gentes demasiado ricas y demasiado desocupadas, y algunas noches no recibia, y retirándose temprano despedia á su doncella despues que ésta la dejaba en la cama, buscando por lo visto en el sueño un refugio contra el fastidio.

En una de estas noches, cuando el palacio se hallaba en profundo silencio, salió Elías cautelosamente de sus habitaciones y se deslizó con pasos mudos y lentos hasta llegar á la misma puerta del dormitorio de la Condesa. Allí se detuvo y escuchó algun tiempo. Despues la puerta se fué entreabriendo poco á poco y Elías penetró en el dormitorio de la Condesa.

Enmedio del silencio, un oido atento habria percibido algo semejante á un grito humano, pero á un grito inmediatamente ahogado y á la vez algo semejante á la respiracion entrecortada de un hombre que hace el último esfuerzo. Despues no se oyó nada.

La puerta del dormitorio volvió á entreabrirse, y Elías salió pronunciando entre dientes con una voz como un soplo, estas palabras:

—Muerta.... Muerta.

Repitiendo estas lúgubres palabras se perdió en la oscuridad de los salones, salió á una galería, buscó la escalera interior del palacio, se precipitó en ella, cruzó el pórtico y se lanzó á la calle.

Corria como un loco, como si huyera del mundo, como si huyera de sí mismo, y no tardó mucho tiempo en encontrarse fuera de

la poblacion.... ¿Á dónde iba? Él mismo lo ignoraba; corria sin direccion, sin voluntad, impelido, arrastrado por una fuerza desconocida.

Al fin se detuvo y lanzó en torno suyo miradas desencajadas. La soledad en que se encontraba aparecia llena de espectros que se agitaban delante de sus ojos, tendiéndole los brazos y arrojando á su rostro el aliento helado de la muerte.

A lo léjos distinguia montes despedazados por abismos sin fondo, peñascos hendidos por el rayo, rocas calcinadas por el fuego de los volcanes; y este horizonte desolado daba vueltas á su alrededor estrechando el círculo que formaba, cerrándole el paso como un torbellino que saboreaba de antemano el placer de aniquilarlo.

—Bien—dijo.—La naturaleza se asocia á nuestro último destino y el caos abre sus brazos para recibirnos; la muerte va á unirnos para siempre. ¡Oh! Serás mia.

Oprimió entre sus manos el doble cañon de un primoroso rewolver, que contenia dos veces la muerte lujosa é ingeniosamente dispuesta, segun el último adelanto del siglo.

—¡Ah!—exclamó:—No debo hacerla esperar mucho tiempo.

Apoyó el arma sobre la sien diciendo:

—Ántes á ella.... ahora á mí.... los dos.

La pólvora inflamada estalló, el silencio se tragó aquel sordo rugido, la oscuridad, aquel rayo de la desesperacion humana, y Elías dando una vuelta sobre sí mismo calló desplomado.

Una sombra surgió en aquel instante del seno de la tierra. Esta sombra era Baal con su cabellera roja como el fuego, y sus ojos de llamas.

Entónces, en el horizonte nublado, apareció una claridad lejana, un rayo de luz, una esperanza, y Baal, poniendo el pié sobre el cuerpo de Elías que palpitaba con los últimos estremecimientos de la muerte, apretó los puños y amenazando al cielo gritó:

—Atrás.... Atrás.... yá es mio.

RAYO DE SOL

I

PARALELO

Yá sabemos que la palabra verosímil significa todo aquello que es semejante á la verdad; ó lo que viene á ser lo mismo: todo aquello que, sin ser verdad, pueda serlo. De manera que decir inverosímil equivale á decir increible. En la História, la verdad consiste en la exactitud del relato con respecto á los hechos relatados, y en ella lo verosímil puede ser falso, á la vez que muchas veces lo increible es cierto.

En el Arte sucede todo lo contrario. Lo que ménos importa es la verdad real, lo que podemos llamar la verdad auténtica, porque lo importante es la verdad imaginada, la exactitud entre lo inventado y lo posible,

porque el Arte viene á ser un espejo obligado á representar imágenes verdaderas de originales cuya realidad puede muy bien no estar en ninguna parte. Es en fin una ecuacion entre la imaginacion que crea y la verdad que existe, y viene á resolverse en esta fórmula: lo verosímil.

La verdad histórica necesita demostracion histórica, testimonio de testigos dignos de fé, todos los datos que necesita la certidumbre humana. La verdad artística no necesita más que verosimilitud artística; basta que el génio lo diga para que todos lo creamos. La História representa lo que es; el Arte lo que podia ser. La primera es el proceso del género humano; el segundo es su absolucion. En fin, la História cuenta todo lo que sabe, y el Arte embellece todo lo que cuenta.

Y lo que más me hace gracia en este paralelo involuntario que va insensiblemente saliendo de la pluma, es el contraste que establecen entre sí las realidades increibles de la História y las creaciones fantásticas del Arte, por lo que hace á los caprichos de nuestra credulidad. En el Arte todo es ficcion, ó lo que es lo mismo, nada es verdad; yá lo sabemos, pero le exigimos como condicion indispensable una especie de absurdo, á saber:

la realidad de la invencion, más claro, que la mentira sea verdadera. Para con la História, cambiamos los términos y sólo le pedimos como condicion necesaria que sea en ella verdad lo inverosímil, y cierto lo increible.

La distancia que media entre la História y el Arte es exactamente la misma que hay entre el mundo de la imaginacion y el mundo en que vivimos; la misma que separa á lo verosímil de lo cierto, por más que lo verosímil sea mentira y lo cierto increible.

Y aquí tenemos dos mundos que aparecen tan distantes entre sí y que son igualmente fantásticos, porque ciertamente nada traspasa tanto los límites de la fantasía, como una verdad increible ó como una ficcion verdadera. Son dos términos que se avienen al mismo tiempo que se rechazan, y por una especie de mágia de que no intentamos darnos cuenta, la ficcion toma á nuestros ojos una realidad inapelable, y á la vez lo cierto se trasforma en increible.

Sin ir á buscar los prodigios comprobados que la História nos ofrece en tiempos más ó ménos remotos, encontrarémos hechos de notoria autenticidad y que pertenecen al órden de las cosas increibles; hechos mil veces más estupendos que las tenebrosas maravillas de

la nigromancia que la ilustracion del siglo ha desechado como supercherías indignas de nuestra credulidad; hechos de los que nosotros mismos somos testigos.

Sí, el Arte suele permitirse ciertas licencias, poniéndonos delante mónstruos que están fuera de la naturaleza, pasiones que no caben en el corazon humano, caractéres que se escapan de los límites de lo posible, escenas inverosímiles, prodigios en fin que se realizan por la virtud maravillosa de una mano invisible, cierto; pero lo hace guiñándonos el ojo para que le prestemos nuestra complicidad y le concedamos un asentimiento pasajero y una admiracion momentánea.

Tambien acontece que debajo de las formas fantásticas con que reviste sus obras, esconde un fondo de verdad humana que el espectador descubre al través del capricho de las apariencias....

Pero la Història no se presta á esa especie de confabulaciones; impone lo que dice como decision irrevocable, y por increible que sea lo que nos relate, hay que creerla ó matarla.

Por un movimiento patente y á la vez inverosímil que los empuja en direcciones opuestas, el Arte moderno ha caido en un

realismo deplorable, miéntras la História contemporánea se lanza sin reserva por caminos fantásticos, de prodigio en prodigio y de maravilla en maravilla.

Parece que el Arte que nos domina es la realidad misma en su desnudez más vergonzosa, al paso que la História contemporánea registra con la evidencia de los hechos, los acontecimientos más fabulosos.

Pudiera creerse que han cambiado mútuamente de naturaleza, que la realidad pertenece al Arte y la imaginacion á la História.

Miéntras el primero retrata la desnuda imágen de nuestras costumbres y el descarnado espectro de nuestros sentimientos, la segunda anota hechos maravillosos que allá en las edades futuras serán probablemente la fábula de nuestros tiempos.

Nos encontramos frente á frente de un Arte que escandaliza y de una História que asombra.

Arte positivo.

História imaginaria.

En presencia de las obras artísticas que más cautivan hoy el gusto bastante corrompido del público, sean las que quieran las deformidades con que se nos presenten, no podemos ménos de exclamar:

—¡Oh cuán triste verdad es ésta!

Y delante de los sucesos históricos que se tejen en la enredada urdimbre de nuestros dias, no es posible dejar de encogerse de hombros, exclamando de la misma manera:

—¡Ah.... esto es increible!...

El Arte moderno es el espejo que exactamente nos retrata.

La História contemporánea es una especie de fantasía que, digámoslo así, nos idealiza.

El Arte: hé ahí lo que hacemos.

La História: hé ahí lo que soñamos.

Ó lo que viene á ser lo mismo:

Allí la realidad moral de nuestra miseria.

Aquí los prodigios fabulosos de una civilizacion estupenda.

En el Arte que nos domina, todo es prosáico.

La História es toda poesía.

Si me es permitido llamar las cosas por su nombre, dándole á cada uno lo que justamente le pertenece, no vacilaré en decir que nos encontramos en presencia de un Arte sin sentido moral y de una História sin sentido comun.

Más claro:

Un Arte sin vergüenza.

Una História sin juicio.

Más claro todavía:

El vicio en el Arte.

La locura en la História.

No sé qué especie de complacencia experimentamos al vernos reproducidos en el Arte tal y como somos; pero es lo cierto que coronamos de aplausos aquellas obras que más nos degradan.

Indudablemente el Arte ha comprendido esta propension que poco á poco nos conduce á despreciarnos, y por una especie de lisonja enteramente original, nos adula al mismo tiempo que nos infama.

Ha descubierto ese resorte ignorado de nuestro entusiasmo, y nos vende sus insultos á peso de oro.... Industria de todo punto nueva que busca los favores del público abriendo á sus ojos el espectáculo de sus debilidades y el triunfo de sus pequeñas pasiones.

Lo busca y lo obtiene.

El realismo que nos degrada á la vez que nos complace, no es solamente una palabra que expresa el imperio artístico de la materia, el dominio victorioso de todas las sensualidades, no significa únicamente la proscripcion de la belleza decretada por la grosería victoriosa de los sentidos; hay en su significacion

algo más positivo, más práctico que se llama ganancia.

Es una operacion mercantil por medio de la que el Arte abre el barato de sus géneros de pacotilla. Es lo mismo que hacen los comerciantes: *realizar,* convertir en dinero las últimas existencias de sus almacenes.

El realismo es el Arte en liquidacion.

Desde las apoteósis de las malas pasiones, desde la justificacion del suicidio hasta las contorsiones del *can-can,* el Arte moderno todo lo vende.

Lo vende y se lo compran.

Más aún:

Las gentes se lo quitan de las manos.

La História entretanto.... Pero detengámonos un momento, y volvamos la hoja.

II

UN PRODIGIO

Precisamente tenemos á la vista un hecho verdaderamente increible, y que, por más vueltas que se le dan al caso, no hay manera de negarle á la História la evidencia de su veracidad, en razon á que no nos es permitido recusar el testimonio; porque nosotros mismos somos los espectadores, los cómplices y los testigos.

—¿De qué se trata?

—¡Friolera!... De un prodigio enteramente nuevo en la hist267ria del género humano.

—¿Maravilloso?

—Imprevisto.

—¿Extraordinario?

—Inexplicable.

—¿Se ha tropezado yá con la eternidad del hombre sobre la tierra?

—Aún nó.

—¿Se ha encontrado algun bosque de vegetacion humana?

—Todavía no se ha encontrado.

—¿Algun fenómeno magnético?...

—Tampoco.

—¿Qué ve el *sonambulismo lúcido?*

—Visiones.

—Yá.... Sin duda el *espiritismo* ha encontrado al fin al otro lado del sepulcro un espíritu ingénuo que hable en castellano.

—Nó.

—¿Decididamente el que más debe es el que más tiene?

—Bah.

—¿Hemos resuelto la cuadratura del círculo legal?... ¿Estamos yá en la constitucion definitiva?...

—Ménos.

—¿Es la suficiencia del número?

—Cá.

—¿La lealtad de la fuerza?

—Hum.

—¿La incorruptibilidad de la justicia?

—Más aún.

—¡Más!

—Más.

—Entónces es la virtud de las *pastillas de Belmet.*

—Nada de eso: en realidad los portentos que van enumerados están todavía en perspectiva. Se cumplirán seguramente, segun las promesas de la ciencia; pero, entretanto, no son más que maravillas aplazadas.

El prodigio que hoy registra la História es una mezcla de ilustracion y de imbecilidad de que ciertamente no hay ejemplo.

La cosa no puede ser más estupenda.

Pertenece á un órden de prodigios enteramente nuevo, cuyo poder cabalístico no alcanzó nunca la nigromancia de los tiempos antíguos. Ahora sí que con razon podemos reirnos de aquel arte diabólico que descubria los secretos escondidos en las oscuridades de lo futuro, que evocaba la sombra de los muertos, y que sin embargo de sus filtros, de sus conjuros y sus cábalas, no pudo sorprender en el mundo de las tenebrosas maravillas, el arcano de la *piedra filosofal;* de ese filon de oro siempre soñado y nunca descubierto; siempre á punto de ser sorprendido, y siempre escapándose de entre las manos.

Pues bien, esa pesadilla de la antigüedad nigromántica, ese problema de la mágia que tuvo embargada la credulidad de los pasados siglos, se está realizando, se está resolviendo en medio de la incredulidad del siglo presente.

¿Cómo?

Como la cosa más increible y á la vez más natural del mundo.

El mago, cuya mano ha puesto el dedo en la llaga, no es realmente un sér extraordinario que se sale del cuadro de los simples mortales. Está, como todos, sujeto á las contingencias de la vida, nació como cada hijo de vecino, y hay completa certidumbre de que morirá probablemente el dia ménos pensado.

Hasta hoy era un sér desconocido en el que la más fina perspicacia no habria descubierto nunca el secreto de su fabulosa alquimia. Positivamente nadie hubiera creido que poseia el milagroso poder de la riqueza universal, el génio de la abundancia y de la fortuna.

Pero los verdaderos prodigios son así, desprecian el aparato de las formas, rehusan el anuncio de los indicios, se fraguan misteriosamente en el rincon más oculto, y, á lo mejor,

rasgan el velo y se descubren cuando ménos se esperan.

El portento que nos tiene con la boca abierta, ha adoptado en esta ocasion la exterioridad más sencilla, valiéndose de lo que hay más frágil, más débil y más inconstante sobre la tierra: de una pobre mujer.

En su mano ha puesto aquel manantial de oro tan afanosamente buscado por los antíguos alquimistas, tan inútilmente prometido por los nuevos economistas, tan vanamente soñado por todos los hombres. De la noche á la mañana ha aparecido, como quien dice detrás de la puerta, en la palma de la mano de una mujer, hasta ese momento confundida con el vulgo de las mujeres.

La fórmula del prodigio es una fórmula aritmética, como si desde el primer momento quisiera demostrar todo lo que hay de positivo en lo increible. No se quiere servir de las palabras, agotadas yá indistintamente por los oradores y por los charlatanes, y apela al conciso lenguaje de los números, haciéndolos testigos de la maravilla.

«300 %»

Trescientos por ciento.

Hé ahí la fórmula.

No se puede decir que el interés mueve

en este caso los resortes de la cábala, la mágia que se nos ofrece no puede ser más desprendida. Pide ciento, para dar trescientos. En sus manos toda cantidad se multiplica por tres sin más que pasar por el oculto crisol de la maga, que los triplica con una frescura tan prodigiosa como su secreto.

Eso es inaudito, y, sin embargo, eso no es más que la mitad del portento, y áun ménos, porque la otra mitad es más estupenda todavía. Vamos á verla.

Somos bastante incrédulos y en punto á milagros no nos fiamos de la camisa que llevamos puesta. Estamos al cabo de la calle y no se nos comulga con ruedas de molino. Todo eso del mundo sobrenatural no nos pasa de los dientes adentro. En una palabra; no creemos en brujas.

Muy bien. Pero hé aquí que se nos pone delante como una aparicion del otro mundo el milagro del *trescientos por ciento*, el fantasma de una *casa de imposicion* fabulosa que triplica los capitales en el soplo de un año, y aquí nos tienen á todos exclamando poco más ó ménos de esta manera:

—¡Demonio...! ¡el trescientos por ciento! Es una verdadera diablura, pero ¡quién sabe! Con mi pequeño capital no puedo sacar los

piés de las alforjas, y eso que trabajo seis horas diarias. El trescientos por ciento me saca de estas angustias. Podré gastar al año tres veces el capital conservándolo íntegro. Esto es pasmoso. ¡Trescientos por ciento á toca teja..! Esta mujer tiene el demonio en el cuerpo y no he de ser yo el tonto que pierda la fortuna que me cae por la chimenea.

Y sin más ni ménos acudimos en tropel á vaciar nuestros bolsillos en la caja infernal de esa mujer que tiene el demonio en el cuerpo.

Detrás de esa caja diabólica todo es misterio, más allá de la *imposicion* no se ven más que oscuridades. Es un artificio mágico que no ofrece garantía ninguna, porque los prodigios de la mágia son como los reyes constitucionales, irresponsables. Poner allí el dinero es tirarlo por la ventana. Pues bien, el abismo nos atrae con fuerza irresistible y tiramos el dinero por la ventana.

Ved ahí un doble prodigio histórico, el prodigio de la ganancia triplicado por el capital y el prodigio de nuestra credulidad.

¿Qué es esto? ¿De qué mundo invisible sale este portento?

Sale del mundo moral en que vivimos.

Es la codicia que cree en la codicia.

Es, sencillamente, la estafa robando á la usura.

Sin duda alguna, el encanto será breve. Quizá á estas horas se ha desvanecido como un sueño. Pero ello es que la História registrará entre los hechos más pasmosos este caso increible del que todos hemos sido indistintamente espectadores, testigos, cómplices y víctimas.

El dinero, insensible, egoista, incrédulo, se ha enternecido ante la prodigalidad del trescientos por ciento, prestando la fé de sus capitales á la palabra mágica de una mujer hasta este momento desconocida.

Habeis creido, nó á puño cerrado, sino á mano abierta, en el poder fantástico de ese sér que ha salido de la vanidad presente. Acaso no creais en el poder de Dios y hé ahí que habeis creido en el poder del demonio.

¡Oh qué espantosa oscuridad nos rodea!

Ved ahora el *rayo de sol* que ilumina las páginas siguientes.

III

LA CASA

No era ciertamente un castillo feudal la morada solariega en que pasaban los últimos dias de su vida los señores de Llanoverde, nombre que, dicho sea de paso, nada tenía que ver con el ilustre apellido de la familia, mas los aldeanos de la comarca dieron en designarlos así, porque entre otras tierras de aquellas cercanías poseian una hermosa huerta con casa y ermita, llamada desde tiempo inmemorial, y de padres á hijos, Llanoverde. Bien hubiera querido su dueño engrandecer la glória de la estirpe, ostentando con esa designacion un título de Duque, de Marqués ó de Conde; pero, yá se ve, en la imposibilidad de conseguirlo, porque á principios de siglo

todavía se escaseaba mucho eso de hacer Condes, Duques y Marqueses, se resignaba á ser simplemente señor de Llanoverde, proclamado por la voz pública, y, al fin y al cabo, libre del pago de *lanzas y medias anatas*. Nadie le disputaba el usufructo de su señorío, le salia además de valde, y mirando al resto del mundo por encima del hombro, escupia noblemente por el colmillo, y era, á sus propios ojos, nada ménos que el *Gran Tamberlan de Persia*.

Como yá he dicho, la morada en que pasaba su vida señorial no podia tomarse como un castillo de la Edad Media, con foso, rastrillo, torreones y almenas; pero habia en el conjunto del edificio ciertos rasgos feudales que atestiguaban su orígen nobiliario y su antigüedad venerable.

Debió ser construido sobre una eminencia desde la cual dominaba las llanuras circunvecinas; mas el tiempo, que todo lo allana, habia ido poco á poco levantando el terreno, hasta el punto de que pudiera subírsele á las barbas. Mas, sin embargo, era preciso subir una ligera rampa para llegar á la gran puerta de encina que abria paso al interior del edificio.

Por lo que hace al foso, se hallaba perfectamente cegado, si es que alguna vez habia

visto la luz del mundo, pues su existencia no pasaba de ser una suposicion, que ningun anticuario se habia tomado el trabajo de confirmar con sus investigaciones. Los muros, exteriormente envejecidos por los rigores del la intemperie, conservaban interiormente toda la poderosa robustez de una juventud hecha á cal y canto, decididos á burlarse de las destrucciones del tiempo.

Dos torreones se abrian á derecha é izquierda del cuerpo principal del edificio, como dos alas de piedra, ó más bien se levantaban como dos gigantes encargados de custodiar aquel cadáver de roca, permítaseme decirlo así, vivo todavía. Sobre la gran puerta se destacaba el escudo de armas de la familia, que el señor de Llanoverde hacía blanquear todos los años, para que se marcara bien sobre el muro ennegrecido y como si de este modo quisiera á la vez lavarle la cara al honor de su estirpe.

Encima del escudo se extendia teatralmente un balcon enorme revestido de su correspondiente balaustrada, tambien de piedra, digna sin duda alguna de un palacio, pero que allí no se habria echado de ménos. A un lado y á otro de este balcon monumental se abrian otros dos más pequeños,

encerrados en el espesor del muro y guarnecidos con pasamanos de hierros.

Estos tres pormenores de decoracion, si no representaban propiamente tres órdenes de arquitectura, representaban por lo ménos tres órdenes de gerarquías, tres órdenes de ideas, tres edades: la fortaleza, el palacio y la casa; el guerrero, el palaciego y el mercader; la espada, la intriga y el negocio; la edad de los mandobles, la edad de las cortesías y la edad del tanto por ciento.

Así es, que vista exteriormente en los primeros años del presente siglo, era á la vez un doble recuerdo y un simple anuncio. Por lo demás, el capricho de sus dueños anteriores la habia adornado con remates y pormenores de yeso y ladrillos que brotaban sobre la dura argamasa de la mampostería, como brotan los frágiles retoños sobre la ruda corteza de los troncos viejos.

Esta especie de *toilette* la desfiguraba sin rejuvenecerla.

De este modo era poco más ó ménos de puertas á fuera. Un anticuario, ese enemigo de toda juventud, la habria mirado con curiosidad y con lástima; un artista no habria podido contener la carcajada; pero los aldeanos de la comarca la contemplaban con res-

peto y hasta con orgullo; era para ellos un prodigio de arte y de grandeza. Toda la história de la aldea, trasmitida de padres á hijos, estaba relacionada con aquel edificio, en el que habian acontecido en tiempos remotos sucesos extraordinarios, que las madres contaban muchas veces á sus hijos para dormirlos.

De puertas adentro disimulaba todavía ménos la antigüedad de su fecha.

Desde el momento en que se ponia el pié al otro lado del portal, los pasos retumbaban por la ancha bóveda de la escalera, como si el empedrado del pavimento tuviera el encargo de anunciar las visitas. El zaguan era inmenso, tanto, que resultaba lóbrego y oscuro, ni más ni ménos que si no hubiese en él nunca bastante aire y luz bastante para secar sus paredes desnudas é iluminar su espacio.

Luégo que los ojos se acostumbraban á aquella oscuridad llena de sombras, se distinguia la escalera, cuyos anchos peldaños de piedra subian hasta cierta altura, y allí se detenia abriéndose en dos brazos, no sé si en señal de hospitalidad ó de amenaza, pero ello es que la escalera recibia con los brazos abiertos. Una vez arriba se encontraban tres puer-

tas por donde penetrar en el interior de la casa. La de enmedio conducia al salon, verdadero salon tan espacioso como el zaguan, cuyo techo abovedado le servia de pavimento. Eran, pues, exactamente iguales, no habiendo entre ellos más diferencia que las establecidas por la gerarquía. Esto es, que el uno era salon y el otro zaguan.

Ántes debian tener los hombres una idea excesiva de su grandeza, si las casas en que vivieron y aún permanecen en pié pueden servirnos de medida. Todo es en ellas ancho y alto; los techos se elevan hasta el cielo, las paredes se alejan unas de otras, como si todo espacio fuera poco. Aquellos hombres no cabrian en nuestras casas, se ahogarian en ellas.

El salon de los señores de Llanoverde era por las dimensiones el salon de un palacio, sin más luz que la que recibia por el balcon monumental que decoraba la fachada del edificio. Los muebles se perdian en la longitud de las paredes. En vano las sillas levantaban sus altos respaldos de nogal tallado, en vano las colgaduras de seda amarilla se cruzaban como banderas sobre los dinteles de las puertas, en vano las mesas sostenidas por columnas extendian sus anchos

tableros, la araña de cristal pendiente del techo parecia suspensa entre el cielo y la tierra. La chimenea abria una boca, boca enorme, capaz de contener dentro de sus ennegrecidas fauces todo el fuego de un incendio.... Pues bien, esas cosas parecian allí juguetes de niños.

Este estrado que sólo se abria en ocasiones solemnes, no era solamente el gran salon de la casa, era además un museo y un cementerio de familia. Bajo la forma de retratos aparecia allí en órden cronológico una sucesion de siglos. Colocados uno detrás de otro estaban allí todos los ascendientes del señor de Llanoverde.

El buen señor, paseándose de un estremo á otro de la gran sala, podia decir que se hallaba en comunicacion con toda su ascendencia. Aquel rio humano, que la muerte habia ido sangrando, se detenia en él, porque él era el último vástago de aquel árbol genealógico.

No eran los retratos obras maestras de arte ni tampoco se podian comprobar las semejanzas; pero despues de todo, una vez acostumbrado á las fisonomías que el pincel habia grabado en el lienzo, debian parecerle que estaban hablando. Y de cualquier modo,

salvas algunas inexactitudes, las épocas en que cada uno vivió estaban representadas por los trajes, y los trajes forman parte de la fisonomía.

Colocados, pues, como he dicho, uno detrás de otro, parecia que se miraban de reojo. Aquellas bocas, unas fruncidas, otras risueñas, otras desdeñosas, parecian sorprendidas en el momento en que iban á pronunciar alguna palabra. Sin duda aquellos retratos hablaban cuando estaban solos. Á lo ménos será preciso convenir en que cada fisonomía tenía su expresion, y cada expresion indica un pensamiento. Si no hablaban el lenguaje de los hombres, hablaban el lenguaje de la fisonomía.

Este salon se llamaba el salon de los retratos.

Cuando el señor de Llanoverde recibia la visita de alguna persona importante, lo hacía conducir al salon de los retratos, allí lo esperaba y adelantándose le decia:

—Ah.... señor. No se quejará V. de mi franqueza de aldeano; lo recibo á V. en familia.

Y al mismo tiempo extendia á derecha é izquierda el brazo, señalándole la série de sus ilustres progenitores.

El resto de la casa se componia de habitaciones, que, tapando aquí y descubriendo allá, se habian ido formando segun las necesidades de la familia. Por una propension eufónica del edificio, las paredes en vez de oir hablaban; todos los ruidos tenian eco; aquella mansion solariega parecia habitada por séres invisibles que se entretenian en repetir los pasos y las palabras. La sombra tomaba tambien dentro de aquella casa aspectos fantásticos.

La antigüedad que se respiraba en los muebles, en las molduras, en los dibujos y en los adornos parecia viva; al entrar allí se entraba en otro siglo; la atmósfera reposada que formaba el ambiente de la casa, parecia no haberse renovado en mucho tiempo.

En medio de las viviendas sencillas esparcidas por la campiña, abiertas por todas partes al sol y al aire, la morada solariega de los señores de Llanoverde proyectaba una sombra grave y triste. De noche se dibujaba en el aire como una masa informe, y la luz que se escapaba por las ojivas de los torreones le daba todo el aspecto de un fantasma colosal que lanzaba al espacio miradas de fuego.

Las gentes de la aldea habrian jurado algunas veces que se movia en la oscuridad, pero

al amanecer del dia siguiente la encontraban inmóvil en el mismo sitio en que le cogió la noche. Los muchachos se acercaban al muro, y por las troneras que daban á los sótanos, cortadas por barras de hierro, arrojaban piedras, que al caer hacian retumbar la bóveda con un bramido sordo y prolongado.

Tal era, en conjunto, la casa en que vivian los señores de Llanoverde.

VI

LA FAMILIA

Apesar del aspecto fantástico con que la casa se presentaba á la sencilla imaginacion de los aldeanos, dentro de ella se pasaba la vida todo lo más tranquilamente que se puede pasar en el mundo. Sin embargo, el señor de Llanoverde llevaba allá en el fondo de su alma un disgusto, que nublaba las pacíficas horas de su existencia. Porque á los treinta años de casado, y cuando su edad se iba acercando á los setenta, se encontraba sin más heredero que una hija única; y si el buen señor se decidió al fin á casarse, fué, ni más ni ménos, que por tener un hijo que llevara su nombre.

No se podia conformar con la idea de ser

el último varon de su raza, y veia interrumpida la línea recta de la familia, que por la antigüedad del orígen parecia destinada á ser eterna. Eugenia no dejaba de ser una señorita bastante séria y bastante encopetada para llevar con aire de princesa hasta la corona imperial del celeste imperio. Esto era innegable; y pensando en ello Llanoverde prorrumpía exclamando:

—¡Sí! es mi hija... Paso por eso... Y bien, ¡una mujer!... ¿para qué demonios sirven las mujeres? Si más previsora que su madre tiene hijos, serán mis nietos. Cierto, ese es el órden establecido; pero no llevarán mi nombre; el apellido de mi ilustre familia, será un segundo apellido... Nada; el cero, detrás la unidad... ¡Oh! ¡oh! ¡oh!...

Diciendo así, golpeaba con fuerza reconcentrada su caja de rapé, pellizcaba el polvo, y absorvia con iracunda delicia el perfume del tabaco, con los dedos restantes sacudia la rizada chorrera que caia sobre su pecho como si fuese la espuma de la camisa.

Como vemos, tenía clavados los ojos de su pensamiento en un hijo que no habia nacido todavía, ni ofrecia probabilidades de nacer. Por todas partes le asaltaba la imágen fantástica de este sér imaginario; y no pu-

diendo darlo al olvido se daba él á todos los diablos. La muerte le aterraba considerándola desde el punto de vista de no poder sobrevivirse: la dificultad no presentaba solucion ninguna en atencion á que la vida le era yá inútil para conseguirlo. Vivia, pues, pura y simplemente por no morirse.

Por su parte la señora de Llanoverde tenía tambien sus *dímes* y *dirétes* consigo misma, y aunque no lo entendia la tierra, allá á sus solas solia poner el grito en el cielo, y á sorbo callado eran las madres mias. Algunas veces estaba que partia clavos. Pensaba lo mismo que su marido, solamente que lo pensaba en sentido opuesto.

Ya se vé, pensaba en su hija, que quieras que no quieras habia cumplido yá veinticinco años, y que además no debia al cielo grandes dones de belleza, y que, miel sobre hojuelas, encerrada en aquel caseron acabaria por quedarse para vestir imágenes; y hé aquí lo más triste del caso: el señor de Llanoverde estaba decidido á dejarse enterrar en el panteon de su palacio, y á esta resolucion le llamaba su última voluntad testamentaria.

Ante la idea de semejante reclusion en aquel rincon de la tierra, la noble señora tocaba el cielo con las manos: y aplastando

sobre la frente los rizos de su peinado, cogidos al pié de la letra, de un retrato de María Luisa que tenía junto al espejo, y golpeando el suelo con su chapin de raso, exclamaba diciendo:

—¡Qué hombre!... ¡Qué hombre! Como se encuentra viejo, cree que yá no hay juventud en el mundo y aquí nos tiene sepultadas y aquí nos tendrá hasta la consumacion de los siglos. ¿Qué hemos de encontrar aquí para esta niña que ha cumplido yá veinticinco años? En la Córte no le habria de faltar un pretendiente digno de su mano, porque al fin es nuestra única heredera. ¿En qué piensa este padre desnaturalizado? ¿Creerá que nos va á caer el novio por la chimenea?... No piensa más que en su partida de tresillo con el socarron del escribano, el matasanos del médico y el mostrenco del boticario. Mire usted ¡qué aristocracia!... Y á este hombre que se le pasea el alma por el cuerpo ¡lo hé hecho yo padre!...

Diciendo esto alzaba las manos en señal de amenaza contra sí misma, mas se contenia ante la consideracion del respeto monárquico, porque el más ligero atropello habria deshecho en su cabeza todo el peinado de María Luisa.

De este modo, los señores de Llanoverde andaban á la greña sin decirse una palabra; las dos procesiones iban por dentro. Casi pensando lo mismo, se encontraban divididos; la queja de ámbos era análoga.

Él decía:

—Esta mujer me ha muerto, matando en mí á toda mi ascendencia. Un heredero, un hijo que pudiese llevar mi nombre y continuar el curso glorioso de la familia. Hé ahí todo lo que le pedia.... ¡Ah! ni áun para eso se puede uno fiar de las mujeres.

Ella venía á decir lo mismo:

—¡Qué quiere este hombre!—exclamaba: —¡Qué quiere!... Está visto: enterrarnos vivas.... Cerrarnos las puertas del mundo para que no tengamos que hacer sobre la tierra más que morirnos, para que no quede de nosotras ni rastro ni nombre.

Exteriormente se trataban con ceremoniosa cortesía, dispensándose uno á otro las consideraciones propias de sus respectivos rangos. Él sólo se permitia golpear con la mano la caja del rapé y atascarse las narices sorbiendo, ni más ni ménos que si quisiera sorberse el mundo, luégo sacudia la chorrera, miraba al pecho y no desplegaba sus lábios.

Ella no habia de ser ménos, y fruncia la

boca, y arrugaba el entrecejo mordiéndose los lábios. Despues se encogia de hombros, y las cosas no pasaban adelante. La tempestad aparecia en el horizonte, relampagueaba un momento y se desvanecia.

Fuera de estas lijeras nubecillas, nada oscurecia el cielo de aquella casa, de suyo silenciosa y tranquila; todo marchaba allí como una seda. Las baterías estaban cargadas hasta la boca:... sí señor, pero nunca se rompia el fuego: habia paz.... la paz de Europa, paz armada hasta los dientes.

Á todo esto Eugenia tenía tambien su alma en su almario, y algo debia llevar entre ceja y ceja. La expresion habitual de su fisonomía era el desden. Todo debia verlo desde una gran altura, porque todo lo miraba por encima del hombro. La sonrisa la habria embellecido; pero por un error de estética se creia mejor cuanto más séria, y se dignaba sonreirse muy pocas veces.

Esta seriedad daba á sus veinticinco años el aspecto de treinta, lo cual no impedia que conservase el nombre de su primera edad, porque, lo mismo en la aldea que en la casa, no se la designaba más que con el nombre de Niña.... La Niña arriba, la Niña abajo, la Niña por todas partes, siempre la Niña.

Apesar de la impropiedad que resultaba de llamar niña á una mujer de veinte y cinco años, el uso lo habia convertido en nombre propio. Y en verdad no habia nada de infantil en la hija única de los señores de Llanoverde, porque era alta como su madre, y en todos los pormenores que marcaban el desarrollo de su persona se descubria la mujer hecha y y derecha.

Al verla, podia ocurrirse la duda de si habria sido alguna vez niña y, acaso porque no lo habia sido nunca, estaba resuelto que lo fuera siempre.

La Niña hablaba tambien sola, y tenía, como cada hijo de vecino, sus conversaciones particulares consigo misma. No faltaba cierta poesía en aquel corazon de sangre azul, y, como el pájaro encerrado en la jaula, echaba sus vuelos imaginarios por los espacios que veia. No era todo idilio lo que daba vueltas en su imaginacion, porque los gestos con que acompañaba sus pensamientos solian ser amenazadores.

—Bueno—se decia á sí misma.—Ellos lo quieren. Yo me lavo las manos. Sí, pondrán el grito en el cielo. Bien, ¿y qué? de algo me han de servir mis veinticinco años.

Una vez puesta en el camino de es-

tos íntimos razonamientos, proseguia diciendo:

—Yá quisiera yo que fuera un príncipe. Ese es el primer sueño de todas las mujeres; pero los señores de Llanoverde deben saber que los príncipes no viven en las aldeas. No quieren que suba, bueno, bajaré, puesto que es forzoso.

Por estas palabras, cogidas al vuelo, se comprende que estaba resignada con su destino, esto es, dispuesta á tomar las cosas como vinieran, con tal que viniesen á su gusto. El desden habitual en la expresion de su rostro, venía á ser la última trinchera en que se defendia el orgullo de su linaje. Descendia de las alturas de su estirpe, con toda la rigidez de la estátua que baja del pedestal sin dejar de ser estátua.

No estaba reducida la totalidad de la familia á esas tres personas solamente. Solia aparecer en las ventanas una cabeza rubia como el oro, dos ojos azules como el cielo, una boca risueña como la misma Primavera. Solia discurrir por las grandes habitaciones de la casa una figura de suaves contornos y graciosos movimientos, y alguna vez resonaba por las bóvedas el timbre de una voz tan dulce, que el eco se apresuraba á recoger y

á repetir como si quisiera prolongar el placer de oirlo.

Bajo la sombra de los altos techos y de los espesos muros, resplandecia con esa claridad azulada con que el dia se anuncia en el horizonte. Parecia la luz de la casa.

Mas por lo visto era una imágen invisible, porque podia creerse que los señores de Llanoverde no reparaban en ella. En el cuadro de la familia ocupaba el segundo término, brillando desde allí como un efecto de sol sobre una nube.

V

UN ALMA DEL OTRO MUNDO

Cuando el señor de Llanoverde decidió casarse, lo hizo con su cuenta y razon. Su fin, como yá sabemos, fué dar un heredero al nombre de su familia; y eligió, por lo tanto, una mujer de ilustre linaje, para que el vástago que debia continuar la vegetacion del árbol genealógico de su ascendencia fuese dos veces noble. Así es que, desde el punto de vista del abolengo, los señores de Llanoverde no tenian nada que echarse en cara.

Á mayor abundamiento, la noble señora llevó al matrimonio algunos bienes de fortuna, aunque la casa de sus padres no se hallaba en muy próspero estado; pero el hermano que debia heredar la parte prin-

cipal murió en un desafío, y otra hermana que le quedaba fué desposeida de cuanto pudiera corresponderle, y arrojada de la casa de sus padres, por haber contraido un matrimonio indigno de la familia. Matrimonio desventurado y desastroso, que fué para los señores de Llanoverde miel sobre hojuelas.

Hacía yá diez años, que una noche llamaron tristemente á la puerta, retumbando el golpe del aldabon en medio del silencio de la casa. ¿Quién podia ser en aquella hora y en aquella noche?... En aquella hora, porque la familia estaba yá recogida; en aquella noche, porque llovia á cántaros. El señor de Llanoverde, que acababa de acostarse, se sentó en la cama y se rascó la frente, pensando quién podria ser el importuno que llamaba á aquellas horas. Sólo al diablo le podia ocurrir hacer visitas en una noche como aquella.

—Bien,—dijo.—A puerta cerrada, el diablo se vuelve.

No habia concluido de pronunciar esas palabras, cuando volvió á sonar el aldabon con rumor lúgubre y lastimero.

—Ea,—añadió saltando de la cama.—Aquí tenemos un alma en pena que se ha propuesto no dejarnos dormir esta noche.

Se vistió apresuradamente, con la doble impaciencia de la curiosidad y de la cólera. Tomó la lámpara que ardia sobre la mesa, y se dirigió á la escalera. Los criados de la casa dormian profundamente y no quiso despertarlos. Acaso el que llamaba sería alguno de ellos que se habria permitido la libertad de pasar media noche fuera de casa.... Ah, bribon.... Buena le esperaba.

El señor de Llanoverde bajaba la escalera meditando el castigo que debia imponerle, y llegó á la puerta decidido á dejarlo pasar la noche al raso.

—¿Quién?—preguntó con voz iracunda.

Una voz dulce y débil contestó al otro lado de la puerta.

—Yó.... soy yo.

—¡Yó!...—repitió sorprendido.—¡Yó! Hé ahí un nombre que todos nos damos.... Yo puede ser cualquiera, y me parece que tenemos derecho á saber á quién abrimos las puertas de nuestra casa á las doce de la noche y lloviendo á mares.

La voz preguntó con acento lastimero:

—¿No es ésta la casa de los señores de Llanoverde?

—Ésta.... ¡Qué duda tiene! ¿Acaso hay otra con que pueda confundirse?... Esta es

la casa de los señores de Llanoverde.... Y bien, ¿qué tenemos con eso?

—Abrid.... abrid—suplicó la voz en tono desfallecido.

—¡Abrid! Y ¿á quién?....

—Soy Magdalena —dijo. — Soy Magdalena.

—¡Magdalena.... Magdalena.... Hermoso nombre! Pero tengo una memoria tan infeliz que no recuerdo á qué Magdalena conozco yo en el mundo.

—¡Oh!—exclamó la voz sollozando.—¡Qué pronto se olvidan en el mundo los nombres de los desgraciados!...

El señor de Llanoverde no pudo oir esas palabras sin conmoverse; aunque adormecidos, guardaba en su corazon sentimientos hidalgos. La voz afligida de una mujer le pedia amparo, y su primer movimiento fué abrir de par en par la puerta.

—¡Demonio!—se dijo conteniéndose.—Es la voz de una mujer desconocida y la noche no está para bromas.... Además esta casa no es posada.... ¡Y qué diablos—añadió enojado consigo mismo.—No se ha de decir que la casa de Llanoverde se cierra ni al mismo demonio, si es capaz de llamar á ella.

Y diciendo y haciendo desligó las aldabas,

descorrió el cerrojo y entreabrió el postigo de la gran puerta. Al mismo tiempo retrocedió cerrando los ojos porque una bocanada de aire y agua se lanzó sobre su rostro.

—¡Soberbio!—exclamó restregándose los párpados con la mano que le dejaba libre la lámpara.—Delicada manera de darme las buenas noches.

Á estas palabras contestó un gemido que no parecia exhalado por pecho humano, y el señor de Llanoverde se encontró frente á frente de un fantasma negro desde los piés hasta la cabeza. Al través del manto que lo cubria brillaban dos ojos iluminando el rostro de un cadáver; sobre el pecho se destacaban dos manos descoloridas, cruzadas como las llevaban los muertos que iban á la sepultura.

El señor de Llanoverde no creia en brujas; participaba algo de la despreocupacion que empezaba entónces á extenderse, y si no era un enciclopedista hecho y derecho, la Enciclopedia era precisamente el pié de que cojeaba. Pero, ya se ve, no hay despreocupacion bastante que se sobreponga á las impresiones inesperadas. Sorprendido por la presencia súbita de aquella sombra, no tuvo tiempo para pensar que no creia en aparicio-

nes, y, apesar de su despreocupacion, abrió los ojos asombrado y se consideró delante de un espectro.

Y en medio de su asombro advertia, por el perfil del rostro que el manto le dejaba ver, que aquella sombra de la muerte debia haber poseido en vida los más delicados encantos de la belleza. Brillaban doblemente sus ojos por el reflejo de lás lágrimas, y su boca intentaba sonreir llena de gemidos y de tristeza.

Por un movimiento de la cabeza apartó el manto que cubria su frente y dejó ver, reclinada sobre el hombro, la cabeza de una niña cuyo cuerpo sostenia apoyada contra su corazon en el último esfuerzo de sus brazos desfallecidos.

—¡Ah!—exclamó con la trémula voz de los sollozos.—¡No me conocen!...

Á todo esto la señora de Llanoverde, que dormia en una habitacion contígua á la de su marido, se despertó, y echándose una gran bata, y cubriendo la cabeza con una cofia en sustitucion del gran peinado de María Luisa, llegó hasta la escalera, deteniéndose allí, porque allí veia sin ser vista.

En aquella época la buena señora no estaba todavía completamente segura de la fide-

lidad de su marido, cuya juventud habia sido bastante borrascosa, segun contaban malas lenguas, y aún dejaba traslucir sus antíguas inclinaciones hácia las hijas de Eva. Delante de una buena moza se le reian los huesos, porque siempre habia sido muy tentado de la risa.

No sabemos si la noble señora se permitiria la debilidad de tener celos, ó era pura curiosidad la que la habia impulsado á seguir á su marido. En honor de la verdad, las circunstancias del caso no eran las más apropósito para infundir sospechas de esa especie. Aquella visita á media noche podia serlo todo ménos una aventura amorosa. Pero bien, ¿qué visita era aquella?

Por de pronto la voz que llamaba era de mujer y de mujer jóven; el señor de Llanoverde se habia mostrado muy solícito en bajar á abrir. Mas, ¡cómo! ¡Una cita en su propia casa!... Esto era increible.... ¿Qué podia ser?...

La señora de Llanoverde acabó de bajar la escalera en el momento en que el fantasma descubria su semblante demacrado y pálido como la muerte. Viva ó muerta, aquella mujer era hermosa; la niña que sostenia en sus brazos indicaba que, además de hermosa, era

madre, y el rostro atónito de Llanoverde reflejaba al mismo tiempo el espanto, la admiracion y el asombro. ¿Sería aquella sombra una víctima de su libertinaje, que vendria en medio de la noche, como un remordimiento vivo, á pedirle cuenta del desamparo en que se hallaba?

Irguió la señora su arrogante cabeza, se cruzó de brazos, y, como un juez que interroga, miró fijamente á su marido, preguntándole:

—¡Caballero! ¿Qué es esto?...

—Esto—le contestó—es una cosa increible. Me parece que ha venido á visitarnos un alma del otro mundo, y todavía no sé á quién busca, ni qué quiere.

Entónces la señora de Llanoverde volvió sus severos ojos al fantasma, y uniendo el desden á la cortesía, le dijo:

—Podré saber á qué plausible motivo debemos el honor de esta visita?...

—Ah,—exclamó la sombra.—¡Tú tampoco me conoces! Soy Magdalena.... Magdalena.... Tu hermana Magdalena.

Al oir estas palabras la señora de Llanoverde retrocedió por un movimiento involuntario, pintándose el enojo en su semblante, y acercándosele su marido, le dijo:

—Yá lo ves—es tu hermana.

—¡Infeliz criatura!...—murmuró la señora de Llanoverde. ¡Aún vive!... Y bien, desventurada Magdalena... ¿Qué buscas aquí? ¿Qué quieres de nosotros?

—Busco—le contestó—la sombra de tu amparo.... Un rincon en tu casa. Me veo sola en el mundo y soy madre....

La hermana de Magdalena frunció la boca apretando los lábios, como si quisiera imponer silencio á su corazon; pero el señor de Llanoverde se adelantó diciendo:

Las puertas de mi casa no se cierran nunca á la desgracia. Ea, subamos. No dirás, pobre Magdalena, que no hemos bajado hasta el mismo zaguan á recibirte.... Tú—añadió poniendo la lámpara en manos de su mujer—alúmbranos.

El carácter distintivo de los caballeros del último siglo era la cortesía, más bien la galantería, y en este punto el señor de Llanoverde era un cumplido caballero. Así es, que ofreció á Magdalena el brazo para subir la escalera, mas ella no pudo aceptarlo porque llevaba abrazada sobre su pecho á la niña dormida.

La madre y la hija fueron instaladas en el torreon de la casa que estaba deshabitado..

—¿De dónde sales?—le preguntó la señora de Llanoverde.

—No lo sé—le contestó,—casi del sepulcro.—Sólo el desamparo en que quedaba mi hija, ha podido hacerme vivir.... Mi pobre Jaime tan bueno, tan noble, tan generoso....

Su hermana la interrumpió exclamando:

—¡Magdalena!...

—Ah—replicó.—¡No quieres oir su nombre!... Perdóname: ha muerto.

Y un mundo de sollozos y un mar de lágrimas brotaron de su alma.

—Si lloras así—le advirtió—vas á despertar á esa niña. Ahora necesitas algun alimento. Voy á disponerlo.

Magdalena ahogó en el fondo de su corazon las lágrimas y los sollozos, y su hermana salió magestuosamente de la habitacion en que la dejaba instalada.

Cuando el señor de Llanoverde se metia por segunda vez en la cama, golpeaba su caja de rapé y tomaba un polvo diciendo:

—Nó; por lo visto, no es un alma del otro mundo; pero, ¡qué demonio! Tampoco parece alma de este mundo en que vivimos.

VI

BERNARDA

Magdalena encontró albergue en la casa de su hermana, porque al fin no hay árbol que no dé sombra; mas la pobre viuda tomaba de este hospedaje la menor parte posible. Su corazon, lleno de tristeza, no tenía más que lágrimas con que pagar el amparo que recibia, y se alejaba de la vida íntima de la familia, por no oscurecerla con el luto de su alma.

Llanoverde tenía razon al decir que no era un alma de este mundo, porque en verdad la palidez que cubria su rostro, la profunda tristeza de sus ojos y el aire sepulcral que envolvia toda su persona, le daban el aspecto fantástico de un muerto que anda, que respira y que vive, ó más bien, que se le habia per-

mitido salir del sepulcro, para el cumplimiento de algun fin misterioso, impenetrable á los ojos mortales.

Y era verdad; Magdalena se hallaba como suspendida entre la vida y la muerte: la eternidad la llamaba al mismo tiempo que el mundo le detenia: deseaba morir, y se desgarraba su corazon al dejar la vida; y no encuentro inconveniente en decirlo: vivia despues de muerta. Del torreon en que habitaba, habia hecho su sepulcro.

Allí oraba, gemia y esperaba; y áun allí mismo tenía que ocultar sus lágrimas, porque los ojos de su hija no descubrieran el dolor de su alma. Allí la madre, más fuerte que la mujer, sepultaba el llanto en el corazon, animando el semblante con dulces sonrisas.

Pero la huérfana, con la ingénua perspicacia de la inocencia, le decia:

—Nó, nó; tú lloras.

—No lloro, hija mia—le contestaba su madre.

—Sí; tú lloras siempre.

Es, ciertamente, el sueño el amigo de los desgraciados; pero es un amigo que huye de las desgracias: no le gusta cerrar los ojos que lloran mucho: los suspiros lo espantan y los gemidos lo auyentan.

La luz de la mañana sorprendia muchas veces á Magdalena despierta, sentada junto á la cama de su hija, velando el sueño con que la inocencia cerraba sus ojos á las tristes realidades de la vida. Con la cabeza inclinada sobre el rostro sonrosado de la niña, no se atrevia á besar el clavel de su boca por no despertarla, y alzando los ojos al cielo, lleños de dolor y de esperanza, decia:

—Mientras duerme, no vive.

La figura enlutada de la madre, junto á la cabeza risueña de la hija, venía á ser como el sepulcro junto á la cuna; la oscuridad de la noche que acaba, iluminada por los primeros resplandores del dia que amanece: el dolor que se levanta de la tierra, contemplando á la alegría que viene del cielo.

Los niños son como los pájaros: la tristeza de la noche los duerme, y la alegría de la mañana los despierta. La hija de Magdalena se despertaba, abria sus grandes ojos azules, y miraba á su alrededor como si viera por primera vez los objetos que la cercaban. Su memoria, interrumpida por el sueño, necesitaba evocar los recuerdos del dia anterior para unirlos al dia presente. Puedo decir que se encontraba delante de su vida, como en presencia de una antígua amiga á quien yá no

recordaba. ¿De dónde venía su alma en el momento de despertarse?...

¡Qué cosa tan natural es el sueño, y al mismo tiempo qué impenetrable!... Parece que nos asomamos al umbral de un mundo desconocido; nuestros ojos, cerrados, ven en la oscuridad; nuestros oidos, sordos, oyen en el silencio. Me permito creer que la luz de la ciencia humana no iluminará nunca este misterio.

El primer recuerdo que resucitaba en su memoria era el recuerdo de su madre, y al verla se arrojaba á su cuello, y la besaba diciendo:

—Mi madre..... Mi madre.

Otras veces, sentada Magdalena al pié de la ventana, tenía á su hija arrodillada delante de su regazo, y, con la doble paciencia de maestra y de madre, la enseñaba á leer y á rezar. La luz del sol, penetrando por la ojiva de la ventana, resplandecia sobre la rubia cabeza de la niña, formando alrededor de su frente infantil la aureola de un ángel. Con su dulce voz repetia una á una las palabras que su madre iba pronunciando, y el nombre de Dios salia de sus lábios como una tierna melodía de su alma.

Despues del nombre de Dios le hacía

repetir el nombre de su padre: palabra triste que se exhalaba del fondo de su corazon angustiado. Apénas habia nacido, y yá la muerte enlutaba sus pensamientos.

—Bernarda—le decia su madre.—Este nombre llévalo siempre en la memoria; pero te advierto que no lo pronuncies nunca delante de los señores de Llanoverde.

—¡Nó!...

—Nó.

—¿Por qué?....

—Porque se afligirian al oirlo.

Hacen los niños algunas veces preguntas increibles; no se sabe qué espíritu se las inspira; pero ello es que admiran á la experiencia y asombran á lá sabiduría.

Bernarda, mirando fijamente á su madre, le preguntaba:

—¿Son buenos los señores de Llanoverde?

Magdalena, sin vacilar, le contestaba siempre:

—Sí, hija mia, son buenos, muy buenos. Á ellos les debemos el techo que nos cubre y el pan que nos alimenta, porque nosotros no poseemos nada sobre la tierra.

Ante esta respuesta se quedaba pensativa: la palabra poseer no encontraba sentido en

la inocencia de su entendimiento. El cielo le sonreia siempre que lo miraba, la tierra se cubria ante sus ojos de frutos y de flores, su madre estaba allí para dormirla y para besarla.... ¿Qué más podia desear?... ¡Poseer! ¿qué era poseer?... No lo entendia. En la sencillez de su inteligencia no cabian juntas la idea de poseer y la idea de morir.... Si todo es fugitivo sobre la tierra ¿qué puede el hombre poseer en ella?...

Á las horas de comer salian la madre y la hija del cuarto que habitaban, atravesando silenciosas los largos corredores de la casa. Al verlas, cualquiera hubiera inclinado la frente con respeto ante el dolor de la madre y la inocencia de la hija. Magdalena, siempre enlutada, parecia la sombra de la muerte, llevando de la mano á los primeros albores de la vida.

En el comedor se reunia la familia, y todos se sentaban á la mesa en el sitio que á cada cual le estaba destinado. El señor de Llanoverde disfrutaba de excelente apetito, y entre sus perfecciones personales contaba con un paladar digno de un príncipe. Así es, que entraba siempre en el comedor con el semblante animado, del hombre que va á pasar un buen rato. Allí, en presencia de sus salsas

favoritas, se acordaba de que iba á ser el último vástago de su estirpe.... y, consagrando un gran suspiro á la memoria de su ilustre ascendencia, hacía por vivir... porque despues de todo, no le quedaba más consuelo que alargar la vida de su linaje, alargando la suya. Se sentaba, pues, á la mesa, dispuesto á comer por dos; por él y por el hijo, que si hubiera nacido, sería el heredero de su nombre.

Acudia con la puntualidad de un estómago exacto, mostrando en el esmero de su vestido la importancia que daba al acto de hacer por la vida. Zapatos con hebillas de plata, medias de seda, calzon azul de punto, chupa amarilla y casaca verde, ámbas bordadas en variedad de colores, gran chorrera, vuelecillos de encaje en las bocas mangas.... no habia nada que pedirse. Es verdad que hacía yá mucho tiempo que aquellas prendas habian salido de las manos del sastre y que dejaban ver los desperfectos del tiempo, pero, así y todo, no se podia dudar que el señor de Llanoverde era todo un caballero de la córte de Cárlos IV.

La señora llegaba encerrada en su basquiña de medio paso, ostentando sobre su cabeza el peinado de María Luisa; pesados

pendientes de oro lanzaban á derecha é izquierda los fulgores de los diamantes de que estaban empedrados, y cada una de sus manos era un joyero cuajado de sortijas. Eugenia llegaba detrás de su madre, cubierta de encajes y de joyas, porque no queria ocultar que era ella la heredera de la casa.

En medio de este lujo, Magdalena con su túnica negra, y Bernarda con su cofia de luto, se sentaban á la mesa.

Durante la comida, el señor de Llanoverde comia á dos carrillos, y hablaba por los codos. Tenía la costumbre de aprovechar esa ocasion para referir diariamente los triunfos de su juventud en la vida de la Córte. Contaba las veces que el Rey le habia dirigido la palabra, y las veces que la Reina le habia sonreido.

—Oh—exclamaba.—Ese Godoy que tanto suena, no es más que un intrigante..... yo hubiera sido un hombre de Estado; pero he preferido el retiro de mi casa á las agitaciones de la Córte.

Cuando decia esto, salian de los ojos de su mujer dos rayos que querian confundirlo; pero él paraba el golpe diciendo:

—Sí, prefiero el retiro de mi casa.... Nada tengo yá que hacer en la Córte.... ¿Á qué afa-

narse por los honores del mundo, cuando no tengo un heredero á quien dejarle mi nombre?

La señora de Llanoverde no podia oir estas palabras sin morderse los lábios, y en cuanto se servia el último plato se levantaba de la mesa, hacía una ligera cortesía llena de dignidad, y abandonaba el comedor retirándose á sus habitaciones. Magdalena pedia permiso y se retiraba con su pequeña Bernarda, que cosida á su madre salia volviendo la cabeza, como si aquellos señores fuesen para ella personajes incomprensibles. La gravedad de su tia le causaba miedo, la seriedad de su prima le infundia tristeza.

El señor de Llanoverde se quedaba solo en el comedor delante de la mesa, y entónces apelaba á la caja del rapé, y absorbiendo con delicia el polvo del tabaco, se reclinaba sobre el gran respaldo del sitial en que estaba sentado, y entre los horrores de la digestion, se quedaba dormido.

VII

LA MUERTE

Así trascurrieron tres años, sin que ningun suceso extraordinario alterara la paz de la casa. Bernarda crecia como crecen las flores en la Primavera, y poco á poco se fué acostumbrando á la gravedad de su tia y á la seriedad de su prima. En cuanto al señor de Llanoverde le parecia algo más accesible, porque, áun cuando tenía tambien su alma en su almario y cara de pocos amigos, solia alguna vez ponerle la mano sobre la cabeza, diciéndole:

—Hola, señorita, se está usted haciendo una guapa moza.

Este halago le hacía sonreir, mas el señor de Llanoverde no veia en esa sonrisa más que

la complacencia que toda mujer experimenta al oir decir que es hermosa, aunque no lo sea.

Un dia Magdalena no acudió á la hora de comer, y Bernarda se presentó en el comedor sola, y con las lágrimas en los ojos dijo que su madre se hallaba enferma.

—Bien—le contestó su tia.—Siéntate y come.

Bernarda se sentó bajando la cabeza ante el mandato de la señora, y el señor de Llanoverde añadió:

—Eso es, hija mia, siéntate y come: lo primero en este mundo es hacer por la vida.

Paladeó, como hombre perito en la materia, la primera cucharada de sopa, y siguió diciendo:

—Vamos á ver: ¿qué es lo que tiene tu madre?

—Calentura—contestó Bernarda.

—Calentura, ¿eh? Bah.... poca cosa; un lijero movimiento de la sangre.... Ya se ve, no come ¿qué le ha de suceder?... Esta necesidad de alimentarse es ineludible y, no hay que darle vueltas, la dieta es la muerte. Me parece que se le debe servir una buena taza de esta sopa que está esquisita y es muy capaz de resucitar á un muerto.

Su mujer hizo un gesto de desden y dijo:

—Goza de poca salud.

La niña Eugenia se dignó tomar la palabra diciendo:

—Ayer estaba amarilla como un difunto: parece una muerta.

—Ahí tienes—le replicó su madre—las consecuencias de haber olvidado el lustre de su familia por una pasion insensata.... Los matrimonios desiguales son siempre desgraciados. ¿Qué podia esperar de un hombre oscuro sin nombre y sin fortuna? Ella lo ha querido. No tiene ni derecho á quejarse.

—Mi madre no se queja—dijo Bernarda con los ojos cuajados de lágrimas.

—Sí;—añadió su tia—no se queja porque es demasiado orgullosa para quejarse. ¿Qué sería de ella si nó hubiera encontrado un albergue en mi casa.

—Señora—advirtió su marido—me parece que estaria mejor decir, en la casa de su hermana.

—No sé si es mi hermana—replicó con viveza la señora de Llanoverde.—Alguna vez lo fué; hoy no es más que la infeliz viuda de....

—De un hombre se apresuró á replicar

su marido....Y aunque ese hombre fuese el hijo del verdugo, no por eso dejaria ella de ser tu hermana. No le des vueltas ¿dejará de ser la hija de tus padres?...

Llanoverde se complacia en mortificar el orgullo de su mujer, porque de algun modo habia de vengarse de la falta de un heredero que llevara hasta las más remotas edades, por línea recta de varon, la memoria de su estirpe.

Ella se irguió magestuosamente, y dirigiéndose á su hija le dijo con acento severo:

—Los hombres suelen ser algo indulgentes con las debilidades de las mujeres, porque al fin ellos son sus cómplices; pero yo te aseguro que si llegas á poner los ojos en uno que no sea digno del nombre que llevas, desde ese momento dejarás de ser mi hija.

La señorita de Llanoverde, que miraba atentamente á su madre, frunció las cejas y bajó los ojos.

Despues de comer, Magdalena quiso ver á su hermana, y ésta, al saberlo, movió la cabeza con desagrado, vaciló un momento, y al fin dijo:

—Bien; yá voy.

Cuando entró en la habitacion de Magdalena se encontró sorprendida con la presencia

del Padre José. El Padre José no era una persona desconocida en la casa. La fama de su santidad se extendia por toda la comarca y era, además de venerable, venerado. Bajo el tosco sayal de estameña ocultaba un tesoro de virtudes, pertenecia á la órden de capuchinos, y era el prior de un convento inmediato á la aldea.

—¡Padre Prior!—exclamó la señora de Llanoverde.—¡Usted aquí!

—Aquí—contestó el anciano levantándose—porque esta visita no es á la señora de Llanoverde, es á su hermana.

—Mi hermana.... Sí.... Parece que está algo enferma.

—Muy enferma—añadió Magdalena con voz desfallecida.

—Y bien ¿qué quieres? ¿Un médico, no es esto?

—Nó—le contestó.—El médico es inútil.... Voy á morir, voy á acabar de morir, porque la mujer habia yá muerto, sólo vivia la madre.

—Es triste lo que dices.

—Muy triste; pero tú puedes alegrar los últimos instantes de mi vida.

—¡Cómo!—preguntó:

—Óyeme—le dijo su hermana—pero acér-

cate á mí esta última vez, porque voy á alejarme para siempre.

La señora de Llanoverde dió un paso magestuoso, apartó el sitial que habia junto á la cabecera de la cama y se sentó diciendo:

—Vamos, habla.

Magdalena respiró con ánsia para tomar aliento, y luégo dijo:

—¿Os he ofendido?... Dios lo sabe.... Tú sola quedas de toda nuestra familia.... pues bien..... perdóname.

Diciendo esto quiso ponerse de rodillas sobre la cama, pero no pudo, y el Padre José acudió á sostenerla para que cumpliese aquel acto de solemne humildad.

—¡Perdon...!—exclamó su hermana.—Bien... Pero ¿acaso tengo yo facultad para perdonar la ofensa hecha á toda la familia?

—Noble criatura—añadió el Padre José hablando con Magdalena,—tu hermana te perdona y creemos, hija mia, que Dios te ha perdonado.... Tu espíritu es fuerte en la humildad, pero te faltan las fuerzas de la vida.... Allá en el Tribunal Supremo de la Justicia Eterna no se reconocen más títulos que los de la virtud. Allí no llegan las vanidades del mundo.

Diciendo esto colocó sobre las almohadas la cabeza moribunda de Magdalena.

La enferma cerró los ojos como si quisiera registrar hasta la última interioridad de su alma, y abriéndolos despues miró enternecida á su hermana y le dijo:

—Te debo tres años de vida—sin el asilo que he encontrado en tu casa habria muerto hace tres años; y estos tres años de vida son para mi agradecimiento una eternidad, porque los he vivido para mi hija. Ay, hermana mia—añadió juntando las manos en ademan suplicante,—¡Qué va á ser de ella!

La hermana le contestó diciendo:

—No se le negará en esta casa á la hija el asilo que se le ha concedido á la madre.

En aquel momento entró en la estancia el señor de Llanoverde y acercándose á la moribunda le cogió la mano diciéndole:

—¡Ah pobre Magdalena!... ¡Qué diablura! ¡Vas á morirte! ¡Qué se ha de hacer! Ese es el término de todas las cosas. En cuanto á tu hija, puedes morirte como si tal cosa. Pídele á Dios que me conceda muchos años de vida.... y la huérfana tendrá un padre mientras yo viva. Tu hermana tiene una hija.... Bien: yo tendré otra.

La enferma besó la mano del señor de Llanoverde.

En frente de la cama se habia improvisado un pequeño altar, sobre el que se levantaba un Crucifijo alumbrado por la luz de dos velas. Á los piés del Crucifijo, cubierto con un paño de seda se hallaba el copon que contenia las sagradas formas.

—Ahora, hija mia—dijo el Padre José—recoge tu espíritu para recibir en tu alma, purificada por el dolor y el arrepentimiento, al Rey de los Reyes. Aquel á quien adoran los Ángeles y ante cuya Magestad tiemblan las potestades.

Dicho esto cruzó sobre su pecho la estola del sacerdote, y, tomando en sus manos el copon sagrado, se inclinó diciendo:

—¡Hermanos, de rodillas!

Los señores de Llanoverde se arrodillaron.

Entónces se acercó á la enferma, trazó sobre el rostro moribundo el signo de la redencion, y depositó en su boca el pan de la Divina Gracia. Despues se arrodilló á los piés de la cama y reinó profundo silencio.

Bernarda apareció en el dintel de la puerta, miró con ojos desencajados el cuadro que se presentaba á su vista y se lanzó á la cama sollozando.

—¡Madre!... ¡Madre mia!...

Magdalena pudo abrazarla, y estrechándola contra su corazon, exclamó con la voz de la muerte:

—¡Hija de mi alma!...

—Tú te mueres—decia la huérfana—y yo tambien quiero morir contigo.... ¡Dios mio! ¡Mi madre tampoco me quiere! ¡Te vas y me dejas sola en el mundo!

—¡Sola!...—repetia Magdalena.

—Sí, yá no te veré más, yá no rezarémos juntas por el alma de mi padre.... Yá no me dormiré en tus brazos, ni me despertarán tus besos....

La enferma hizo un esfuerzo supremo, é incorporándose sobre la cama, cogió con las manos la cabeza de su hija, y la besó, diciendo:

—Nó, hija mia, la vida es corta y pronto nos reunirémos donde no se muere nunca. Mira, hay un Ángel que vela por los niños, que les guarda el sueño, que los acompaña y que los guía.... ¿No lo ves?... Mis ojos, que van á cerrarse para siempre, lo están viendo tender sobre tu cabeza sus alas celestiales; es el consuelo que Dios me envia en el último instante de mi vida....

No pudo más, volvió á besar á su hija, y cayó muerta. Una luz semejante á la de la

aurora iluminó la estancia. Bernarda levantó los ojos al cielo, y juntando las manos cayó de rodillas diciendo:

—Madre mia.... ¡El Ángel! ¡Yo lo veo!... Tiene tus ojos y me sonrie como tú me sonreias.

—¿Está muerta?—preguntó la señora de Llanoverde con voz sombría.

El Padre José besó los piés de la difunta, y dijo con acento profético:

—Está en el Cielo.

VIII

UN FANTASMA

En la época en que da principio este relato, Bernarda se encontraba en el Abril de la juventud, en los diez y seis años de su vida. La naturaleza habia recibido órden espresa del Autor de todas las cosas, y parecia complacerse en adornarla con todos los dones de la belleza. Poseia, al mismo tiempo, todo el atractivo de la mujer y todo el encanto de la niña; la infancia y la juventud se reunian en ella, dispuestas, al parecer, á no separarse nunca. Sus rizos, rubios como el oro, rodeaban su frente, formando alrededor de su cabeza una corona de luz, cuyos reflejos atraian y deslumbraban; resplandecia en sus ojos azules la claridad del cielo y

en la blancura de su rostro se reflejaba la pureza de su alma, y la bondad de su corazon en la dulzura de su sonrisa.

Las gentes de la comarca se quedaban absortas al verla y no se cansaban de mirarla.

—Tiene ángel—decian.

Buscaban sus miradas como una esperanza, sus sonrisas como un consuelo, sus palabras como un tesoro. Al verla saltaban los niños en los regazos de sus madres y tendian las manos para cogerla. Ella los tomaba en sus brazos, los suspendia sobre su cabeza y los besaba.

—¡Tiene ángel!—repetian por todas partes.—¡Tiene ángel!

Los niños, las mujeres y los hombres la seguian impulsados por una atraccion irresistible, y ella los conducia al cementerio, y allí, todos de rodillas, rezaban delante de la cruz que señalaba la sepultura de Magdalena.

Se necesitaba un nombre para designarla; un nombre que representara con toda viveza la impresion que causaba el verla, y en el lenguaje sencillo de aquellas gentes brotó uno que fué repetido por todas las bocas... la llamaban *Rayo de sol*. Rayo de

sol, porque era la luz y la alegría de la comarca.

Extraño prodigio.... Se veia sola en el mundo, y las gentes, ansiosas de contemplarla y de oirla, la seguian por todas partes. Nada poseia y todos los corazones eran suyos.

Se hablaba, á la sazon, de un suceso cuya noticia empezó á correr dejando con la boca abierta á todos los que lo oian. La cosa no era para tomarla á risa, y las mujeres se hacian cruces, los hombres arqueaban las cejas, y los niños se escondian atemorizados bajo las sayas de sus madres. Se habia visto la noche ántes un fantasma blanco que llegaba con la cabeza á las nubes, dar vueltas alrededor de la casa de los señores de Llanoverde.

¿Quién lo habia visto?

Hé ahí una cosa que no se sabía á punto cierto. Se citaban nombres de personas que, segun se decia, aseguraban haberlo visto con sus propios ojos; pero resultaba despues que esas personas no hacian más que repetir lo que otras les habian contado, y si en verdad no lo habian visto, á lo ménos les parecia que lo estaban viendo.

Resultaba, pues, que nadie habia llegado

á verlo; mas no por eso dejaba de ser ménos cierto el caso. El fantasma aparecia todas las noches alrededor de la casa de los señores de Llanoverde ¿Quién podia dudarlo?... Porque, en fin, si no habia en la aldea ojos mortales que le hubiesen visto ¿de dónde pudo salir la voz que lo descubria?...

—Y quién sabe—decia el más anciano de la comarca.—¡Quién sabe! Esas almas en pena ó esos demonios del infierno cuando se dejan ver de los hombres lo hacen con su cuenta y razon. ¿Creeis vosotros que sean tan tontos que dejen á nadie por su bella cara decir: «yo lo he visto»? Yá saben ellos dónde les aprieta el zapato, y si alguno los ve, bien puede darse tres puntos en la boca.

Era, pues, indudable, que el fantasma aparecia todas las noches. Y se citaba la hora: aparecia á las doce en punto. Más aún, se tenian todos los detalles necesarios para atestiguar la verdad del caso. Era una sombra blanca que crecia y menguaba. Crecia hasta tocar con la cabeza en los aleros de los tejados, y menguaba hasta esconderse debajo de la tierra. Andaba sin piés y volaba sin alas. Aparecia de pronto y desaparecia de repente.

El escribano hablaba tambien del fantasma, y arqueaba mucho las cejas, y fruncia la boca, y ahuecaba la voz, y decia:

—Ello dirá.... Ello dirá.... Estas apariciones son siempre señales de cosas inesperadas.... Y no hay que jugar con los fantasmas, porque suelen tener muy malas bromas. Lo mejor es dejarlos, que allá se las hayan. Despues de todo, ellos no se meten con nadie si no los precisan, y lo ménos que puede sucederle al curioso que quiera verlos, es cegar para toda su vida.

Cuando el escribano se expresaba de esta manera, ciertos eran los toros. ¿Qué más testimonio necesitaba el caso?

Pero bien; no todos se conformaban con estos datos, y la pícara curiosidad metió á dos de los más ternes de la aldea en el arriesgado paso de ir á buscar al fantasma y verlo con sus propios ojos.

—Bueno—les decia el escribano.—Sois hombres de pelo en pecho y vais á hacer una diablura. Si os llevan los demonios, yo me lavo las manos. Sólo voy á daros un consejo: no lleveis armas, porque esos espíritus se enfurecen contra los que quieren tratarlos como si fuesen personas de carne y hueso. Además podria costaros dos años

de cadena en los presidios de S. M., porque está prohibido todo uso de armas. Lo primero os lo dice un amigo que sabe muy bien lo que son fantasmas; lo segundo os lo dice el escribano.

Tentados estuvieron los dos héroes á renunciar á su empresa; pero la negra honrilla les habia cogido la palabra, y ninguno de los dos quiso ser el primero en decir nones, y, quieras que no quieras, siguieron en sus trece.

Acordaron espiar al fantasma á la noche siguiente, pero el escribano les dijo:

—Estais dejados de la mano de Dios: mañana es mártes, dia aciago, dia de todos los demonios.

La observacion les hizo fuerza y convinieron en dejarlo para el miércoles siguiente.

Á las once y media de la noche del dia señalado, los dos acudieron puntualmente á la cita, y en medio de la oscuridad y del silencio, paso entre paso, fueron acercándose á la casa de los señores de Llanoverde. Ninguno de los dos queria ser el primero, ni tampoco el último, de manera que marchaban á la par, partiendo heróicamente el peligro. Cualquier soplo de viento

los detenia, la más ligera ráfaga de claridad los cegaba. Ambos tenian el corazon bien puesto, y eran muy capaces de jugarse la vida con el más pintado; pero tener que habérsela con un alma en pena, no les hacía mucha gracia. Iban, sí, porque no eran hombres que se volvian atrás fácilmente; pero vamos, no les llegaba la camisa al cuerpo.

Al fin descubrieron la gran sombra del edificio, más oscura que la noche, y allí hicieron alto; se hallaban á cien pasos de la casa amparados al tronco de una encina. Desde allí podian ver el fantasma, sin que el fantasma los viese. El peligro que se acomete es siempre menor que el peligro que se espera. Cada minuto que trascurria hacía más pavorosa la aparicion que aguardaba. Con los ojos desencajados sondeaban la oscuridad, y con los oidos atentos sondeaban el silencio. Una nube negra se extendió sobre la casa de los señores de Llanoverde, aumentando las tinieblas de la noche, y luégo el reloj de la casa dió la primera campanada de las doce, á la que siguieron las restantes, resonando lentas y lúgubres como un lamento doce veces repetido.

Era el momento terrible de la aparicion,

y los dos amigos se apretaron las manos para infundirse el valor que empezaba á faltarles. Al sonar la última campanada de las doce, vieron asomar una sombra blanca por el ángulo posterior de la casa, como si se hubiese desprendido del muro, y la respiracion se detuvo en sus bocas entreabiertas, y la sangre se les heló en las venas.

El fantasma se deslizó por delante del edificio, como si no tocara con los piés en la tierra, y creciendo...., creciendo...., siempre creciendo se dirigió hácia la encina en que los dos amigos estaban ocultos, inmóviles de terror y mudos de espanto.

La aparicion se detuvo delante de ellos, y con una voz sorda, casi sin sonido, como si fuera el aire el que hablaba, pronunció sus nombres diciéndoles:

—Huid.... Huid. Los piés que me siguen se secan, los ojos que me ven ciegan. Esta es mi hora, huid ántes que mi presencia os aniquile....

Sin darse cuenta de ello los dos héroes retrocedieron; creian que una fuerza invencible los empujaba, y que sus piés corrian movidos por resortes invisibles.

Al dia siguiente, las gentes, atónitas, con-

templaban sus semblantes todavía aterrados.... Aún sus lenguas balbuceaban y aún se veia en sus miradas el extravío del espanto.

Nadie se atrevió á intentar otra prueba. Al toque de ánimas yá estaba todo el mundo encerrado en su casa. Solamente el escribano, el médico y el boticario se determinaban á ir á la casa solariega de los señores de Llanoverde, porque allí tenian establecida todas las noches la partida de tresillo; pero á las diez en punto se daba la última vuelta y el escribano se despedia diciendo:

—Señores, vámonos, que se acerca la hora del fantasma, y no conviene que nos coja en la calle, porque al fin el susto nadie nos lo quitaria de encima.

El señor de Llanoverde se reia á carcajadas de la ocurrencia, miéntras el escribano, el médico y el boticario tomaban sus capas en la antesala.

IX

EL HIJO Y EL PADRE

¡El Escribano!... ¡Buena pieza!... Más listo que Cardona, veia crecer la yerba y era muy capaz de contarle los pelos al diablo. ¡Creer él en fantasmas!... Bah.... No habia nacido para eso el hijo de su madre. Sí; facilillo era comulgarlo con ruedas de molino, porque cuando todo el mundo iba, yá estaba él de vuelta. No hay más que decir, cortaba un pelo en el aire.

Pero bien, entónces ¿por qué se santiguaba siempre que oia hablar del fantasma? Pues, por burlarse de la credulidad de aquellos sencillos aldeanos.... Se santiguaba por fuera y se reia por dentro. Despues de todo

era hombre de buen humor y con algo habia de divertirse.

Esto pensaban el médico y el boticario y hasta el mismo señor de Llanoverde; pero vamos á cuentas: la realidad del fantasma era innegable. Dos testigos juraban haberla visto. ¿Los creia el Escribano? Dos valientes que se deciden á ver con sus propios ojos qué cara tiene un alma en pena, no vuelven nunca sin haberlo visto. No habia manera de sacarlo de esa respuesta.

Entretanto, el verdadero fantasma para el escribano lo tenía dentro de su casa. Fantasma de carne y hueso con veintiocho años á la cola, de los cuales habia perdido seis en la Universidad de Alcalá, pero en cambio se habia traido ciertas pretensiones personales y ciertos humos de hombre de mundo. Se le aparecia diariamente á las horas de comer. Despues no volvia á echarle la vista encima.

Mil veces le habia dicho:

—Caballero, miéntras yo viva, vida y dulzura, pero en cuanto yo cierre el ojo, el hijo del escribano se quedará tocando tabletas... Amigo mio, usted no vive absolutamente para nada, más que para pasear su persona, y gastar como un potentado... y ahí

está el pobre viejo que se descrisme. No pareces mi hijo.

Aquí hacía una pausa, esperando alguna respuesta, pero el hijo del Escribano seguia comiendo y callando.

—Vamos—continuaba diciendo.—No eres mal mozo y ese es tu único patrimonio, yo no he podido dejarte otro. Pues bien, sepamos á qué atenernos. ¿Qué diablos piensas hacer de tu persona?

—Phs—contestaba.

Un dia, en que por centésima vez le repetia la misma pregunta, el muchacho miró á su padre con cierta superioridad, y le contestó diciendo:

—Tengo una idea.

—¡Una idea!—exclamó el escribano. ¡Es posible que tú tengas semejante cosa!

—Más aún—replicó.

—¿Más?...

—Sí.

—Habla.

—¡Oh!...

—¿Qué quiere decir ¡oh!

—Quiere decir que tengo un proyecto.

—Veamos.

—Proyecto seguro.

—¡Sí!...

—Sí.

El padre y el hijo se quedaron mirando atentamente, y el primero se guiñó el ojo diciendo:

—Á otro pèrro con ese hueso. Si vienes á tentarme el bolsillo te equivocas: darás en piedra.

—Mi proyecto es oro—añadió el estudiante.

—¡Oro! Sí, el dinero que tú ganes que me lo claven á mí en la frente.

—Bueno; pero es el caso que tengo ganada la partida.

—¡Ganada la partida!—exclamó el padre llevándose las manos á la cabeza.—¡Infeliz.... juegas!... ¿Y dónde?... ¿Dónde está esa casa de juego que yo no la conozco?

—¿Nó?... Vamos... Usted tambien juega en ella.

Esta respuesta lo dejó pensativo. Despues exclamó:

—¡Desventurado!... ¡Te gustan los naipes!...

—Los naipes precisamente nó, pero me gustan las cartas.

—Sal de mi casa—le gritó señalándole la puerta.—Yá no tienes padre.

Entónces el hijo cogió la capa de su pa-

dre que se hallaba sobre una silla; levantó la esclavina, y metiendo los dedos por un descosido abierto entre la tela y el forro, sacó un papel plegado en muchos dobleces y dándoselo le dijo:

—Ahí tiene usted las cartas con que yo juego.

Coger el papel, desdoblarlo y leerlo, fué cosa de abrir y cerrar los ojos.

—¡Soberbio!—exclamó al fin.—Es un golpe maestro. Ven, abrázame. Tú eres mi hijo, te reconozco. Era imposible que no tuvieras talento.

El estudiante estaba en sus glórias. Con los brazos cruzados y la cabeza erguida paladeaba su triunfo, y el mundo entero le parecia poco para celebrarlo.

—Tienes génio—le dijo su padre,—pero no te envanezcas, porque esa era mi idea.... no has hecho más que adivinarme.... Ah bribon.... Yo estoy siendo el lleva y trae.... ¡Bravo! Bien podeis decir que os hago capa.

Desde aquel dia el bolsillo del padre estaba siempre abierto para el hijo. Marchaban de acuerdo; se entendian con media palabra y se adivinaban con un gesto; y la capa iba todas las noches á la casa de los señores de Llanoverde y volvia á la casa

del escribano, como si tal cosa. Venía á ser la lanzadera que traia y llevaba los hilos de la trama que, á sorbo callado, urdian el padre y el hijo.

El proyecto del estudiante debia marchar viento en popa, porque el escribano no cabia en sí de gozo. Á lo mejor se le escapaban palabras misteriosas que nadie entendia, pero que anunciaban la tarea interior de un pensamiento fijo.

—Corren malos tiempos—decia—y hay que pensar en todo. El que no busca no encuentra.... Paciencia y barajar.... Aún hemos de ver cosas que nos dejen con la boca abierta....

A sus solas era más esplícito y se restregaba las manos diciendo:

—Cien mil reales como cien mil soles de renta líquida.... Tierras de labor, huertas, montes, tres olivares, dos molinos, cinco casas, una dehesa.... ¡Buen caudal!... Y así de *bóbilis bóbilis,* de una mano á otra, como quien dice, á toca teja.... Eso sí, van á poner el grito en el cielo.... Y no es eso lo malo, sino que en los primeros momentos han de querer llevar las cosas al último extremo; pero aquí te quiero, escopeta.... no pueden... es heredera forzosa.... Y en todo caso ten-

drémos.... pleito.... miel sobre hojuelas. Precisamente los pleitos son mi fuerte. ¿Quién nos toseria entónces?.... ¡Vamos á ser los dueños del contorno!

Así se explicaba el escribano. Su hijo no se mordia tampoco la lengua, y hacía tambien sus castillos en el aire, anunciándose el porvenir más risueño del mundo. Las gentes de la aldea notaban en su porte alguna transformacion. Siempre habia sido tieso de colodrillo y algo fantasmon, sin que nadie supiese qué especie de asador se habia tragado, porque, al fin, no era más que el hijo de un pobre escribano, que aunque trabajaba alguna cosa, nunca podia sacar los piés del plato. Con mil angustias lo habia tenido seis años en Alcalá á qué quieres boca; pero el estudiante habia vuelto como se fué, dejándose toda la ciencia en los libros, y los ahorros de su padre en picos pardos. ¿De dónde le venian aquellos humos?.... Pero no era esa la más negra, sino que cada dia iba subiendo más de punto su arrogancia. Saludaba por pura condescendencia, y á todo el mundo le hablaba de tú, como los reyes del entónces, miraba de alto á bajo y escupia por el colmillo. Hablaba de la vida de la aldea con soberano desden, y no se le caia la Córte de la boca, y hasta

á su mismo padre lo miraba por encima del hombro.

¿Qué pergaminos le habian caido por la chimenea, para darse aquellos aires de gran señor?... Hé ahí lo que las gentes sencillas de la aldea no acertaban á explicarse.

Él, por su parte, echaba sus cuentas y decia:

—Aquí nunca dejaré de ser el hijo del escribano.... La sombra de mi padre me perseguirá siempre en esta miserable aldea. Con mis rentas podré vivir en la Córte.... Y allí, oros son triunfos.... Mi padre yá está viejo.... Ya se ve, se dió demasiada prisa en nacer y lo han cogido los años de medio á medio.... Me parece que no ha de hacer muchas Navidades.... Bien, lo dejarémos que pase aquí los últimos dias de su vida.... Sus maneras no son distinguidas y haria en la Córte un papel desairado.

Y el padre y el hijo se encontraban, y guiñándose los ojos, se reian interiormente del médico, del boticario y del señor de Llanoverde á carcajada tendida.

X

LA MADRE Y LA HIJA

La señora de Llanoverde no descendia jamás de las altas regiones de su noble estirpe.... En todos los momentos de su vida era la gran señora elevada sobre el resto de los simples mortales por un privilegio particular de su sangre. Siempre estaba en escena, y, digámoslo así, la corona y el manto no se caian nunca, ni de su cabeza, ni de sus hombros, ni para dormir se descalzaba el coturno de su gerarquía.

Sentada de noche en su gran sitial, como una reina en su trono, esperaba majestuosamente, dispuesta á recibir los homenajes de sus vasallos. Mas en aquellos tiempos, los reyes empezaban yá á estar muy en baja, y la

córte de la señora de Llanoverde se hallaba habitualmente reducida á tres personas: el socarron del escribano, el matasanos del médico y el mostrenco del boticario.

Como se ve, la córte se componia de lo que podemos llamar la aristocracia de la aldea. No eran, en verdad, muchos los cortesanos que acudian al palacio de la señora de Llanoverde, pero no dejaban de ser escogidos, y, sea como quiera, ella los recibia con la misma majestad que si hubiesen sido tres embajadores extraordinarios de tres testas coronadas. Se erguia tres veces sobre el sitial, y contestaba al saludo de sus palaciegos con tres sonrisas, con las tres sonrisas más desdeñosas de su escaso repertorio.

Apesar de la actitud ceremoniosa de la señora de Llanoverde, el cuadro que presentaba la familia no dejaba de ser un cuadro casero de costumbres reposadas y tranquilas. Allí todo estaba en su sitio, y pronto se advertia que nada alteraba en aquella casa la regularidad de la vida. Todos los dias eran allí iguales; todo se hacía á las mismas horas, del mismo modo; siempre las mismas conversaciones y áun se puede decir que se repetian con las mismas palabras.

En la noche en que nos encontramos, la

señora ocupaba su sitial, más séria y más erguida que nunca. Sin duda se hallaba en un acceso de dignidad nobiliaria y, elevándose á la altura de sus humos aristocráticos, veia el mundo rodar bajo sus plantas. Sentada á sus piés, hojeaba Eugenia, con ojos distraidos, un volúmen, encuadernado en pergamino, que contenia las aventuras de Gil Blas de Santillana. A la izquierda, si me se permite decirlo así, del trono, en el ángulo de la habitacion y sentada en un taburete, Bernarda hacía labor. De vez en cuando levantaba la cabeza y dirigia una mirada apacible, dejando ver en ella la paz de los ángeles. Despues se quedaba pensativa, se entristecia su semblante, é inclinándose sobre sus rodillas volvia de nuevo al afan de su tarea.

Entretanto la señora bostezaba régiamente; su hija lanzaba miradas oblícuas, miéntras el señor de Llanoverde se paseaba de un extremo á otro de la estancia, esperando á los tres cortesanos que habian de hacerle la partida de tresillo.

En cada una de estas personas se traslucia la situacion particular de ánimo en que se encontraban.

La gran señora no ocultaba el casi augusto fastidio que la devoraba.

Su hija descubria sin querer que alguna inquietud misteriosa se agitaba en su pecho.

Rayo de sol brillaba con la claridad triste con que brilla la aurora en los cielos nublados.

Y el señor de Llanoverde era todo impaciencia.

En el hueco de la escalera resonaron los triples pasos de los tres palaciegos, y se oyó el rumor de tres voces que hablaban á un mismo tiempo.

—Ellos son—dijo el señor de Llanoverde deteniéndose.

—¡Oh!—exclamó su mujer con un gran bostezo.

Eugenia lanzó sus ojos inquietos hácia la puerta, y *Rayo de sol* detuvo su costura, cruzó las manos sobre el pecho y se quedó pensativa.

La voz del escribano sonó en la antesala diciendo:

—Compañeros, yo aquí dejo mi capa, en el sitio de todas las noches, para que no se me traspapele, porque una buena capa todo lo tapa.

Y seguido del médico y del boticario entró en la sala como Pedro por su calle....

En cuanto puso los piés en la estancia, se inclinó haciendo profunda cortesía y se diri-

gió á la señora de la casa. Ésta lo recibió elevando el labio inferior y mirando al techo.... y el escribano volvió á inclinarse diciendo:

—Sentiria, señora, haber interrumpido su sueño; pero ¿qué hacer?... ¿Habia de sentarme á jugar sin tener el honor de saludarla?....

—No estaba dormida, le contestó secamente.

—¿Nó?—preguntó el escribano inclinándose por tercera vez.—Perdone usted mi torpeza, pero juraria que tenía usted los ojos cerrados.

—Nó—replicó ella—los tengo siempre muy abiertos.

—Ea, señores—exclamó Llanoverde.—La mesa está dispuesta y las cartas esperan.

—Las cartas—repitió el escribano, dirigiéndose á la mesa—me son favorables y esta noche no se escapan ustedes sin una *bola*; vengo resuelto á jugar el todo por el todo.

El boticario comenzó á repartir naipes, miéntras el señor de Llanoverde se atascaba las narices de tabaco, y el médico, como él mismo decia, le tomaba el pulso al juego.

En cuanto empezó la partida, la señora de la casa cerró los ojos, simplemente por-

que no queria ver el cuadro que tenía delante.... Ella que soñaba con las grandezas de la Córte, verse reducida á la pequeñez de aquella tertulia!...

Cerró los ojos, y quieras que no quieras, haciendo sus castillos en el aire se quedó dormida. Era el mejor modo de sustraerse al martirio á que su marido la sujetaba en el sepulcro de aquella casa. Al mismo tiempo podia abandonarse á sus más risueñas ilusiones. Al través de los párpados cerrados podia ver lo que deseaba. La Córte... La Córte, ese era el centro de sus pensamientos.... Allí habia brillado en su juventud.... La Córte estaba para ella llena de halagüeños recuerdos.... y aunque ciertamente no era la mujer más feliz del mundo, se complacia en pensar que allí habia hecho la conquista del señor de Llanoverde. ¡Qué hubiera sido de ella encerrada en una aldea!...

Eugenia, con el libro delante, levantaba de vez en cuando los ojos y espiaba el sueño de su madre, como si quisiera asegurarse de que dormia. La respiracion algo ruidosa de la señora de Llanoverde le aseguró de que se hallaba sumergida en las profundidades de un sueño delicioso.... Entónces dejó en el suelo el libro que tenía en la mano, y se des-

lizó silenciosamente, saliendo de la estancia sin que nadie la viera.

Sin embargo, *Rayo de sol* la siguió con los ojos, y al verla desaparecer se quedó con la vista clavada en la puerta. Una nube de tristeza pasó por su frente, tristeza luminosa, semejante á la que debe cubrir el rostro de los ángeles ante las miserias de los hombres.

Los jugadores seguian embebecidos en los accidentes del juego, disputando, ganando y perdiendo. La baraja, como un oráculo, dictaba á su capricho sentencias favorables ó adversas. Fuera de aquel mundo de la *espada*, la *mala* y el *basto*, nada veian, porque en aquel momento el mundo estaba demás para ellos. La señora de Llanoverde continuaba dormida, probablemente soñando en las delicias de la Córte, y, si estaba allí, no habia de ser muy fácil sacarla de la glória de su sueño. No debia ser la primera vez que su imaginacion complaciente le presentaba la perspectiva de una boda ilustre. Cuántas veces habria visto en sueños casada á su hija.... ¡quién sabe! con el mismo Emperador de la China. Al despertar era el morir; pero bah.... miéntras soñaba vivia.

Ello es, que los dos amores dorados, que sosteniendo una corona de flores formaban

el remate tallado del alto respaldo del sitial en que dormia, movidos por las oscilaciones de la lámpara que alumbraba la estancia, parecia que agitaban los brazos sobre su cabeza, y poniéndose los dedos en sus bocas risueñas, para imponerse mútuamente silencio, echaban sobre la frente de la noble señora un velo semejante á una sombra.

Despues de algun tiempo volvió á aparecer Eugenia en el dintel de la puerta: sus miradas recelosas sondearon la estancia y se adelantó silenciosa.

Rayo de sol volvió la cabeza, y los ojos de las dos primas se encontraron. Adelantóse la primera hasta llegar al asiento que ántes ocupaba junto á su madre; se colocó en la misma posicion en que la hemos visto, y volvió à tomar el libro, abriéndolo por la misma página en que lo habia dejado. Nadie diria que durante el sueño de la señora de Llanoverde su hija se habia movido de su lado.

La luz de la lámpara vaciló dentro del vaso de cristal en que estaba contenida, arrojando sobre las paredes, alternativamente, resplandores fugitivos y sombras pasajeras que se sucedian como relámpagos. Los muebles, repentinamente animados, oscilaban tambien

saltando sobre sí mismos; el lecho daba vueltas alrededor de la lámpara, y del pavimento, que se balanceaba como si estuviese suspendido en el aire, surgian visiones informes que se disipaban para volver de nuevo.

Era una lucha trabada entre la muerte y la vida, entre la realidad y la fantasía, entre la luz y las tinieblas.

Y en medio del caos silencioso que flotaba sobre su cabeza, la señora de Llanoverde soñaba, los ojos de Eugenia brillaban iluminados por reflejos siniestros, y la frente de Magdalena resplandecia como su nombre, esto es, como un rayo de sol en el seno de una nube.

XI

VISIONES

La naturaleza, por lo comun indiferente á las agitaciones de la vida humana, no suele alterarse ni conmoverse por nuestras miserias; nos mira sin interés y sin curiosidad, como si estuviera en el secreto de nuestras desdichas y muy acostumbrada al espectáculo que le ofrecemos. Cierto; pero alguna vez parece que sale de su cruel indiferencia y que toma parte en nuestras alegrías y en nuestras tristezas.

Los vecinos de la aldea, metidos en sus casas desde el toque de Ánimas, no podian observar el aspecto que la noche presentaba, mas, reunidas las familias alrededor de la lumbre bajo la campana del hogar, oian el

rumor del viento que silbaba en las copas de los árboles, bramaba al rasgarse en los aleros de los tejados ó gemia al escaparse por los huecos de las chimeneas. A lo mejor se deshacia en lamentos ó prorumpia en tremendas carcajadas. Lloraba y reia al mismo tiempo, sacudia las ventanas, golpeaba las puertas, no se atrevia el humo á salir de las casas, y las luces se apagaban sin que nadie les soplase.

Esto era de puertas adentro; de puertas afuera, la noche no parecia ménos tenebrosa. Grandes nubarrones oscurecian el cielo, dejando ver en sus senos desgarrados la claridad de las estrellas dudosa y lejana, como si en aquella hora estuviese el cielo más léjos que nunca de la tierra. El paisaje resultaba borrado por la oscuridad y como sumergido en un mar de sombras.

Cada hijo de vecino habia buscado refugio en su casa, y las calles que formaban las casas de la aldea se hallaban desiertas; no transitaba por ellas alma viviente. Sí; buena estaba la noche para pasarla al raso.

Los señores de Llanoverde dormian á pierna suelta, miéntras el viento bramaba alrededor del edificio, dando vueltas como un torbellino. La campana del reloj acababa

de dar la una, lanzando al aire un gemido atribulador que devoró el silencio de la noche. Era la hora de las apariciones, el momento pavoroso en que los espectros se levantan sobre sus sepulcros y echan, digámoslo así, una ojeada sobre este mundo de ambiciones y de lágrimas, de angustias y de placeres. La hora solitaria en que las casas se cierran y las sepulturas se abren, en que los vivos duermen y los muertos despiertan. Hora misteriosa en que la vida descansa y la muerte vigila.

Á la luz de la lamparilla que iluminaba pálidamente la habitacion en que dormia el señor de Llanoverde, se distinguia una figura humana, inclinada sobre la cabecera de la cama. Parecia que expiaba los movimientos del sueño, que contaba las respiraciones, que esperaba un momento favorable para ejecutar sus ocultos designios. Habia algo en su actitud, de la fuerza que se dispone á lanzarse sobre su presa; pero la presa permanecia inmóvil, sumergida en las últimas profundidades del sueño. La figura hizo un movimiento de impaciencia, y, acercando la boca al oido del señor de Llanoverde, dijo con voz apagada:

—¡Señor!...

La respuesta fué un ronquido que hizo temblar la cama.

Esperó algunos instantes, y al fin se decidió á lanzar otra resolucion más decisiva. Levanvantó cautelosamente el brazo y puso la mano sobre el hombro del señor de Llanoverde. Éste, como movido por un resorte, dió un salto en la cama, quedando sentado en ella y haciendo retroceder al que acababa de despertarlo: ámbos se quedaron mirando con la misma admiracion y el mismo asombro. Habria sido difícil averiguar, por la expresion de los semblantes, cuál de los dos era el más sorprendido.

El señor de Llanoverde se restregó los ojos, y apretando los puños como si quisiera contener la cólera repentina de que se hallaba poseido, prorumpió diciendo:

—¡Bravo!... señor Martin.... Bravo.... ¿Le parece á usted hazaña digna de premio haber venido á despertarme?

—Señor—exclamó Martin, con rostro atribulado....

—¡Treinta años á mi servicio.... treinta años al servicio del señor de Llanoverde es un honor que se paga de esta manera? ¿No sabes, bribon, que mi sueño es inviolable?...

Al pronunciar las últimas palabras se echó fuera de la cama, en ademan de hacer

un ejemplar castigo: Martin retrocedió algunos pasos, exclamando:

—¡Señor!... Es.... que....

—¿Qué?—le preguntó su señor.—Vamos, ¡qué!...

Y se cruzó de brazos, dispuesto á agotar toda su paciencia.

El criado se rascó la frente, arqueó las cejas, y, como quien al fin echa por medio, exclamó:

—¡Señor!... ¡el fantasma!

El señor de Llanoverde alzó el puño para dejarlo caer sobre la cabeza de su criado, pero se contuvo y, cambiando de tono, le dijo:

—Martin, vete á dormir, estás borracho.

—Señor, lo he visto—replicó.—No sé por dónde ha podido penetrar en la casa, pero juro que lo he visto escurrirse por el corredor grande. No es una sombra blanca como dicen las gentes de la aldea.... Es una sombra negra como boca de lobo, lleva una capa que cruje como si fuese de seda.... Aún me tiemblan las piernas.... Es un fantasma que parece un hombre.

—¡Un hombre en mi casa!—gritó la señora de Llanoverde saliendo de su dormitorio. ¿No es eso lo que acabo de oir?....



—Eso, señora; eso es lo que dice ese imbécil.

—Este imbécil—replicó Martin—eso dice, eso: dice que el fantasma le ha tenido miedo á la noche y se ha metido en la casa. Yo lo he visto por el corredor grande con estos ojos que se ha de comer la tierra.

—Y bien, caballero—dijo la señora de Llanoverde dirigiéndose á su marido,—¿qué piensa usted de esto?...

—Pienso—le contestó—que este tunante está viendo visiones.

—Ahora—replicó Martin—no veo más que á los señores; pero ántes lo he visto. ¡Cuando yo digo que lo he visto!...

—¿Dónde?—le preguntó la señora.

—En el corredor largo.

—¿En qué direccion?

—¿En qué direccion?... Así como á la mano derecha, como si saliese del salon de los retratos.

—Vamos allá—dijo la señora dando un paso hácia la puerta que comunicaba con el salon.

Martin cogió la lamparilla y los tres salieron á la habitacion inmediata, pasaron á otra y despues penetraron en el salon de los retratos. Una misma exclamacion se es-

capó de las tres bocas. Lo que estaban viendo era verdaderamente diabólico, y no acertaban á dar crédito á sus propios sentidos. Mirábanse unos á otros, con esa expresion estúpida que produce el colmo del asombro. Verdaderamente lo que veian era inaudito: todos los retratos habian desaparecido de los marcos en que estaban contenidos. Los marcos estaban allí en sus sitios, como nichos vacíos. ¿Cómo habian huido las imágenes de aquella gloriosa ascendencia?...

Pasado el estupor del primer momento, observaron con ojos atónitos que los cuadros se hallaban vueltos del revés.

—Por aquí ha pasado algun espíritu maligno—gritó el señor de Llanoverde—porque ningun hombre se hubiese atrevido á hacer este ultraje á la glória de mi estirpe.

Y dirigiéndose á su mujer añadió cruzándose de brazos:

—Y bien, señora, ¿qué piensa usted de todo esto?

Ella movió la cabeza en ademán reflexivo.

—Pienso—dijo—que Bernarda no pasa la noche entera en su cuarto.

—¡Desatino!... ¿Habia de ser ella la autora de este insulto?

—Ella—contestó la señora de Llanoverde.

—Ella y su cómplice. ¡Ah! lo temia, al fin hija de su madre....

—¿Es posible que esa bella criatura tenga cómplices en el otro mundo?...

—Nó—le replicó—pero puede tenerlos en este.

—Explícate—le dijo el señor de Llanoverde—si es que hemos de entenderte.

—¿Necesitas más explicaciones?... Pues bien: en tu casa se ha introducido furtivamente un hombre que se burla de tu noble ascendencia? Somos víctimas de un amor culpable.... ¿Que más quieres saber?...

—Que se tomen todas las puertas—gritó el señor de Llanoverde.—Es preciso que no se escape.... Hombre ó fantasma va á saber cómo se pagan las ofensas hechas al honor de mi linaje.... Ea, salgamos de aquí. Hay que registrar toda la casa. El corredor largo será el centro de las operaciones.

La voz con que pronunció estas palabras retumbó en el salon, y el eco la fué repitiendo por los cuatro ángulos del edificio.

—Esperad, esperad un momento—añadió. —Mi caja.... mi caja de rapé....

—Mi espada—exclamó la señora de Llanoverde.—Mi espada debieras decir.

Salieron del salon por la puerta princi-

pal, registraron la escalera, bajaron al zaguan, y encontraron la gran puerta perfectamente cerrada; examinaron la planta baja del edificio, sin encontrar ni rastro del fantasma que perseguian, y por una escalera de caracol subieron al corredor largo.

Martin llevaba la lámpara y marchaba delante, volviendo de vez en cuando la cabeza, temeroso de encontrarse solo y porque los pasos que lo seguian no le parecian siempre pasos humanos.

Al entrar en la galería llamada el corredor largo, que dividia la casa en dos partes iguales, conduciendo por uno y otro extremo á los dos torreones que atestiguaban la respetable antigüedad del edificio, Martin exhaló un grito, y la lámpara se escapó de sus manos, rompiéndose sobre las baldosas del pavimento y dejándolos á oscuras.

—Otra vez—dijo con voz temblorosa.

—¡Otra vez qué?—preguntaron á la vez los señores de Llanoverde.

—Otra vez el fantasma.

—¿Por dónde?—volvieron á preguntarle.

—Por allí—contestó Martin con voz agitada.—Por el extremo del corredor que va al torreon deshabitado. Lo he visto muy bien,

es una sombra que alumbra; parece una nube que relampaguea.

¿Era el miedo de Martin el que hablaba? Nó; porque enmedio de las tinieblas en que se encontraban los tres vieron en el extremo del corredor una claridad inexplicable que ondulaba semejante al reflejo de la luz en un cristal que se mueve. Era un rastro luminoso que el fantasma dejaba en pos de sí, como la huella de un rayo de sol perdido en las oscuridades de las nubes.

—Adelante—gritó el señor de Llanoverde, pero ninguno se movió del sitio en que estaba.

Y los tres, cegados por la oscuridad, agitaban los brazos buscándose, sin poder encontrarse.

XII

LA FUGA

Probablemente los hubiera sorprendido el dia enmedio del corredor, buscándose y sin encontrarse, si el señor de Llanoverde no hubiera apelado al recurso de dar grandes voces llamando á los demás criados de la casa, que al fin se despertaron, y corriendo unos por un lado y otros por otro, acudieron con luces al lugar de la escena.... Mirábanse los que acababan de llegar con ojos asombrados, sin acertar á darse cuenta de lo que ocurria. Y la cosa debia ser tremenda, porque los semblantes de los señores, y principalmente el de Martin, expresaban un terror indecible....

Martin fué el primero que rompió el silencio, exclamando:

—¡El fantasma!...

Hubo un movimiento de espanto entre los circunstantes, y Martin, sentado á la puerta del torreon deshabitado, donde habia muerto la madre de Bernarda, añadió:

—Allí... por aquella puerta ha desaparecido.

—Hombre ó fantasma—dijo el señor de Llanoverde—es nuestro; por esas habitaciones no hay salida. Ó vuela como los murciélagos ó no tiene escape.... Ea: adelante.

Todos se miraron, pero ninguno se movió.

—¡Miedo!—exclamó.—¡Quién es capaz de tener miedo en la casa de los señores de Llanoverde!...

Á estas palabras los dos más valientes se adelantaron y los demás los siguieron.

Delante de la habitacion en que habia muerto Magdalena se encontraron detenidos, porque la puerta estaba cerrada, cerrada por dentro. Era evidente que el fantasma se habia parapetado en aquella habitacion cerrándoles el paso, y resuelto á vender cara su vida.

—Llamad—gritó la señora de Llanoverde.

Uno se atrevió, y dió un golpe con la mano en el tablero de la puerta, mas el golpe se ahogó en la madera, ni más ni ménos que si hubieran golpeado la losa de un sepulcro. Nadie respondió, ni siquiera el eco.

—¡Hola!—dijo el señor de Llanoverde. —Ni contesta ni abre.... Se hace el sueco. Pues bien, yá verá que á un hombre de mi raza no se le da fácilmente con la puerta en las narices. Esas cuatro tablas que nos cierran el paso no son tan fuertes que se atrevan á resistirnos, y saltarán hechas astillas, sólo con que los dos más robustos le apliquen á un tiempo las plantas de los piés como pudieran hacerlo dos catapultas.... Vamos á ver: á la una.... á las dos.... á las tres.

El doble golpe cayó sobre la puerta, sin conseguir estremecerla. El efecto fué igual á si hubieran dado el tremendo empuje de los piés sobre la sólida fábrica del muro.

Semejante resistencia aumentó el pavor de que se hallaban poseidos. Á sus ojos atónitos la puerta se convertia en piedra y la frágil tabla en una roca. Se hacía preciso creer que dentro del torreon se ocultaba un poder sobrehumano.

Los señores de Llanoverde se miraron asombrados y empezaban á advertir que la broma era demasiado pesada; más bien demasiado inexplicable.

Quedaban dos recursos, uno atacar el torreon por la parte exterior de la casa y escalar las ventanas. Dos dificultades salian al paso: primera, que las ventanas podian ofrecer la tenaz resistencia que ofrecia la puerta; y segunda, que ninguno de los circunstantes se atreveria á dar el asalto. El segundo recurso era más aceptable y consistia en bloquear el torreon por dentro y por fuera de la casa, como quien dice por mar y tierra, y esperar, arma al brazo, la luz del dia, teniendo al fantasma sitiado por hambre.

Este proyecto fué acogido por unanimidad, y el señor de Llanoverde comenzó á dictar las disposiciones necesarias para establecer un bloqueo riguroso del que no debian escaparse ni las ratas.

Mas un nuevo incidente detuvo la ejecucion del plan. Las junturas de las maderas se iluminaron súbitamente, crujió la puerta súbitamente y comenzó á abrirse súbitamente movida por una mano invisible. Todas las miradas se lanzaron dentro de la habitacion, mas los ojos, deslumbrados por la claridad,

nada pudieron distinguir, porque la nube resplandeciente que invadia la estancia arrojaba sobre sus rostros un velo de luz. Poco á poco se fué mitigando la claridad y disipándose la nube, y en el colmo de la admiracion, poseidos de un estupor indecible, vieron en el fondo del cuarto la figura de Bernarda de rodillas, en el mismo sitio en que habia espirado su madre. Sus rubios cabellos encendidos por aquella misteriosa claridad brillaban con los vagos resplandores de la aurora. Con los brazos tendidos hácia el cielo.... parecia absorta en la estática contemplacion de una vision inefable.... los ojos fijos.... la boca entreabierta.... podia decirse que sonreia y lloraba al mismo tiempo.

Los que presenciaban esta escena se quedaron inmóviles y mudos, sin accion, sin voz y sin palabra. Dirian que la vida material se hallaba en ellos suspendida; lo que estaban viendo no lo percibian con los ojos mortales, lo veian más bien con los ojos del alma.

¿Cuánto tiempo permanecieron de esta manera? jamás supieron decirlo.

Al fin, el resplandor misterioso se fué disipando, Bernarda cogió la lámpara que ardia dulcemente junto á ella, se puso de pié y salió de la estancia.

Pasó por enmedio de todos sin reparar en ninguno, en el hermoso de sus ojos no habia miradas humanas; llenos todavía de la vision celestial que ántes contemplaba, no tenian nada que ver en la tierra; su espíritu se hallaba en aquel momento muy léjos de este mundo.

Con paso lento se adelantó llevando en la blancura de su rostro la pureza del alma, y fué á perderse en el extremo opuesto del corredor largo.

Cuando los señores de Llanoverde pudieron darse cuenta de lo que pasaba, la luz del dia, que empezaba á clarear, se cernía dulcemente por los vidrios de colores que cubrian los huecos rasgados de las ventanas del corredor, momento en que el robusto aldabon de la gran puerta resonó con repetidos golpes.

—Abrid—dijo el señor de Llanoverde.—Abrid.... La visita es bastante intempestiva, pero casualmente nos hallamos de pié para recibirla.

Dos criados corrieron maquinalmente al zaguan y abrieron.

La voz del escribano resonó en el hueco de la escalera, gritando:

—¡No hay que detenerme, necesito ver á los señores en este momento!

Los señores acudieron á estas voces, sin saber lo que se hacian, y al verlos el escribano, prorumpió diciendo:

—¡Desolacion!... ¡Desolacion!... Han huido.... los dos; los dos han huido.

—¿Quién?—preguntó aterrada la señora de Llanoverde.

—¡Quién!—exclamó el escribano.—¡Friolera!... ¡Oh! la tenian muy bien urdida.... ¡Mi hijo!... ¡Quién lo habia de creer!... ¡Ella!... ¡quién lo habia de pensar!... Se amaban, señora; el amor rompe por cualquier parte.... Ustedes no hubieran consentido nunca en unirlos.... y se han fugado.

En lo que decia el escribano no habia nada de sobrenatural, pero sus palabras eran para los señores de Llanoverde tan terrible, como la sombra del fantasma.

—Y qué se ha de hacer yá—siguió diciendo.—La cosa es clara como la luz del dia que nos alumbra. De la ventana de par en par abierta cuelga todavía una carta escrita que dice claramente: la señorita de Llanoverde se ha fugado con el hijo del escribano.... ¡Ah! señores, es la cosa más natural del mundo, pero yo me lavo las manos.

—¡Mi hija!...—exclamó la señora apoyándose en el pasamano de la escalera para poder

sostenerse.—Juro que no es mi hija. La rechazo, la desheredo.

—¡Imposible!—replicó el escribano—es *heredero forzoso.*

—Pues entónces — añadió ella — la mal...di....

El señor de Llanoverde le puso la mano en la boca ahogando en sus lábios la palabra, diciéndole al mismo tiempo:

—Infeliz.... ¡Es tu hija que venga á tu hermana!

—Es nuestra obra.... le contestó dando salida por los ojos á toda su cólera.... Vuestra obra.... ¡Qué habia de hacer encerrada en este sepulcro!

—Nó;—le dijo el señor de Llanoverde.—Es castigo.... No podemos ni desheredarla.... Un hijo llevaria mi nombre, tu hija llevará el nombre del escribano.... En cuanto á mí, soy el último vástago de mi estirpe.

Y diciendo esto, irguió la cabeza, se encogió de hombros, y les volvió la espalda.

DOS MUERTOS VIVOS

I

TESTIGO, JUEZ Y VERDUGO

Cerrad bien las puertas, de modo que no podais ser sorprendidos por la presencia de algun indiscreto; cerrad las cortinas, de manera que corten el paso á las miradas sorprendentes con que la curiosidad de los importunos pueda expiaros. ¡Qué diablo!... No estais de humor de que os vean, de que os oigan ni de que os entiendan, porque os hallais en un momento particular de vuestra vida, en el que, si estuviera en vuestra mano, borraríais el nombre con que se os conoce de la memoria de las gentes; momentos singularísimos en que, sin dejar de ser el mismo, quisierais ser otro..... ¡Oh, si en ese instante el mundo fuese sordo, mudo y ciego!

No todas las cosas se pueden hacer enmedio de la calle, *coram populo,* porque no todas las gentes tienen bastante discrecion para juzgar las acciones agenas; hay todavía en el mundo muchas preocupaciones, y entregarse así sin más ni ménos al juicio de unos y de otros, equivale á dejarse despedazar vivo, por los diferentes garfios de las lenguas desocupadas.

Vichott nos asegura que el crímen no es más que un producto químico como el azúcar ó el vitriolo; pero, apesar de la autoridad de este filósofo, el crímen continúa siendo crímen y, por lo visto, una de sus cualidades químicas es producir horror, y cate usted aquí al infeliz culpable, víctima de la animadversion del público horrorizado.

Y no es esta la más negra, sino que las leyes, que ignoran hasta los más elementales rudimentos de la química, gritan á su vez: «crímen,» «crímen,» y la policía, que alguna vez sirve para algo, se vé en la necesidad física de abrir los ojos, y busca por aquí, busca por allí, tropieza con el delincuente y le pone la mano en el hombro, con la familiaridad del que descubre á un antíguo camarada. No es cosa de abandonar á aquel amigo encontrado manos á

boca, y se le da albergue en la cárcel. Es un acto de hospitalidad que cualquiera rehusaria áun á riesgo de dormir á la intemperie, pero ¿quién se resiste á tantas instancias?

Detrás de la cárcel está el proceso, proceso tal vez interminable, mas al fin proceso; más allá se dibuja una sentencia que se lee al reo una vez, dos veces, tres veces, segun el censo de los trámites, y, al fin, el huésped sale de la cárcel casi como un rey, con escolta que lo acompaña á un nuevo hospedaje. Allí encuentra nuevos amigos con quienes pasa algunos años de su vida, que, sea como quiera, le ayudan al fin á llevar la carga, miéntras no hay ventana por donde descolgarse ó una tronera en el muro, por donde evadirse, que suele haberlas, en cuyo caso se desliza con el mayor sigilo para no despertar á los compañeros, porque áun cuando no duermen el sueño de la inocencia, toda despedida es triste y ¡quién sabe! la ausencia puede ser corta, pero, ¡ay! tambien puede ser muy larga.

Á estas amarguras se expone el hombre que no cierra bien las puertas y no corre cautelosamente las cortinas, cuando tiene razones particulares para huir de las miradas indiscretas y de los oidos imprudentes.

La mayor parte de los criminales encerrados en los presidios, que no son por cierto todos los que debieran estar, manifiestan cierta resignacion con lo que ellos llaman su suerte. Bajan la cabeza ante el castigo, porque se reconocen culpables de un delito que ciertamente no les ha tomado en cuenta el código penal. Se consideran criminales en cuanto han sido torpes. Pues, no han cerrado bien las puertas, no han corrido discretamente las cortinas y han sido descubiertos. Hé ahí todo.

Allá en el fondo de sus encierros, bajo el sombrío techo que los cubre, entre el rechinar de las cadenas que los sujetan, meditan nuevos crímenes, sin duda alguna; pero entendámonos, crímenes en los que no dejará rastro alguno la mano que ha de ejecutarlos. Así salen los criminales de los presidios, corregidos, más aún, perfeccionados; no ménos perversos, pero en cambio más cautos.

Despues de todo, han caido en la cuenta de que el criminal que consigue eludir ciertas intimidades con la justicia, es al fin y al cabo un ciudadano como otro cualquiera. El crímen á sus ojos viene á ser un acto de habilidad, que tiene sus contingencias, no tantas

como la lotería, y una vez asegurada la impunidad, échele usted un galgo.

La cuestion, pues, queda reducida á cerrar bien las puertas y á correr cuidadosamente las cortinas, de modo que nada se vea y nada se oiga, que no haya ojos que expien, ni oidos que escuchen, ni lenguas que hablen. La justicia humana es casi ciega y no ve más que por los ojos de los testigos y el secreto consiste en que no tenga testigos á qué agarrarse.

Muy bien; aquí tenemos un crímen consumado con todas las reglas del arte, obra perfecta de maldad y de astucia. Ningun ojo humano ha penetrado en el secreto de delito, y el criminal mismo se horroriza ante el espectáculo de su propia obra con toda la naturalidad de la inocencia. No hay un testigo que lo descubra, ni una sospecha que lo denuncie, y escondido, puede decirse así, en la caverna de su alma celebra el triunfo de su alma, celebra el tríunfo de su maldad y se rie del mundo.

Sin embargo, ¡qué capricho!... no duerme tranquilo, se le aparecen durante el sueño terribles visiones, y se despierta, á lo mejor, agitado bajo el influjo de vagos temores. ¿Por qué?... Las puertas estaban bien cerradas, las

cortinas perfectamente corridas, el secreto del crímen es impenetrable y no hay poder humano que acierte á descubrirlo. Además, el horror público fué la emocion del momento y pasó como pasa todo. Se ha hablado mucho del crímen, pero quién se acuerda yá de semejante cosa?... Las muchedumbres son siempre las mismas, se parecen á los espejos, en que sólo reflejan la imágen que se les pone delante.

Se encuentra, pues, libre del poder de la justicia humana; la espada de la ley ha brillado un momento en el aire y ha vuelto á ocultarse, porque no ha tenido sobre quién caer. Y bien, ¿por qué tiembla en el fondo de su alma?... ¿Por qué se estremece en los momentos de su mayor alegría?... ¿Qué sombras pavorosas agitan el sueño dentro de sus ojos dormidos?... Él mismo no lo sabe. Quisiera huir de su memoria, pero su memoria implacable lo sigue y lo acusa. Su crímen parece escrito con tinta eterna en el fondo de su pensamiento, siempre lo tiene delante de los ojos.

El único testigo de su delito es él, testigo inexorable que no lo abandona ni un momento. No sabe de dónde sale la voz que lo acusa y es su propia voz; nunca está solo,

porque siempre está con él la sombra de su crímen. El mundo ignora que ha sido él el que ha clavado el puñal en el corazon de la víctima, pero lo sabe él, él solo, y él es el testigo que lo señala con el dedo á sus propios ojos.

Nó, las puertas no estaban bien cerradas, ni las cortinas sigilosamente corridas, porque han presenciado el crímen unos ojos implacables, sus propios ojos.

Dentro de su sér, siente otro sér que lo denuncia, lo juzga y lo condena. ¡Ah! no estaba sólo al cometer el crímen; estaba allí ese testigo invisible que se apodera de sus sueños para aterrarlo, de sus pensamientos para confundirlo, de su misma voz para acusarlo, de sus mismos ojos para hacerle ver por todas partes la imágen del delito. ¿Cómo evadirse de esta persecucion tenaz.... contínua?... ¿Dónde ocultarse á la mirada siempre fija, que no le deja ni un instante de reposo?...

¡Extraño fenómeno psicológico!... Despues de burlar la pobre ley de los hombres y la torpe justicia del mundo, el criminal se encuentra manos á boca con el proceso en su memoria, el testigo en su pensamiento y el juez en su conciencia. ¡Qué terrible

crueldad de las cosas!... Él solo posee el secreto de su crímen, y él solo es el que se persigue, sin que le sea posible huir de sí mismo.

Si hubiese podido cerrar las puertas y correr las cortinas, de manera que ni él mismo se hubiese visto, sería el criminal más dichoso del mundo, porque habria conseguido burlar la justicia del cielo y de la tierra, pero hé aquí que no puede engañarse á sí mismo, padece la mania de los remordimientos y se ve perseguido por la conciencia.

¡Es posible que el hombre llegue á tal estado de embrutecimiento, que se apague en su alma toda luz de sentido moral!... Es posible, y hay muchos ejemplos, porque la tendencia que experimenta el mundo moderno es esa, y en tal caso, yá no se trata de un hombre sino de una bestia, pero miéntras conserva un soplo de instinto racional, quiera que no quiera, tendrá que someterse á la ley, no hecha en Córtes ni sancionada por la Corona, que le obliga á ser siempre testigo implacable de sus acciones y de sus pensamientos, para que él mismo sea á la vez su delator y su cómplice.

No sé cómo se puede negar la realidad de este mundo invisible que vá con nosotros, la

coincidencia de ese tribunal misterioso, fantástico, en el que uno mismo es el reo que confiesa, el testigo que declara, el juez que condena y el verdugo que castiga.

Es indudable, que burladas las leyes humanas, cegada la justicia, extinguidas hasta las más lejanas sospechas, el criminal puede levantar la frente y reclamar todas las consideraciones debidas á los hombres honrados, de puertas afuera, puede llegar á ser hasta un hombre envidiable: los hay, mas ante sus propios ojos, dentro de sí mismos, en la intimidad de sus pensamientos se levanta la sombra del crímen como un espectro que sale del sepulcro, y, si puedo decirlo así, lo ahoga entre sus brazos.

No le teme ni á la perspicacia de la ley, ni á la eficacia de la justicia; se teme á sí mismo, porque una palabra involuntaria puede descubrirlo, un estremecimiento imprevisto puede delatarlo. Desconfia de su palidez, no sabe cómo sonreirse; si calla, su silencio puede ser sospechoso; si habla, ignora qué indicios podrán despertar sus palabras; una mirada penetrante le hace palidecer, una pregunta inesperada lo hace temblar. Cree que todo lo que le rodea lo espía. Siente que el crímen, encerrado en el

fondo de su conciencia, pugna por romper las ligaduras que lo contienen. Él mismo lo ve asomar en su semblante, conoce que una mano invisible ha estampado el sello del delito en su frente.

Huye de toda intimidad, de toda confianza, de todo abandono; sus padres, sus hermanos, sus hijos, sus amigos, el mundo entero parece que lo rodea para espiarlo. En medio de los placeres de la vida, con que intenta aturdirse, no es más que un fugitivo que anda á salto de mata, temiendo á cada momento ser reconocido.

Oye en silencio todos los dicterios que la indignacion lanza contra el culpable, y él mismo se ve condenado al trabajo forzado de alzar la voz para execrarse y maldecirse.

¿De qué poder humano viene esta justicia? ¿Qué mano de hombre ha escrito esta ley penal que pesa sobre todos los hombres; justicia que jamás se equivoca; ley que cae siempre sobre las cabezas culpables.

No es el cuerpo de un hombre encerrado en un presidio, es el pensamiento encerrado en el calabozo de la conciencia; no son los hierros de las cárceles, sino los hierros de los remordimientos; es un alma condenada

á cadena perpétua; no es, en fin, la justicia humana, es la justicia divina.

Cerrad bien las puertas de modo que no podais ser sorprendidos por la presencia inesperada de algun importuno. Corred bien las cortinas, de modo que corten el paso á las miradas imprudentes de la curiosidad que pretenda espiaros. ¿Y qué? Todo es inútil; allí está el testigo que acusa, el juez que sentencia y el verdugo que castiga.

II

LA SIMA

Ciertamente el nombre del pueblo donde ocurrieron los primeros sucesos del caso que voy á referir, daria cierta autenticidad al relato, mas tengo una razon poderosa para omitirlo, y consiste en que no lo recuerdo. Despues de todo, la cosa ha podido suceder en cualquier pueblo del mundo. Por otra parte, la credulidad que yo busco en el lector no es esa credulidad forzada que se obtiene por el poder de los datos y lo irrecusable de los testigos en que el lector, frente á frente del autor, no tiene más remedio que creerlo ó matarlo. La credulidad que yo necesito ha de ser voluntaria. Si el caso ha podido ocurrir, ¿qué importa que no haya ocur-

rido?... Ó más bien; si es verosímil, ¿por qué no ha de ser cierto?

Por los recuerdos locales que conservo el pueblo de que hablo, debe encontrarse en la parte meridional de España, cerca de la costa del Mediterráneo, casi á tanta distancia de Cádiz, como de Barcelona. Pueblo labrador que sería muy rico, si á la fecundidad natural de la tierra se añadiera el agua del cielo, pero no llueve más que cuando Dios quiere, y Dios quiere muy pocas veces que llueva, de manera que se siembra mucho y se coge poco.

Visto por una parte, parece un pueblo olvidado en el último rincon de España, porque carece de toda especie de policía, pero apartando esta exterioridad desaseada, se encuentran en las costumbres muchos adelantos propios del siglo. Hay *casino* donde perder el tiempo y casas de juego donde perder el dinero. En cuanto al comercio, vejeta, y la industria no florece.

No es el trabajo la virtud sobresaliente de los pueblos meridionales: la dulzura del clima, la magnificencia del cielo, la espontaneidad de la tierra y la brillantez del sol hacen creer, sin duda, que se hallan todavía en el Paraiso, y se consideran dispensados de

ganarse el sustento con el sudor de la frente. En realidad, entre sus necesidades no se cuenta la de poner una gallina en el puchero, porque la mesa ordinaria de la familia es bastante sóbria, y en punto á las comodidades de la casa no son demasiado exigentes, pero quíteles usted cierto lujo intempestivo en los adornos de las mujeres, y las disipaciones de la holganza en las costumbres de los hombres, y no sabrán qué hacerse de la vida.

El pueblo en que nos encontramos no se distingue por ningun rasgo especial que le dé carácter propio. Su antigüedad se descubre desde el momento en que se distingue la fábrica medio arruinada de una torre morisca que se levanta sobre la cumbre de un monte vecino, y permanece allí como una fecha medio borrada. Á sus piés se agrupan las casas formando un laberinto de calles estrechas que se retuercen y se cortan entre sí á ojo de buen cubero. Añádase á esto un rio muy estrecho, deslizándose cautelosamente por un cauce muy ancho, un puente de piedra y una huerta que se tiende como una alfombra y se tendrán las líneas generales del paisaje.

Es, pues, un pueblo como otro cualquiera, y atendida su magnitud bien puede llamarse

poblachon. Mas prescindiendo de lo que hay de intransitable en las calles, de lo que tienen de oscuros los escasos faroles del alumbrado, de la poca comodidad de las casas y de la sobriedad de la mesa, es un pueblo por lo visto inmejorable, en razon á que á nadie se lo ocurre la idea de mejorarlo. Por lo demás se vive en él bien, á lo ménos los vecinos que lo habitan no lo cambiarian por la ciudad más bella del mundo.

La sociedad que ofrece no se puede decir que es excesivamente amena, pero en cambio posee un encanto que llega á hacerse irresistible: el encanto de la murmuracion. Es posible que se ignoren algunas cosas útiles, que se desdeñen ciertos conocimientos que son indispensables, mas la vida del vecino se sabe de *pé* á *pá*. Este es un punto acerca del que siempre hay mucha tela cortada. Las conversaciones más corrientes vienen á ser como una *guía de forasteros* abierta por todas sus páginas.

Entre las curiosidades que se le enseñan al viajero que se detiene algunos dias, por pura curiosidad ó por mero capricho, la *Sima* es la que más particularmente se le recomienda.

—Y bien—pregunta,—¿qué es la sima?

—La sima—le contestan—es la sima.

Ante semejante pregunta se ve obligado á convenir en que se trata de alguna cosa extraordinaria, de algun prodigio de la naturaleza, de alguna obra maestra del ingénio humano. Acaso hay allí otra catarata del Niágara, ú otro camino subterráneo por debajo del Támesis. Quién sabe qué rara maravilla puede ocultarse en aquel pueblo que parece olvidado del mundo.

El viajero arquea las cejas, se encoge de hombros y se deja conducir al sitio del portento. No es mucha la distancia que hay que atravesar, porque áun cuando el pueblo es grande la sima está á la salida del pueblo. No hay más que buscar la gran calle que corta la poblacion de levante á poniente, formada por la carretera, seguir la direccion de poniente, y más allá de las últimas casas, á la derecha del camino, empieza á ondular el terreno, levantándose en olas que se suceden, encrespándose como un mar de piedra. Entre los cantos rodados y las tierras arrastradas por las lluvias, se descubren las ondulaciones de la roca, poco más ó ménos como se descubren los huesos al través de la carne despedazada. Diríase que en algun tiempo aquella superficie fundida habia hervido

á la accion irresistible de un fuego subterráneo. Allí estaba la sima.

Por esta parte el aspecto era desolador, pero al otro lado del camino la naturaleza sonreia cubriendo la tierra con toda la pompa de la fertilidad: era la vida delante de la muerte.

El viajero se encontraba de repente delante de una caverna abierta en la roca, al parecer por el impulso formidable de una fuerza interior, ni más ni ménos que si hubiese reventado como una bomba. La piedra despedazada por la explosion, presentaba ángulos agudos que daban á la caverna el aspecto de una boca monstruosa armada de dientes terribles. Esta circunstancia no dejaba de ser curiosa, pero en verdad no ofrecia motivo alguno de admiracion, porque, al fin y al cabo, la tierra está llena de cavernas.

Por lo comun el viajero intentaba penetrar en el centro oscuro de aquella boca siempre abierta, pero inmediatamente era detenido pintándose el terror en todos los semblantes.

—El que entra ahí—le decian—no vuelve á ver más la luz del cielo.

Y uno de los circunstantes cogia una pie-

dra é imponiendo silencio la dejaba caer dentro de las fáuces del mónstruo, y la piedra desaparecia en la oscuridad, y todos con oido atento esperaban el choque de la piedra en el fondo de la caverna inútilmente, porque ningun ruido resonaba en aquella profundidad tenebrosa.

Entónces el viajero comprendia que la boca de la caverna tenía tambien su garganta que iria á perderse en las entrañas de la tierra; y retrocedia como si el abismo fuese á tragárselo. Este movimiento instintivo de horror constituia el triunfo de los circunstantes.

—¡Eh!...—exclamaban.—¡Qué tal!... No tiene fin. Las piedras que caen no llegan nunca al fondo; ó es que hay una mano que les sale al paso, las coje y se las mete en el bolsillo para que no suenen.

Otro añadia:

—Y no es esa la más negra. No hay dentro solamente una mano que se mete las piedras en el bolsillo, sino que además hay una boca que sopla y apaga la luz que entra. Muchas veces hemos descolgado un farol atado á una cuerda y nunca pasa de las diez varas. Cuantas veces lo entramos tantas veces se apaga.

Un sábio hubiera explicado minuciosamente la existencia de la sima y los fenómenos que la hacian tan misteriosa; mas los esfuerzos científicos de este sábio no habrian conseguido despojarla, á los ojos de las gentes sencillas, del prestigio que sobre ellas ejercia.

Habria fijado la fecha de su aparicion, las causas físicas que debieron concurrir á su formacion, habria calculado su profundidad y hasta descrito los más pequeños accidentes en su curso por las entrañas de la tierra. En una palabra, habria referido la história de su existencia como si la hubiera leido en los rasgos de las piedras que formaban la boca de la caverna; mas así y todo, aquella sima sin fondo, impenetrable á la luz, habria seguido siendo un pozo misterioso, un abismo lleno de sombras, de espectros y de horrores.

¿Y qué? ¿No hay allí ojos que han visto salir de la sima fantasmas, unas veces blancos, otras veces negros? ¿No hay oidos que han escuchado llenos de terror lamentos y sollozos, ruidos de cadenas, ahullidos y carcajadas? ¡La ciencia!... Bueno; sí señor, los hombres saben mucho, mucho; pero, vamos, no lo saben todo, la sima es la sima, oscura

como boca de lobo, y profunda como abismo sin fondo.

El lugar en que la naturaleza, en un momento de desesperacion, habia abierto este pavoroso respiradero, no era el más á propósito para pasear de dia, y por lo que hace de noche no se atrevia á pasar por allí ni el más pintado, porque precisamente de noche era cuando solian salir los fantasmas, y cuando resonaban allá en lo profundo lamentos y sollozos, ruido de cadenas, ahullidos y carcajadas.

Aquella boca muda y áun sorda, podia ser muy bien el camino espantoso de un mundo desconocido.

¡Ah!... la sima.... era la sima.



III

TRES PERSONAJES

Rosalía Guillen y Guillen de Guillen, de quien problemente no habréis oido hablar nunca, era, sin embargo, en el pueblo que acabamos de bosquejar, lo que el mundo llama una persona visible. No hace de esto muchos años. Gozaba en aquel vecindario la familia de los Guillenes de gran importancia, tanto por su antigüedad como por su orígen. Hubo, en tiempo de la Reconquista, un Guillen famoso por sus hazañas, que supo conquistar el corazon de una hermosa Zayda, hija del alcaide moro de una fortaleza fronteriza. Esta Zayda abandonó una noche la fortaleza de su padre, y Guillen, que la esperaba al pié de la muralla, la montó

gallardamente en las ancas de su caballo y volvió con ella á su pueblo, llevándola en triunfo. Zayda, que había abandonado la casa de su padre, olvidó tambien al Profeta y se hizo cristiana. Guillen quiso borrar en ella todo vestigio morisco y al bautizarla le dió por nombre María, añadiéndole su propio apellido; y hé aquí como un Guillen y una Guillen unidos por el sagrado vínculo del matrimonio dieron principio á la gran familia de los Guillenes.

Sin embargo, lo ilustre de este abolengo no era precisamente lo que daba á Rosalía la importancia de que gozaba en el pueblo, porque bien averiguada la genealogía de la poblacion, apénas se encontraria familia que no procediese de mora y cristiano ó *vice-versa*. Su importancia era algo más positiva, y consistia en un buen patrimonio compuesto de las fincas más productivas de la comarca, olivares, viñedos, rebaños, molinos y casas, y un gran torreon de fábrica robusta que se levantaba en medio de la huerta como un centinela avanzado, que conserva todavía el nombre tradicional de torre de los Guillenes. Y no era esto sólo, sino que además debia poseer mucho dinero en oro de buena ley, y, segun la voz general, en onzas de Cárlos III.

Era, pues, Rosalía lo que se llama una ricachona, capaz de enterrar á todo el pueblo en pesos duros.

No habia recibido de sus padres, por herencia directa, tan cuantiosos bienes de fortuna, porque ellos, en resúmen, no pudieron dejarle más que la torre de los Guillenes con sus tierras de labor, dos olivares en la Cruz alta, un viñedo al otro lado de la rambla y el molino de la Rivera, y esto por ser hija única; con lo cual no habria pasado de ser en el pueblo una de tantas. Mas un dia apareció allí otro Guillen, llovido del cielo, indivíduo de la misma familia, que venía de América con setenta años á la cola y muchísimos pesos duros mejicanos.

Rosalia se hallaba, si no precisamente en la flor de su edad, á lo ménos en esos veinticinco años que en muchas mujeres valen más que los quince abriles tan cacareados; y en cuanto á su belleza, poseia por herencia sucesiva de su progenitora Zayda, dos ojos más negros que la noche, dispuestos á pegarle fuego á un castillo de pólvora, y una boca cuajada de perlas, con dos lábios como dos cerezas, que decian comedme.

Claro está que le hacian la rueda todos los *pavos* del pueblo, porque entónces todavia

no estaban en moda los *pollos*, pero ella se reia como una tonta y no daba su brazo á torcer. No le petaba, por lo visto, ninguno de sus pretendientes, y hoy uno, mañana otro, todos iban quedando con un palmo de narices. Hasta un Guillen, primo suyo, de quien más adelante hablarémos, se llevó sus correspondientes calabazas. Mas cate usted que aparece el tio americano, y, quieras que no quieras, empieza á hacérsele agua la boca con la sobrina, y como no tenía mucho tiempo que perder, habló claro, y, ¡qué demonio de mujeres!... Rosalía lo recibió con los brazos abiertos, se hizo el matrimonio, y santas Pascuas.

Los antíguos pretendientes de la reciencasada echaron sus cuentas, y acudieron de nuevo, como las moscas á la miel, y dale que que dale, cada uno en sus trece, no dejaban la ida por la venida, miéntras que Rosalía seguia riéndose de ellos á carcajada tendida, hasta que se cansaron de machacar en hierro frio; porque estaba visto, ninguno conseguia llevar el gato al agua. La murmuracion no tuvo en qué clavar el diente y se mordió la lengua, dándose un punto en la boca.

Á los diez años de matrimonio, el viejo americano empezó á comprender que habia

vivido bastante, y al fin dobló la cabeza y quedó muerto. No podia la viuda decir que se habia malogrado su marido, lo cual no le impidió consagrar á su memoria un dolor verdadero y un luto riguroso.

Á los treinta y seis años se encontró huérfana y viuda, dueña de cuantiosos bienes, porque el americano habia hecho de ella su única y universal heredera, y Guillen á todas pasadas, pues era Guillen por su padre, Guillen por su madre y Guillen por su marido. Si puede decirse así, era Guillen por los cinco costados, cinco veces Guillen y dos veces rica, era cuanto se podia ser en aquel pueblo. Por lo demás, conservaba vivos y frescos los rasgos característicos de su belleza, y aunque sus formas se habian abultado algo, porque los años no caen nunca en saco roto, todavía se hallaba en situacion de sorberle el seso á cualquiera.

Es verdad que parecia algo poseida de su buena suerte y que hacía cierto alarde de su bienestar, y lo que es más, que á título de su alcurnia, de su riqueza y de su viudez, se creia dispensada de algunos pormenores y formalidades á que parecemos obligados en el trato comun de las gentes, como si el mundo en que vivia le importara tres pitos.

¿Y bien?... Las envidiosas le cortaban muy buenos sayos; la llamaban extrambótica, orgullosa, salvaje.... Á todo lo cual hacía ella la vista gorda; tal vez complacida en ser en ese punto el platillo de las conversaciones. Esto era por arriba, porque por abajo, aunque tambien se hacian lenguas de ella, era para ponerla en los cuernos de la luna. Ya se ve, habia pocas manos en el pueblo tan generosas como las suyas.

Rica, viuda y jóven, apesar de sus treinta y seis años, era una tentacion de todos los demonios, para los que se consideraban con títulos suficientes á contraer matrimonios ventajosos. Así es, que los pretendientes volvieron á las andadas, pensando cada uno que á la tercera va la vencida.... Cuentas galanas, porque daban en piedra.

Entre los aspirantes á la mano de Rosalía, su primo parecia ser el rival más terrible. Ante todo era un Guillen, más aún, era el último de los Guillenes. De aquella familia tan antígua no quedaban más que dos vástagos, los dos primos. El primo tenía dos años ménos, y si Rosalía se obstinaba en morir sin sucesion, él vendria á ser su inmediato, su único heredero. Un matrimonio entre estos dos restos de los Guillenes, y todo

quedaba en casa. Mas el hombre propone y la mujer dispone, y, tuerto ó derecho, á la prima no le pasaba el primo de los dientes adentro. ¿Por qué?... Vaya usted á averiguarlo, acaso ella misma lo ignoraba.

El último de los Guillenes se encogia de hombros y dejaba correr la bola. No era un potentado, para mirar con indiferencia los bienes raices de su prima, ni las onzas de Cárlos III, que debian formar el soberbio *gato* de la viuda, que, segun la voz pública, debia tenerlas á espuertas, como estrellas el cielo. Mas, despues de todo, él iba trampeando con sus cuatro terrones, y tira de aquí, y tira de allí, su duro era el que más sonaba en el casino, su camisa la más limpia, la cadena de su reloj la más pesada, y los embozos de su capa los de más vivos colores. Se daba vida de príncipe en lo que cabia, y se hallaba resuelto á vivir más que Matusalen, en razon á que ¿quién diablos se muere, teniendo á la vista la risueña perspectiva de una buena herencia?

Es verdad que la prima podia hacerle la jugadita de casarse con otro, pero ese otro era preciso que naciese, porque de los presentes no habia uno que pudiera levantar el dedo. Tambien podia la viuda hacer de su capa un

sayo, legando sus bienes á ojo de buen cubero, dejándolo al fin y al cabo á la luna de Valencia.... Era posible, mas no probable, porque su misma prima le decia algunas veces:

—Mira, Raimundo, todo esto que me cuesta tantas envidias y tantas murmuraciones será al fin tuyo. Eres un Guillen, y te pertenece á mi muerte, serás dueño de todo, lo único que me reservo en el testamento es mi mano.

Con esta seguridad el primo podia dormir á pierna suelta. La herencia podria prolongarse algunos años, no muchos porque nadie es eterno en este mundo, y las mujeres son así, se mueren de cualquier cosa. Una viuda sin hijos, rica y que no quiere casarse no le queda yá que hacer más que morirse.

Así estaban las cosas, cuando la diligencia que iba y venía á la ciudad inmediata corriendo á hora por legua, se descolgó una noche con un pasajero cuyo equipaje estaba reducido á una pequeña maleta y una gran cartera, que el mismo viajero llevaba á la mano. Apénas se detuvo el coche, el viajero se apeó de un salto, cargado con su maleta y su cartera, y encontró en el mismo parador de la diligencia el hospedaje que buscaba.

Al través del cuello de pieles que cubria su rostro se distinguian unas megillas pálidas y unos ojos pardos animados por miradas inteligentes. Por debajo de la gorra de viaje asomaban abundantes rizos castaños naturalmente ensortijados. Apesar de la sencillez y abandono de su vestido, la figura del viajero descubria ciertos rasgos elegantes que la ennoblecian. Habia distincion en sus modales, dulzura en su voz y algo de pronunciacion extranjera en sus palabras.

La gran puerta del edificio en que la diligencia acababa de parar tenía sobre el arco rebajado que la cerraba un rótulo enorme, escrito en la pared, con tinta negra que decia: *Parador, Posada* y *Fonda.*

El viajero, por lo visto, pensaba detenerse en el pueblo á lo ménos aquella noche y pidió un cuarto. Y un mozo de semblante estúpido, alumbrándole con un farol grasiento y empolvado, lo condujo á un largo corredor despues de hacerle subir una escalera de anchos peldaños que casi ocupaba la mitad de la casa. El corredor estaba decorado por una sucesion de puertas numeradas y en una de ellas, en el número 3, se detuvieron. Bastó empujar con el pié para que la puerta se abriese, y el viajero se encontró en un

cuarto de paredes desconchadas, con cuatro sillas primitivas, una mesa de pino y una cama compuesta de dos banquillos, cuatro tablas, un colchon y una manta.

No era excesivo el *confort* que ofrecia el cuarto número 3 de la fonda, pero el viajero no pareció que reparaba en ello. Tal vez no estaba acostumbrado á más lujo, ó era bastante filósofo para mirar con indiferencia esos pormenores de la vida. Ello es que entró como hubiera podido entrar en su casa, arrojó la pequeña maleta en un rincon del cuarto, y colocó cuidadosamente la cartera sobre la mesa.

El mozo le dejó una vela encendida, mal calzada en un candelero de cristal más verde que dorado, vela que positivamente no habia sido nunca de cera y era muy dudoso que fuese de esperma. Por lo demás no merecia, propiamente hablando, el nombre de vela, porque restada toda la parte consumida, no pasaba de ser un cabo.

Salió el mozo del cuarto, guiñándose los ojos todo lo más estúpidamente que le fué posible, y al lanzarse escalera abajo iba diciendo:

—Hum, hum.... es *franchute*.

IV

M. GERMAN

Al principio la atencion de las gentes del pueblo no se fijó demasiado en la persona del viajero, porque áun cuando se distinguia bastante por su aire y por sus modales para no ser notado, no era aquel un rincon tan apartado del mundo, que alguna vez no pasáran por allí personajes nunca vistos. Así es que lo vieron sin admiracion, lo cual no quita que lo miráran con esa curiosidad impertinente vulgar que revela poco mundo y una educacion bastante descuidada.

La curiosidad que su presencia pudiera despertar en las mujeres tenía su escusa. Se trataba de un hombre jóven, desconocido, de

semblante apacible aunque algo triste, de mejillas pálidas, de cabello ensortijado, y de barba fina, larga y casi rubia. Ciertamente no descubria en sus vestidos, ni esmero, ni estudio ni opulencia, y, sin embargo, mejorado un poco su aspecto suntuario, y algo más erguida la cabeza, habria pasado por un príncipe que viajaba de incógnito.

Á los pocos dias de su permanencia en el pueblo, la curiosidad pasó de los ojos á las lenguas, no sólo atraia las miradas, sino que tambien era objeto de las conversaciones; porque, ya se vé, á nadie trataba, ni á nadie conocia. Se le veia salir de la posada con su gran cartera debajo del brazo, cruzar las calles de la poblacion y alejarse unas veces en una direccion, otras en direccion opuesta á grandes distancias, recorriendo los alrededores del pueblo. Trepaba como cabra por los riscos que subian al castillo ó descendia á la rivera, perdiéndose entre los árboles de las huertas.

Se le encontraba algunas veces mudo é inmóvil como una estátua, contemplando absorto el paisaje que se desenvolvia delante de sus ojos, ó sentado en una piedra, con la cartera abierta sobre sus rodillas, y un lápiz en la mano trazando líneas misteriosas y con-

tornos fantásticos. De noche, sobre todo las noches de luna, se le veia tambien vagar como una sombra por las soledades del despoblado.

¡Qué hombre tan raro!... Sólo una vez habia puesto los piés en el casino, y para eso no hizo más que entrar y salir. Saludaba cortésmente sin entrar nunca en el calor de las conversaciones, y se mantenia á cierta distancia sin intimar con nadie. Vamos, este hombre extraño era un arca cerrada, que hacía devanar los sesos á todos los curiosos.

¿De dónde venía?...

¿Qué aires lo habian traido?

¿Qué hacía allí tanto tiempo?

¿Qué buscaba en el pueblo?

¿Estaria loco?

¿Sería algun criminal fugitivo?

Todas estas preguntas se cruzaban como los hilos de una maraña sin poder tejer respuesta ninguna. La curiosidad de la gente desocupada daba martillazos, muchos martillazos, siempre en la herradura y nunca en el clavo, y entretanto la imaginacion se iba por los cerros de Úbeda, la maledicencia se despachaba á su gusto, y todos, quieras que no quieras, echaban su cuarto á espadas.

Empezaba á sentirse cierta excitacion con-

tra el forastero, y el *rum, rum,* rodando de boca en boca, crecia como una bola de nieve. Se veia algo de fatídico en su figura, y la reserva de su conducta aparecia sospechosa á los ojos de aquellos que, como los elefantes, segun Plinio, sentian crecer la yerba. Aquel sér, tan encerrado dentro de sí mismo, era yá la pesadilla del pueblo, y la cosa podia llegar á mayores, y llegó hasta las regiones oficiales. El alcalde hizo el caso cuestion de órden público y resolvió, en vista de la gravedad de las circunstancias, intimar al forastero misterioso la órden de abandonar el pueblo.

¿Ustedes saben lo que es un alcalde? Pues bien, un alcalde constitucional es un pobre diablo ó un bribon, y en cualquiera de los dos casos un hombre capaz de todo. Y téngase en cuenta que no se trataba aquí de un alcalde de monterilla, sino de un alcalde de hongo, y de hongo de moda. Á su autoridad no se le cocia el pan y se le hacía la masa vinagre, pensando en el golpe de energía que iba á descargar sobre el forastero desconocido.

Mas aquel motin pacífico, y hasta oficial, no contó con la huéspeda, y la huéspeda era Rosalía Guillen y Guillen, viuda de Guillen, que por una extravagancia de carácter, tendió

el manto de su proteccion sobre la persona del viajero amenazado; y como no se mordia la lengua llamó sencillamente imbécil al alcalde en sus propias barbas.

Entónces se supo que el personaje fatídico de conducta sospechosa era francés, pintor de paisajes que viajaba por España tomando apuntes de las vistas más notables. Esto lo decia la rica propietaria sin que nadie la contradijera, y en verdad, ¿con qué datos habian de contradecirla?

El primo, no obstante, se rascaba la frente preguntando:

—¿Por dónde sabe mi prima todo eso?

—¡Por dónde!—le contestaban—por él mismo. Ya se vé, como que son amigos.

—¡Amigos!—exclamaba.—¿Desde cuando?

—¡Toma!—le replicaban.—Desde ahora. —Hace muy pocos dias que el pintor fué á sacar una vista de la torre de los Guillenes en ocasion en que estaba allí Rosalía y no ha sido menester más; yá son uña y carne.

Guillen volvió á rascarse la frente torciendo la boca con aire pensativo, y uno de sus compañeros de casino, de juego y de holganza, rival suyo, por más señas, encontró ocasion de vengarse de los desaires de Rosalía y le puso el paño al púlpito, diciendo:

—Este hombre está en babia; y no sabía que el pintor y la prima se han encontrado manos á boca en la Torre de los Guillenes. Ella iría á pasar la tarde, porque en el pueblo se aburre, y él á tomar una vista. ¡Pintor dijiste! pues dicho y hecho. Á la viuda la educaron en un colegio, sin duda porque iba para princesa, y aunque se torció el carro, sabe tambien hacer garabatos en el papel, y pinta montes y árboles y casas de campo, y aquí te quiero escopeta.... Apuesto doble contra sencillo á que hay moros en la costa y una vez la pelota en el tejado no hay más que llegar y besarla durmiendo. ¿Qué dicen ustedes? ¿que el pintor se irá mañana y si te ví no me acuerdo?... Nones: que el mozo no parece rana, ni derrocha ningunas grandezas, y si pesca á la viuda oros son triunfos.

El primo Guillen, que así se le llamaba en el pueblo, oia las reflexiones de su amigo con una cara de todos los demonios, pues aunque quería reirse no lo conseguia, y su boca era un puro visaje. De repente le ocurrió una idea y entónces se sonrió, diciendo:

—Mi prima puede hacer de su capa un sayo, y haga lo que quiera no ha de quitarme el sueño. Se casó con un viejo, porque era Guillen. ¿Se casará con un pintor, porque es

jóven? No me importa. Pero vamos á cuentas: ¿quién sabe si ese pintor es casado?...

—No tiene cara de marido—le contestaron.

—Es soltero—añadió el alcalde, cogiendo al paso el hilo de la conversacion.—Me consta oficialmente.

En los pueblos donde todo el mundo se conoce, las gentes se tratan, se tutean y, por regla general, se aborrecen, los casamientos se tejen en el telar de las conversaciones ociosas y de las murmuraciones de vecindad, mucho ántes que los presuntos novios piensen en ir á la Iglesia. Por ese aturdimiento tan comun en la inconstancia de las opiniones públicas, la del pueblo en que nos encontramos pasó de la noche á la mañana por la más violenta trasformacion. Se acostó, digámoslo así, decidida á echar léjos del pueblo al pintor de paisajes, y amaneció dispuesta á casarlo ¡friolera! con la viuda de Guillen. Con la misma frescura que lo habia llevado ántes á la roca Tarpeya, lo conducia ahora al Capitólio.

Por consiguiente, el matrimonio entre el pintor y la viuda era pan comido, y los trámites del caso habas contadas. En las estravagancias de la descendiente de los Guillenes cabia, como en un saco vacío, la locura de

aquel casamiento, y en cuanto al pintor, se daria con un canto en el pecho por atrapar el gato de la viuda. Miéntras no llegaba el momento de la bendicion habria entre ellos sapos y culebras; pero los dos eran libres y el caso trascendia á boda á cien leguas.

Voz del pueblo, voz del cielo. ¡Ah, cuántas veces no son verdad tan respetables palabras!

¿Qué habia en este asunto, que era yá el objeto de todas las conversaciones?... Habia algo: el pintor y la viuda se habian encontrado y se habian reconocido, poco más ó ménos, como dos medias naranjas. Encajaban bien los caractéres, las inclinaciones y los gustos.... Se encontraban bien el uno cerca del otro.... Sus conversaciones íntimas eran siempre las mismas.... el Arte. M. German le descubria un mundo desconocido, de tonos, de luz, de sombras, de perspectivas, de bosques misteriosos, de riberas silenciosas, de cielos y de nubes, de soledades encantadas llenas de ideas, de vida y de sentimientos. La viuda lo oia con la boca abierta, y los dos, vueltos de espaldas al mundo de las realidades, se perdian en el mundo de las creaciones. No eran dos amantes que mútuamente se contemplan, eran dos artistas entretenidos en contemplar los

cuadros del gran museo de la naturaleza. En realidad no habia más que esto.

Así pasaron muchos dias, hasta que llegó uno en que el pintor iba á continuar su viaje.

—¡Cómo es eso!—exclamó Rosalía.—Bah, señor German, eso es una locura.

—Me he detenido aquí—le replicó el paisajista—mucho tiempo, y he recogido yá bastantes apuntes.

—¡Mucho tiempo!—repitió la viuda—dos meses: ¿y qué son dos meses?... Además, estamos á mediados de Marzo y esto hay que verlo en Abril. Esos apuntes están tomados á oscuras y hay que rectificarlos á la luz de la Primavera. No hablemos más de viaje.

M. German se inclinó en señal de obediencia y no se habló más del asunto.

Á todo esto, el primo Guillen parecia resuelto á tomar las cosas como vinieran.... Visitaba á su prima con más frecuencia que ántes, y aunque la procesion fuese por dentro, no queria, sin duda, disgustarla, y se habia hecho amigo de M. German.

V

CRIMEN

Llegó Abril y amaneció un dia alegre y risueño coronado de pámpanos y de flores. La primera luz de la mañana comenzó á desatar sobre el paisaje el lujo inagotable de sus ricos colores. Á su paso las nubes del horizonte se convertian en anchos cortinajes de púrpura recamados de oro, relampagueaba en el agua, hacía platear á lo léjos el verde ceniciento de los olivares y el verde aterciopelado de los viñedos, esmaltaba los montes, se cernia como polvo luminoso sobre la llanura, resplandecia en el aire y azulaba los cielos. Semejante á un pincel prodigioso, manejado por mano invisible, el paisaje iba

saliendo de la oscuridad, haciendo huir las sombras delante de sus vigorosos rasgos. ¡Qué correccion de líneas! ¡qué pureza de contornos! ¡qué profundidad de perspectiva! ¡qué viveza en el colorido! ¡qué novedad en los detalles! ¡qué naturalidad y qué gracia en el conjunto! Todas las aspiraciones del Arte se hallaban realizadas, y cuatro pinceladas de luz, lanzadas con supremo desenfado, bastaban á dar vida al magnífico lienzo de la naturaleza.

Pero aquella luz soberanamente artista, que reflejándose en la bóveda azul del cielo iluminaba las lobregueces de la tierra, no se daba por contenta con su propia admiracion, y penetrando por las rendrijas de las puertas, por las aberturas de las chimeneas, por los agujeros de las cerraduras y por los vidrios rotos de las ventanas, llegaba hasta los ojos dormidos de los vecinos, como si quisiera despertarlos para decirles:

«Eh.... ¡Vaya un dia!...»

Solamente delante de la boca cavernosa de la sima, hacía alto horrorizada; luchaba un momento con la ciega oscuridad que subia del abismo, y huia espantada, dejando entre los dientes de la caverna girones despedazados de su manto luminoso.

La poblacion comenzaba á moverse, y ya en esta puerta, ya en aquella ventana, iban apareciendo semblantes medio dormidos, bocas que se abrian bostezando, ojos que se entornaban insistiendo en no acabar de despertarse. Las chimeneas, empinadas sobre las pendientes de los tejados, aquí una, más allá otra, empezaban á lanzar al aire bocanadas de humo, que huian como pájaros que se escapan de la jaula: la vida de la familia se sentia yá dentro de las casas.

De pronto, este movimiento lento y perezoso de una poblacion que despierta se aumentó extraordinariamente, las puertas se abrian con precipitacion, y por las ventanas asomaban cabezas espeluznadas llenas de curiosidad y de espanto. Los vecinos se preguntaban unos á otros, y unos á medio vestir, y los más sin acordarse ni de la capa, ni de la manta ni del sombrero, corrian todos en una misma direccion, como atraidos por una misma causa ó impulsados por una misma mano.

La guardia municipal tambien se habia puesto en movimiento, y se hallaban tomadas las salidas del pueblo; no se permitia salir á nadie, y el que entraba quedaba prisionero.

¿Qué ocurria?...

Verdaderamente una cosa terrible.

La gente corria en direccion de la Casa Azul, llamada así porque era el color dominante en los adornos de la fachada. Los centinelas colocados en los cuatro ángulos del edificio apénas podian contener á la multitud que lo rodeaba. Se hallaba situada la Casa Azul á la salida del pueblo y en medio de un jardin cerrado por una verja de hierro. Toda su fábrica consistia en un solo piso, dividido en dos cuerpos por un pórtico que venian á ser dos casas unidas por un mismo techo. De las ventanas rasgadas, con antepechos de hierro pintados de azul, pendian persianas de cortina tambièn azules. En esta casa vivia, como un pájaro en su nido, la viuda del viejo americano, y en aquella mañana de Abril en que la naturaleza sonreia por todas partes, la hija de los Guillenes habia amanecido asesinada en su propio lecho.

El horror se pintaba en todos los semblantes y la consternacion era unánime, pero en la parte más pobre del pueblo, en esa tierra humana ménos ingrata y acaso más noble de lo que se cree, donde Rosalía habia sembrado muchos beneficios, el furor era inmenso. Las mujeres lloraban desesperadas, los niños gemian asustados, y los hombres, rugiendo como

los volcanes que empiezan á hervir, levantaban los ojos al cielo pidiendo justicia, y tendian los brazos buscando al asesino.

¿Cómo se habia consumado tan horrendo crímen?... Si hubiéramos de atenernos á las diferentes versiones que corrian de boca en boca, acabaríamos por perdernos en un laberinto sin salida. Para saber los detalles más principales, tenemos que atenernos á las primeras instrucciones del sumario. El Juez, noticioso del suceso, acudió apresuradamente, tal vez pensando que no sería verdad lo que le decian. Entró en la casa y penetró en el dormitorio de Rosalía.... La ventana estaba abierta, y el cadáver de la infeliz viuda bañado en su propia sangre daba horrible testimonio del delito. No tenía más que una herida estrecha abierta sobre el corazon.... Para asestar esta profunda puñalada el asesino tuvo que levantar la ropa de la cama que debia cubrir el pecho de la víctima. Segun el reconocimiento facultativo, la herida era mortal de necesidad y debió causarle una muerte casi instantánea. No habia señal ninguna de resistencia, ni defensa, por parte de la víctima. Era casi evidente que habia sido sorprendida durmiendo y que habia pasado en un instante del sueño á la muerte. Á través de los párpa-

dos entreabiertos se veian sus pupilas fijas y aterradas, y su boca lijeramente contraida parecia que iba á pronunciar una palabra.

En los muebles no se advertia ningun desórden. Solamente un cantarano de nogal se veia abierto con su propia llave, y dos cajones, que sin duda contenian algo, se hallaban vacíos. Al pié de este mueble brillaba una moneda de oro y al pié de la ventana otra. Estos pormenores acusaban un doble crímen: asesinato y robo.

La primera declaracion fué la de la criada que más inmediatamente servia á la viuda, una pobre muchacha nacida en la casa y que era público y notorio que queria á su ama más que á su madre; y, en efecto, se hallaba más muerta que viva y habia que sujetarla, porque se retorcia en contínuas convulsiones.

Su declaracion fué esta:

Que la noche anterior su ama se habia recogido temprano, porque no habia tenido ninguna visita; que ella se acostó despues en su cuarto, inmediato al de su señora. Que le costó mucho trabajo dormirse porque tenía un peso muy grande en el corazon, pero que al fin consiguió coger el sueño; que se despertó muy temprano y entró en el tocador de su señora, y viendo que salia luz por debajo

de la puerta que daba al dormitorio de su ama, creyó que se habria levantado, y fué á entrar, encontrando que la puerta no se abria por tener el pasador echado por dentro; que entónces dió la vuelta para entrar por la sala grande, y entró, encontrando á su ama asesinada, y que cayó sin sentido al pié de la cama.

Las declaraciones de los demás criados de la casa se reducian á confirmar en parte la declaracion anterior, añadiendo que oyeron un grito y acudieron encontrándose al ama muerta y á Gertrudis tendida en el suelo.

Cada una de estas declaraciones estaba hecha con el terror en el semblante y las lágrimas en los ojos. El Juez, sin embargo, dispuso que fuesen presos todos los sirvientes de la casa é incomunicados.

Examinados despues minuciosamente todos los pormenores del teatro del crímen se concibió la idea de que el culpable habia entrado por la ventana y por la misma ventana habia salido. En las paredes se veian señales de su paso. Nada más fácil que asaltar la verja del jardin que rodeaba la casa y trepar por la ventana. Faltaba saber si la víctima tenía costumbre de dejar abiertas las ventanas, pero Gertrudis juraba que la ventana del

dormitorio estaba cerrada cuando se acostó su ama.

Se hizo un registro general en toda la casa, se examinaron los cuartos de los criados, sus ropas, sus camas, se hicieron averiguaciones de la vida y de la conducta de cada uno de ellos y nada se sacó en limpio; el rastro del culpable se perdia entre las manos de la justicia y las primeras indagaciones del proceso no daban luz ninguna.

Al Juez le ocurrió una idea repentina, y haciéndose seguir del escribano se dirigió á la casa del primo Guillen. Tal vez le llamaba la atencion que el único pariente de la víctima no se hubiese presentado en el lugar de la catástrofe. La puerta de la casa estaba abierta, y el Juez penetró en el cuarto del primo Guillen encontrándolo en la cama, luchando con unos cuantos amigos que no lo dejaban vestirse. El Juez examinó de una ojeada todos los pormenores de la estancia, y haciendo salir á los amigos, se quedó solo con Guillen y con el escribano, y mirando fijamente al primero, le dijo:

—El crímen que se ha cometido es horrible.

—Horrible — repitió Guillen. — Lo sé todo.

—¡Todo!—exclamó el Juez.—Magnífico. Veamos.

Guillen estaba pálido y tenía el semblante desencajado. Movió tristemente la cabeza y contestó diciendo:

—Anoche me retiré temprano del casino.

—¿Á qué hora?—preguntó el Juez.

—Á las nueve—le contestó.—Me sentia mal, y llamé al médico. Dispuso unos pedilubios, un sudorífico, y me encargó mucho recogimiento, porque tenía calentura, y esta mañana he sabido la terrible noticia.... He querido salir y no me han dejado vestirme.... ¡Mi prima asesinada y robada!... Todavía no quiero creerlo.

El Juez elevó el lábio superior en actitud reflexiva, miéntras que sus ojos recorrian la habitacion como si hubiese entablado un interrogatorio mudo con los muebles. Despues salió de la estancia y examinó una á una á las personas de la casa, que consistian en un mozo de mulas, una mujer del campo, que guisaba, barria y fregaba, y en una anciana que habia sido nodriza de la madre del primo Guillen. Estas tres declaraciones, las del médico y los amigos, confirmaron la del enfermo, y el Juez abandonó la casa cabizbajo.... muy cabizbajo.... No veia más que sombras,

En medio de la calle lo sorprendió el Alcalde que venía en su busca todo azorado, y poniéndole la mano en el hombro con ademán triunfante, le dijo:

—Yá cayó el pájaro. He tenido una inspiracion, y dicho y hecho.

Abrió el Juez los ojos desmesuradamente, y el Alcalde añadió:

—No sólo está descubierto, sino convicto y confeso.

—¿Ha declarado?...—preguntó el Juez.

—Es lo mismo—contestó el Alcalde....

—¿Dónde está el reo?... Vamos, hay que tomarlé la confesion con cargos.

—El reo—replicó la autoridad municipal—se lo ha tragado sin duda la tierra, porque no parece por ninguna parte. Ayer á media tarde salió de la fonda, dejándose su maletin y su cartera, y esta es la bendita hora en que no ha vuelto. ¿Qué quiere decir cristiano?...

—¿Pero de quién se trata?—interrogó el Juez.

—¡De quién!... La cosa está clara.... Del extranjero.... de ese criminal escapado de algun presidio de Francia. Ah—exclamó mesándose las barbas,—bien sabía yo que era un malvado.... Aquella cara.... aquel aire.... Llevaba el crímen escrito en la frente. Y

esto es horrible.... la misma víctima fué la que detuvo el brazo de mi autoridad....

—¡El pintor!—exclamó el Juez asombrado.

--¡Pintor!--repitió el Alcalde.--Qué pintor ni qué niño muerto. Ese era el disfraz en que se ocultaba el foragido. Conquistó la confianza de la viuda, averiguó dónde tenía el dinero, se enteró de las entradas y salidas, meditó su crimen, dió el golpe y ha desaparecido. Ahí está su maleta con cuatro camisas y su cartera con cuatro pintarrajos. Este es el hecho que salta á la vista.

Tan tremenda especie se divulgó con velocidad increible, y la sensacion fué profunda. Las gentes se miraban con ojos atónitos y todo lo veian claro como la luz del dia.

M. German era el ladron y el asesino.



VI

PROCESO

En efecto, la autoridad municipal habia puesto una pica en Flandes, porque, no cabia duda, al pintor de paisajes no se le encontraba ni vivo ni muerto. Su desaparicion coincidia terriblemente con la ejecucion del crímen. Una vez iluminado el proceso con este rayo de luz, partieron exhortos en todas direcciones, y miéntras se esperaba la noticia de la captura del criminal, precisamente en el momento en que se disponia á pasar la frontera, en el pueblo se hacian registros domiciliarios, y por medio de somatenes improvisados por el Alcalde, se daban en toda la jurisdiccion municipal verdaderas batidas.

Crecieron los fólios del sumario, se aumentó el número de los testigos y la popularidad del Alcalde fué viento en popa. Todo el mundo decia: ¡Qué golpe de vista!... Asegurada su eleccion en los próximos comicios, estaba seguro de eternizarse en el poder. Es verdad que á su sombra vivian y medraban muchas gentes de mal vivir, y que con el baston sobre el tapete solia pasarse noches enteras en el garito, tirando de la oreja á Jorje; mas, entretanto, no se le podia negar el mérito de haber sido el primero en poner el dedo en la llaga en el pavoroso asunto del asesinato.

¿Y qué?... Nada. El tiempo corria sin detenerse por tan pequeña cosa; la infeliz viuda estaba yá pudriendo tierra, y aunque muchas almas piadosas rezaban por su eterno descanso, y muchos ojos agradecidos la lloraban todos los dias bendiciendo su memoria, el mundo, lo que llamamos mundo, que está en todas partes, lo mismo en las ciudades populosas que en los villorrios, iba poco á poco olvidando su nombre. El recuerdo de la viuda llena de salud y de vida se disipaba, y el horroroso cuadro de la viuda alevosamente asesinada se desvanecia.....

Además, el interés dramático estaba ago-

tado, porque evidentemente Mr. German habia conseguido burlar todas las pesquisas, y á aquellas horas estaria yá en Pekin comiéndose muy tranquilo las onzas de oro robadas á la casa de los Guillenes. ¡Qué mundo!... exclamaba el mundo hablando de sí mismo.

El proceso llegó á su término cumpliéndose las últimas formalidades judiciales. El reo que resultaba de la instruccion del sumario era Mr. German, de orígen francés, de vida ambulante y aparentemente pintor de profesion. Cumpliendo el plazo de los últimos edictos, llamándolo á juicio, se abrió la vista de la causa. En un largo informe demostró el fiscal que no podia ser otro el culpable de tan horrendo delito. Trazó el cuadro del crímen, primero, en la imaginacion del reo, despues en los medios de ejecucion y, por último, en la ejecucion misma. ¡Qué exactitud! Parecia que el fiscal lo habia seguido pensamiento por pensamiento y paso á paso. Habló del gran poder de la justicia humana, que penetra en los más tenebrosos secretos y pidió para el culpable la última pena. El Juez firmó la sentencia, fueron los autos á la Audiencia y allí quedó confirmada la pena. Mr. German fué, por consiguiente, condenado á muerte en rebeldía.

Todo estaba hecho; sólo faltaba que el reo se presentara voluntariamente para ser condenado al suplicio, y hé ahí una cosa que nadie esperaba.

En cuanto al primo Guillen, tuvo que guardar cama muchos dias, y segun el médico aseguraba, lo habia sacado de las garras de la muerte. Nada más natural. Era ciertamente el único heredero de los cuantiosos bienes de la viuda, pero así y todo, el golpe habia sido terrible, y no podia oir el nombre de German sin estremecerse, ni el nombre de su prima sin temblar de piés á cabeza.

Débil aún por los estragos de la enfermedad, vestido de rigoroso luto, atravesaba las calles del pueblo como una sombra. Pero sea como quiera, el que vive hace vida y, al fin, iba viviendo.

La viuda del viejo americano habia muerto sin testar.... ¡Infeliz! No pensaba morir tan pronto; pero ¡ay! nadie tiene la vida en el bolsillo. El juzgado intervino en esta testamentaría *ab intestato*, y los bienes de la viuda fueron judicialmente adjudicados al primo Guillen, como único y legítimo heredero. Aquellos bienes chorreaban sangre y Raimundo Guillen no tenía manos para cogerlos....

El cantarano abierto por la codicia del

asesino contenia gruesas cantidades en alhajas y en dinero que permanecian allí, porque el ladron no tuvo tiempo, por lo visto, más que para vaciar dos cajones. De modo que por las puertas de la casa del primo Guillon entró un rio de oro. Sin embargo, este gran consuelo no disipó la sombra de tristeza contínuamente suspendida sobre la frente del heredero, y empezaba á ser impertinente tanto luto de alma y de cuerpo.

El corazon humano es por regla general tierno, y empezaba á interesar tanta tristeza unida á tanta fortuna. Bien mirado, es una locura afligirse por las cosas que no tienen remedio, y una tontería afligirse por las que lo tienen, puesto que lo tienen. Luégo.... Yá se ve.... Vosotros los que me oís os moriréis tambien, perdonadme esta franqueza, porque al fin todo el mundo se muere; y os llorarán. ¡Vaya si os llorarán!... ¡pero pedidle á Dios que no les caiga el premio gordo de la lotería á los que os lloren en el momento en que os estén llorando.

La fortuna tiene tambien sus compromisos. El primo Guillen, reducido á la cuarta pregunta, hubiera podido llorar á su prima hasta la pared de enfrente; pero el primo Guillen, rico, tiene que mirar las cosas de otra

manera. Si sigue así acabará por morirse, ¿y qué va á ser entónces de toda esa riqueza que la suerte ha puesto en sus manos?.... El apellido que lleva le impone un deber.... el deber de casarse.

Así se explicaban algunas madres de familia, á lo cual asentian muchas jóvenes juiciosas que no pensaban encerrar su juventud en un convento.

Realmente era un gran partido, y todo corazon de mujer medianamente sensible debia conmoverse viéndolo, porque, en verdad, parecia haberle caido el mundo encima, ¿y cuándo?... precisamente cuando podia ser el hombre más dichoso de la tierra. Convengamos en que esto debia partir el alma de todas las muchachas casaderas del pueblo. Siempre se distinguió la fisonomía del primo Guillen por la dureza del entrecejo, pero desde el terrible drama de la Casa Azul la línea que marcaba su frente se habia hecho más contínua y más profunda.

No era, sin embargo, el leon tan fiero como lo pintaban, porque no se mostraba del todo indiferente á las sonrisas que por todas partes le salian al paso; se dejaba querer, sembrando esperanzas en muchos corazones.

Por lo demás, no hacía alarde ninguno de

su nueva opulencia: la misma casa, la misma mesa, los mismos criados.... todo en su vida era lo mismo que ántes, sólo él era otro. Nadie diria que acababa de heredar los cuantiosos bienes de su prima. Eso sí, dentro de su casa, sin duda, por distraerse, repasaba los títulos de pertenencia, examinaba los contratos de arrendamientos, y hasta, encerrado en su cuarto, solia contar una á una, formando pesados paquetes, las onzas de oro de Cárlos III que del cantarano de la viuda habian pasado á su gaveta.

Tambien, por pura distraccion, y como quien no quiere la cosa, mejoraba las condiciones de los contratos subiendo el valor de los arrendamientos y el precio de los alquileres, pues la viuda en este punto habia tenido la manga muy ancha, porque decia que tambien era preciso que los pobres vivieran, y todo iba manga por hombro. Por medio de estas distracciones hizo subir los productos de la herencia, en cuatro plumadas, más de la tercera parte de sus anteriores rendimientos, encontrándose con un capital de cinco millones de reales, limpio de polvo y paja, que le daba la respetable renta de quince mil duros á toca teja.

Una mañana se despertó dominado por



una idea repentina. Se le habia ocurrido la diablura de hacer un viaje. Ante la noticia de semejante propósito las sonrisas más encantadoras se helaron en las bocas más bellas.

—¡Un viaje!...—exclamaban.—¡Qué locura!...

—¡Locura!...—replicaba él.—¡Por qué!... Los viajes instruyen y yo necesito dar una vuelta por el mundo. El fin trágico de mi pobre prima me persigue aquí por todas partes.

Pobre la llamaba el mismo que acababa de heredarla. ¡Qué cosas tiene la lengua!...

—¡Una vuelta por el mundo!...—decian las madres y las hijas.—Sí, bueno está el mundo para darle vueltas. Dejar su casa, sus amigos.... su pueblo.... Vamos, eso no tiene piés ni cabeza.... ¿Y qué se le pierde en el mundo?... Aquí se vive.... hay paz.... todos nos conocemos y, mal que bien, si no se siega se espiga.

Todas estas razones habrian convencido á cualquiera; pero al primo Guillen se le habia puesto el viaje entre ceja y ceja y no lo apeaban de su idea ni á tres tirones.

Prometia volver pronto, muy pronto.... ¿Qué tenía él que hacer en el mundo?... No queria mas que darle un *vistazo*.

No era cosa de atarlo como un loco, y fué preciso resignarse al contratiempo de su ausencia. Despues de todo no sería muy larga. Habia prometido volver y volveria.... Bah.... no se olvida tan fácilmente el pueblo en que se ha nacido.... Volveria.... Vaya si volveria... Esto era una esperanza.

¿Cuántos castillos en el aire se desvanecieron ante la perspectiva de la ausencia?... Quién sabe.... ¡Se habian hecho tantos!...

El primo Guillen se iba, decididamente se iba.... Sus maletas estaban ya en la casa de la diligencia.... Suceso extraordinario: medio pueblo salió á despedirlo. Hubo sonrisas y lágrimas, abrazos y apretones de manos y, por último, el mayoral subió al pescante, sonó el chasquido de la *traya* y el coche partió al gran trote.

Al perderse en la primera revuelta de la carretera se agitaron muchos pañuelos. Algunas bocas frescas y sonrosadas exclamaron con verdadera lástima:

—¡Solo! ¡Solo por esos caminos!...

Entretanto el proceso archivado en la escribanía del actuario esperaba con la boca abierta que el reo condenado á la última pena viniera *motu propio* á clavarse en sus dientes.

VII

UN BRINDIS

Los reyes se van.... cierto.... así lo anuncian todas las señales. Y bien, no hay que aflijirse, porque del mal en ménos, nos dejan sus comitivas. Quiero decir, que los cortesanos no abandonan las córtes. ¿Habeis visto alguna vez ponerse el sol? Es probable, si no sois ciegos; pues bien, habréis visto sus reflejos en las nubes y en el aire mucho tiempo despues de haber desaparecido debajo del horizonte.

La córte viene á ser un crepúsculo, el doble crepúsculo del astro que se pone y del astro que nace. Consolémonos, porque sean las que quieran las vicisitudes que se oculten

en lo porvenir, Madrid será siempre la córte, esto es, el centro de la vida, del poder, del lujo y de la alegría.... Es el salto de Leúcades si se atiende á que allí todo se olvida. El placer se multiplica en mil formas diversas y nos lleva y nos trae, nos sube y nos baja á qué quieres boca. Aquello es coser y cantar, y arre que es tarde, falta textualmente tiempo para ser dichoso. Habrá sus miserias, sus dolores.... Phs.... es posible, porque no ha de ser todo picos de royo; pero no se ven, y á los ciegos la luz les importa lo que la carabina de Ambrosio. Vamos, Madrid es otro mundo.

Á Madrid fué á parar el primo Guillen con sus cinco millones de capital y sus quince mil duros de renta, y preciso es decirlo, cayó de pié, y ¡qué demonio! no era tan ingrato que no se encontrara allí como el pez en el agua. Ya se vé, empezó á escupir por el colmillo y todo el mundo lo recibia con los brazos abiertos. Él mismo no comprendia cómo habia podido vivir treinta y cinco años fuera de Madrid. Se hallaba instalado en una casa lujosamente amueblada, tenía su lacayo con librea siempre en el recibimiento, y el coche esperando en la puerta. Su cocinero era una alhaja, porque el triste heredero de la infor-

tunada viuda daba almuerzos y comidas á sus numerosos amigos.

¡Triste!... Bah. No tanto: aquellos ojos miraban yá de otra manera, aquella boca se sonreia á dos ménos tres, y la línea tenaz que marcaba su frente empezaba á borrarse como una tempestad que se disipa. Poco á poco se le habia ido cayendo el pelo de la dehesa, y si su propia madre hubiera levantado la cabeza del sepulcro no lo habria conocido.

Pronto se familiarizó con todas las encantadoras disipaciones que el siglo ofrece, y su gusto se refinó, sobre todo, su paladar se hizo esquisito.... Los buenos vinos formaban el lujo principal de su mesa: hacía beber á sus amigos, mas él se contenia siempre dentro de una templanza casi virtuosa.

Empezaba á ser visible en la alta sociedad, su nombre se oía sin extrañeza, pronunciándose á menudo en los salones. Se le llamaba sencillamente Guillen, como si fuese el único Guillen del mundo, y Guillen arriba, Guillen abajo, entró en el número de esas gentes que se encuentran en todas partes, y que los periódicos, al reseñar los pormenores de toda fiesta, designan con el nombre de concurrencia escogida. Y en honor de la verdad, Guillen habia adquirido muy buenos modales;

pronunciaba muchas palabras en francés y estaba siempre al corriente de todas las novedades del dia.

Entre los amigos que más frecuentaban su trato preferia á tres: un Baron risueño, robusto y rubicundo que todo lo veia de color de rosa; un Coronel cetrino y bilioso que todo lo encontraba fusilable, y Guillermo, hombre de mundo, fino y flexible, que lo mismo le daba por lo que iba que por lo que venía.

Los cuatro camaradas se entendian perfectamente, y la mesa de Guillen los reunia dos veces á la semana. Ahora precisamente están de sobre mesa hablando por los codos y revolviendo el mundo, como si el mundo no estuviese yá por sí mismo bastante revuelto. Rodando la conversacion, habia venido á parar á un caso muy corriente en nuestra história contemporánea. Se trataba de un pronunciamiento, militar por supuesto, en el que el coronel no habia tomado parte, y el Baron lo ponia en los cuernos de la luna, llamándole hecho glorioso.

—¡Crímen!...—replicó el Coronel.—¡Ah! yo hubiera fusilado hasta las ratas.

La palabra crímen nubló la frente de Guillen, haciendo aparecer la línea fatal de su entrecejo.

—Crímen ó hecho glorioso—dijo Guillermo—¿que más dá? Puntos de vista.

—El crímen—insistió el Coronel—es siempre crímen. Si las víctimas inmoladas á la ambicion salieran del sepulcro....

—¡Diablo!—exclamó el Baron.—Aunque algo lúgubre eso sería encantador, y es lástima que vivamos privados de la emocion de ese espectáculo. A lo ménos no sería fácil negarle el encanto de la novedad. ¿Qué tal, Guillermo? ¿Qué le parecen á V. las víctimas saliendo del sepulcro?...

—Phs—contestó el hombre de mundo.—No he sido nunca víctima.... y por lo tanto no tengo grande interés en que los muertos abandonen sus sepulturas. Esto no quiere decir que, si convenimos en que sería un bello espectáculo, me oponga á que los sepulcros se abran y empiecen á salir las víctimas.

Contradecir al Coronel era tanto como ponerlo en el disparadero, equivalia á empujarle por la pendiente de los mayores desatinos. Así es que miró militarmente á entrambos interlocutores, como si se dispusiera á tomarlos por asalto, y dijo:

—Ustedes se burlan de mis palabras. La idea de los muertos saliendo de sus sepulcros

pidiendo justicia les hace gracia. Pues bien, ¿qué dirian ustedes si salieran?

Á un mismo tiempo Guillermo y el Baron arquearon las cejas y se encogieron de hombros. El primero añadió:

—Entónces diriamos que los muertos viven.

—Pues viven—dijo el Coronel, dando una gran palmada sobre la mesa.

Yá estaba en el disparadero.

—¡Viven!...—preguntó Guillen con ojos espantados.

—Sin duda—contestó el Baron.—Á lo que se ve, morir no es más que quedar de reemplazo: situacion no muy lisonjera, pero al fin en actitud de volver al servicio activo.

—Es evidente—añadió Guillermo.—Sobre todo si los muertos son electores, en cuyo caso dejan muy frescamente el cementerio y acuden á votar al candidato del gobierno, despues se vuelven paso entre paso á sus respectivas sepulturas, y pueden decir, aunque sean jóvenes, que han echado una cana al aire.

Levantó el Coronel el puño sobre la mesa, pero el rayo se detuvo en el aire, porque allá en los rincones de su entendimiento, no muy claro, asomó la cabeza una idea en él extraordinaria y que al pronto le pareció prodigiosa.

Realmente no le importaba gran cosa que los muertos cerrasen ó nó los ojos para siempre, y jamás se habia metido en esas averiguaciones; pero ante la burla de sus amigos la cosa era clara como la luz del dia.

—Asesinad—dijo—á un hombre y que lo entierren.... ¿Creeréis que ha muerto?...

—Á lo ménos—advirtió Guillermo—habrá que suponerlo.

—Pues haceos cuenta de que lo han enterrado vivo, y que saldrá de su sepultura para seguiros por todas partes.... En los estremecimientos de la agonía lo veréis siempre delante de vuestros ojos, con el puñal clavado en el corazon; irá donde vayais, estará donde mireis. Vosotros sois sus asesinos y sólo para vosotros no ha muerto.

—Bravo!—exclamaron á la vez el Baron y el hombre de mundo.

Guillen se levantó para aplaudir, pero el aplauso no sonó en sus manos.

Eso—dijo el Baron—es cargarnos á la bayoneta. Y es triste cosa que sea indispensable el asesinato para ver á un muerto andar por el mundo, como si sólo los asesinos tuviesen ojos en la cara.

—No nos va mal—advirtió Guillermo—sin esos espectáculos sepulcrales; mas no

debemos ser egoistas y estoy dispuesto por mi parte á ser espectador si el caso se presenta.

—Muy bien—dijo el Baron.—Acabamos de hacer por la vida y estamos hablando de la muerte. Estas dos ideas parecen inseparables, unámoslas con el vínculo de un bríndis.

El Baron se puso en pié levantando su copa á la altura del rostro. Guillermo y el Coronel hicieron lo mismo, pero el primo Guillen permaneció sentado.

—¿Usted no brinda?—le preguntó el hombre de mundo

—¿Á qué?—dijo—poniéndose de pié y tomando su copa.

—Ahora verémos—le contestó el Coronel. El Baron es el encargado de pronunciar el bríndis.

—Brindo—exclamó éste—en primer lugar por la salud de todos los muertos.—Brindo además porque todo cadáver que tenga alguna queja pendiente en este mundo, venga á pedir justicia y se haga visible á los ojos de todos.

Las copas del Baron, de Guillermo y del Coronel chocaron entre sí, y tuvieron que ir á buscar la de Guillen para chocar tambien con ella. Despues los cuatro amigos bebieron.

En aquel momento la luz del gas que ilu-

minaba el comedor se apagó un instante, reapareciendo de nuevo, despues de un segundo de oscuridad.

—¡Magnífico!—exclamó el Baron.—Nuestro bríndis ha resonado en el otro mundo y la eternidad nos contesta. Naturalmente: hemos brindado con un *anisete de Burdeos* capaz de resucitar á un muerto.

Al pronunciar el Baron su última palabra el timbre del reloj sonó tristemente dando las once. Guillen siguió con oido atento las notas lúgubres y graves del timbre, y con voz apagada, y como si hablara consigo mismo, dijo:

—¡Las once!...

Por el modo de pronunciar esa palabra creyeron sus amigos que era la hora de una cita ó la hora de un recuerdo, y como para el Baron era la hora del Casino, para el Coronel la hora del Café y para Guillermo la hora de los salones, los tres salieron del comedor alegres y animados: la comida habia sido opípara y la conversacion muy divertida.

El primo Guillen se encontró solo, y se restregó los párpados como si tuviese telarañas en los ojos. Encendió una bujía y salió del comedor dirigiéndose á su cuarto. Sus piés se hundian en lo mullido de las alfombras y su paso parecia vacilante. La luz que llevaba

en la mano iba rompiendo la oscuridad de las habitaciones que atravesaba. Sombras confusas flotaban delante de sus ojos como si quisieran cerrarle el paso, mas al acercarse huian se deslizaban por las paredes, yendo á esconderse en los anchos pliegues de los cortinajes, detrás de los cuadros y en el fondo de los espejos. Al llegar á la puerta de su dormitorio se detuvo haciendo ademan de retroceder.... Su cabeza estaba por lo visto llena de visiones. El platillo de la bujía que llevaba en la mano reflejándose sobre la alfombra proyectó un círculo oscuro y profundo, creyó que iba á precipitarse en el fondo de un abismo y se agarró al quicio de la puerta.

Entró en el dormitorio y un relámpago de color de sangre deslumbró sus ojos obligándole á cerrar los párpados.... ¡Qué capricho!... El tapiz de las paredes, la seda de los cortinajes y el rico damasco que cubria la cama eran encarnados, y la luz, al reflejarse en ellos, producia aquella claridad ensangrentada.

Se acostó, mas no pudo dormirse, porque aquel lecho blando, rico y perfumado en no estaba el sueño que buscaba.

VIII

LA MUERTE

¡Qué contrastes tiene la vida! Acabamos de dejar al heredero de la viuda Guillen revolcándose en su fastuoso lecho sin poder conseguir las dulzuras del sueño, despues de una mesa espléndida y de una conversacion; original si se quiere, lúgubre, sepulcral, pero sumamente divertida, y ahora, á las pocas noches del banquete, del bríndis y del insomnio lo encontramos enmedio de la brillantez del mundo, formando parte de la escogida concurrencia de un teatro en el que por un cambio natural de las cosas la verdadera comedia se ejecuta entre los espectadores; porque es inevitable, el principal actor de todo espectáculo teatral es el público.

Si es permitido llamar todavía jóven á un hombre que ha cumplido treinta y cinco años, y pobre al que posee quince mil duros de renta, nos permitirémos exclamar: ¡Pobre jóven, no pudo dormir en toda la noche!... Y si esta consideracion lastimosa nos aflije podemos consolarnos, porque al fin vive bien, tiene amigos, frecuenta la buena sociedad, anda en coche y asiste á los teatros.

Eso sí, el brillo de sus ojos aparece un tanto empañado, sus miradas son algo recelosas.... hay en su boca contracciones que se pueden tomar por sonrisas, la arruga del entrecejo se marca en su frente con bastante insistencia. Bueno ¿y qué?... Cada uno tiene sus disgustos y sus inquietudes, no es cosa de estar siempre alegre como unas castañuelas. ¿Hay algo en el mundo más vulgar, más ramplon que una cara de páscua?... ¡Mucho dinero!... Sí señor.... ¿por qué negarlo? mas los ojos serenos, las miradas tranquilas, las sonrisas ingénuas y las frentes tersas no se alquilan. La felicidad, que es una flor, ella misma lo dice; tiene tambien sus espinas.

Importa poco que sus disgustos ó sus inquietudes los dejara en el rincon escondido de su casa ó los llevara en el rincon oculto de

su pensamiento. El caso es que estaba allí como una buena alhaja en su estuche, como uno de tantos, saboreando el placer de la concurrencia. Nadie le habia de preguntar si era feliz ó desgraciado.... porque el mundo del placer no se mete nunca en esas honduras; su curiosidad no pasa del palco ó de la butaca, del frac y del coche.

Allí estaba, en efecto, hablando con los amigos, sonriendo con ésta ó con aquella, saludando aquí y allá, sondeando, digámoslo así, el concurso con sus gemelos de concha.... Era una noche en que los actores de la escena que está al otro lado del telon hacian esfuerzos heróicos por despertar el entusiasmo del público, pero en esta noche no corria el humor de los aplausos. Algunas palmadas solitarias solian resonar en las galerías, mas se apagaban lo mismo que antorchas que se sumergen en el agua. El público era numeroso pero frio; sólo se animaba en los entreactos, en ese momento en que la concurrencia de los palcos y de las butacas se recrea en sí misma.

Por allí andaban el Baron, Guillermo y el Coronel. El primero en sus glórias hallándolo todo encantador; el segundo, risueño, dispuesto á aplaudir, si se aplaudia, y á silbar

si se silbaba; el tercero, en fin, desesperado, furioso contra la empresa, fusilando sin misericordia.

Guillen, de pié delante de su butaca, aprovechaba el estruendo hojeando con miradas distraidas aquel libro desencuadernado de cabezas humanas. Sus ojos, hasta entónces indiferentes, fueron á fijarse á corta distancia y allí permanecieron absortos y como atraidos por una fuerza irresistible. La arruga de su frente se hizo más profunda y el fruncimiento de su boca más duro. Cualquiera diria que un espectro acababa de aparecer delante de sus ojos. ¿Qué veia? ¡Ah!... la cosa más natural del mundo. Una cabeza de mujer reclinada sobre el respaldo de la butaca. Tenía los párpados caidos, y la sombra de las pestañas, negras como el azabache, hacia más grande el hueco de los ojos; se distinguian sus manos sin guantes cruzadas sobre el pecho. Estaba dormida.... dormida ó muerta, porque la palidez de su rostro era cadavérica, y sus lábios entreabiertos y descoloridos parecia que acababan de exhalar el último aliento de la vida, y el color rojo de la butaca hacia creer que flotaba en un mar de sangre.

Guillen tuvo que hacer un esfuerzo para

no caer, pues sintió una especie de vértigo como si su cabeza diera vueltas sobre su cuello y aquel semblante inmóvil girase alrededor de su cabeza.... El terror que experimentaba le hacía sentir un frio mortal; nó el frio que hiela la piel sino el frio que hiela los huesos, porque el rostro de la mujer muerta ó dormida.... era el rostro de Rosália, en él se hallaban todas sus facciones y habria sido imposible no reconocerla.

En medio de tan numerosa concurrencia el primo Guillen se encontraba solo frente á frente de su prima asesinada. Las cabezas de la multitud que en torno suyo se movian, formaban á su alrededor una danza fúnebre de movimientos, de gestos, de contorsiones, confusion fantástica de cabezas que se agitaban en contínuo oleaje, el murmullo de tantas voces reunidas llegaba á sus oidos como el rumor de un trueno subterráneo, y la luz brillaba y se oscurecia en relámpagos incesantes. El mundo habia perdido de pronto toda su realidad y Guillen no veia más que fantasmas. Solamente aquel rostro conservaba su terrible semejanza.

¿Cuánto tiempo estuvo bajo el poder de estas visiones?... No se sabe, porque hay momentos pavorosos en que el tiempo no

tiene medida.... El peso de una mano que se apoyó en su hombro le hizo salir del abismo en que habia caido. Volvió bruscamente la cabeza y se encontró con la sonrisa del Baron, el cual, acercándose á su oido le dijo:

—¡Bravo!... Se coquetea. ¿Eh?... ¡Soberbio!... Ah.... siento haberle interrumpido.

Guillen asió el brazo del Baron preguntándole:

—Usted conoce á todo el mundo.... ¿Quién es aquella mujer?

—¿Aquella?—le contestó—Bah.... En vida no sé quien sería. Ahora me parece sencillamente una muerta.... ¿Tenemos entre manos un amor póstumo? Bien. La aventura no deja de tener novedad.... Adelante.... adelante, porque la difunta es todavía bastante hermosa.

Dicho esto dió media vuelta y se fué riendo á carcajadas.

Despues del Baron pasó por allí Guillermo y Guillen lo atrajo hácia sí, preguntándole:

—¿Conoce usted á aquella mujer?...

—Nó—contestó—ó más bien, sí: ¿quién es?... Una mujer, y no hay más que averiguar, porque todas son iguales. No profeso particular predileccion á ningun tipo deter-

minado, mas reconozco el mérito de la que tenemos á la vista; es una mora del tiempo de Boadil, tiene el sello de la raza en todas sus facciones; debajo de esos párpados deben ocultarse unos ojos magníficos.... el dibujo de la boca es inequívoco.... No aseguraré que tiene sangre en las venas, porque su palidez es cadavérica; no obstante, si alguna vez la ha tenido, ha debido ser sangre árabe. Parece que está únicamente dormida, y si usted consigue despertarla, podrá decir que la ha hecho salir del sepulcro....

Habló así, sonriendo con afable cortesía, á tiempo que una corriente de espectadores se lo llevó lo mismo que una ola se lleva una pluma. La misma oleada que se llevó á Guillermo empujó al Coronel hácia el sitio en que Guillen se hallaba. Este lo cogió del brazo y oprimiéndolo convulsivamente exclamó:

—¡Coronel!...

—¡Oh amigo mio!—le contestó con la misma dulzura con que hubiese dado la voz de fuego en un dia de batalla.

—Quisiera....—añadió Guillen.

—Comprendido—dijo cortándole la palabra.—Ese entrecejo amenazador, esa palidez colérica, esa boca airada me lo dicen todo. Casualmente me coge usted en un momento

en que aplastaria al mundo de una sola puñada.

Y tirándose violentamente de sus largos y encrespados bigotes, rechinó los dientes, añadiendo:

—Calma.... Vamos con calma. Ante todo acepto el encargo. ¿Á quién he de dirigirme?...

—¡Á quién!—exclamó Guillen sorprendido.

—Eso es—insistió.—Y desde ahora le aseguro, que si yo intervengo en el asunto ha de ser á muerte.

—¡Á muerte!—volvió á exclamar Guillen.

—¿Nó?—preguntó el Coronel.—¿Le aterra á usted la idea de atravesar de una estocada el pecho del adversario?... Vamos á ver, usted no ha matado nunca á nadie?...

—¡Yo!...—dijo Guillen abriendo espantosamente los ojos.

—¿Entónces de qué se trata?... ¿De un encuentro á primera sangre?...

—¡Sangre!...—murmuró Guillen.—¡Siempre sangre!...

Miró el Coronel atentamente á su amigo. ¿Qué significaba aquella exclamacion?... Porque suponiendo su perspicacia que Guillen sólo podria necesitarlo para intervenir en un lance de honor, no comprendia el terror que

se dibujaba en la palidez de su semblante.... «¡Sangre!... ¡Siempre sangre!...» ¿Qué queria decir esto? ¿Era tan cobarde, que temblaba ante la idea de un rasguño? ¿ó era un hombre feroz cansado yá de matar gente?...

Despues de un momento de reflexion se encogió de hombros diciendo:

—No nos entendemos.

Guillen se pasó la mano por la frente como si quisiera arrancar de ella la nube que le oscurecia.

La muerta, si puedo decirlo así, no estaba completamente muerta, ó por lo ménos al dejar el sepulcro debió encontrar á la mano un soplo de la vida mortal que nos anima en nuestro paso por la tierra.

No poseia ciertamente la obicuidad necesaria para ver al través de los párpados, y, aunque con solemne lentitud, abrió los ojos lanzando sobre el primo Guillen una mirada dura, tenaz y profunda.

Por un impulso involuntario de todo su sér, el heredero de la viuda asesinada retroecdió ante aquellas pupilas fijas en él como si quisieran detenerlo y sujetarlo. No era esta la única señal de vida que notaba, porque advertia en los lábios de la muerta ligeras contracciones; parecian prontos á exhalar un

grito, y al mismo tiempo parecian empeñados en contenerlo.

Guillen siguió retrocediendo sin apartar los ojos del semblante de la difunta, que lo seguia con su mirada fija y terrible....

Huia el primo de la viuda poseido de un terror indecible y buscó un refugio entre la concurrencia que se arremolinaba en el pasillo abierto entre las butacas.

Este torbellino humano, en el cual hubiera querido sumergirse, lo empujó hasta arrojarlo fuera del teatro.... Parecia que el mundo queria interponerse y sustraerlo á la accion de aquella mirada que helaba su sangre; pero el poder del mundo era esta vez inútil, porque el semblante de la muerta parecia estampado en los ojos desencajados del primo Guillen y la veia por todas partes.

IX

AVENTURA PÓSTUMA

Indudablemente la viuda del americano habia sido asesinada; el proceso incoado en averiguacion del terrible suceso daba patente testimonio del caso: todo el pueblo habia asistido al entierro de la víctima y no habia vecino que no hubiese visto por sus propios ojos el cadáver de Rosalía; tenemos, pues, acerca de su muerte completa evidencia.

Por lo que hace á Guillen, poseia en todo el rigor de la palabra datos mas positivos; poseia ¡friolera! por herencia legítima, á todas pasadas, los bienes de su prima, duro sobre duro.... Se encontraba dueño de rentas muy respetables, y su vida de príncipe le atestiguaba

á cada instante la muerte de su prima. Tampoco, pues, podia dudar que la ilustre descendiente de los Guillenes estaba pudriendo tierra.

Ahora bien; nosotros, por estupendo que sea el caso que se nos presenta, somos bastante despreocupados para creer que la misma Rosalía en persona ha vuelto á la vida.... Bah.... los muertos no resucitan, y en todo caso ¿habria dejado la paz del sepulcro sólo por el capricho de sorprender al primo con su presencia en medio del fausto del mundo? Y si era ella.... si podia probar la identidad de su persona y la realidad de su vida, ¿cómo no habia reclamado yá la posesion de unos bienes de cuyo dominio habia sido arrancada por la mano alevosa de un asesino?....

Estas razones, verdaderamente de cajon, son bastantes para tranquilizar las inquietudes de nuestra incredulidad; Guillen, tan incrédulo como nosotros, en otra ocasion cualquiera se hubiese reido á carcajada tendida de la estupenda aparicion de su prima; pero en el presente caso se reunian tan fantásticas circunstancias, le tocaba el asunto tan de cerca, que su espíritu, lleno de todas las incredulidades del dia, se hallaba, sin embargo, poseido de horribles confusiones.

La semejanza entre la muerta y Rosalía no formaba un suceso tan extraordinario que pudiera causar tan honda impresion en el ánimo de Guillen.... Dos mujeres que se parecen no es ciertamente cosa nunca vista. La naturaleza, tan propensa á la variedad, suele repetirse, y alguna vez se copia.... Además, entre todos los séres de la creacion, las mujeres son las que más se parecen entre sí, ó mejor dicho, las que ménos se diferencian.

Perfectamente.... la mera semejanza no hubiera causado en Guillen más que una emocion momentánea, la impresion de un recuerdo doloroso.... porque al fin y al cabo no podia ser insensible al desastroso fin de su prima, sobre todo cuando á su inesperada muerte le debia la opulencia en que se hallaba.

Pero la semejanza que acababa de herir sus ojos era demasiado fuerte; no consistia en algunos rasgos análogos, en cierta conformidad de pormenores que hacen á primera vista confundir una persona con otra. No era su recuerdo, su sombra, su imágen.... era Rosalía misma.. Á lo ménos Guillen la reconocia en todos sus detalles, no encontraba en ella nada que no atestiguara la identidad de su persona; cuanto más la miraba, más au-

téntica le parecia aquella maravillosa semejanza....

Tal vez si la hubiese visto, digámoslo así, viva, participando de la animacion de la concurrencia, saludando á unos, sonriendo á otros, asestando los gemelos en todas direcciones, el primo Guillen no habria reparado en ello, porque la alegría de la vida ¿en qué puede asemejarse á la tristeza de la muerte?... Pero en aquella palidez sepulcral, en aquella inmovilidad cadavérica.... se destacaban tan fielmente las facciones de Rosalía.... que Guillen sintió estamparse en su alma la imágen de su prima.

Y bien.... ¿qué hacía aquel cadáver en medio de aquella fiesta? Una mujer viva es capaz de todo... bueno, convengamos en ello; pero una mujer muerta y enterrada ¿cómo puede abandonar la sepultura para ir á ocupar la butaca de un teatro?.... Y cualquiera que fuese el espíritu que animara aquellos restos mortales ¿acaso estaba allí?.... ¿qué parte tomaba en la fiesta?... ¿qué objeto tenía allí su fúnebre presencia?... No sería ciertamente el empeño póstumo de lucir su *toillete*, porque la difunta, envuelta en una especie de túnica negra, más parecía amortajada que vestida.... ¿Qué más? Sobre el fondo oscuro

de sus rizos mal recogidos alrededor de la cabeza, asomaban los botones amarillos de algunas siemprevivas: esas flores de los sepulcros componian todo el adorno de su prendido.

Así reflexionaba el primo Guillen repasando uno por uno todos los detalles de aquella fantástica semejanza, y su pensamiento, lleno de pavorosas visiones, se agitaba dando vueltas en su imaginacion como un torbellino. La razon queria levantarse é iluminar las confusiones de su espíritu, pero la imágen de Rosalía se alzaba á su vez cubriendo de sombras sus pensamientos.

Se hallaba solo en uno de los salones de descanso, porque, terminado el entreacto, los espectadores habian vuelto á ocupar sus asientos, y allí gesticulaba y hablaba en alta voz, como si de este modo diera más fuerza á sus razones.

—No puede ser, decia, yo soy un insensato; los muertos no resucitan, no han resucitado nunca, no pueden resucitar.... ¿Soy acaso un niño á quien se le puede asustar con cuentos de apariciones?... ¡Quién cree yá en esas vejeces de la ignorancia!... ¡Demonio!... la cosa es peregrina.... Rosalía saliendo del sepulcro para asistir á una funcion de teatro.... ¡Qué

desatino! ¿Y cómo se me ha metido á mí esto en la cabeza?

Aquí hubiera querido reirse de sí mismo, pero sus ojos implacables le presentaban la fúnebre imágen de su prima, y la risa se helaba en sus lábios.

—Bueno, continuaba diciendo, es.... ¿y qué?... Habria hecho un viaje inútil; porque ¿quién habia de creer que era ella? Sería curioso que los muertos vinieran á comulgar á los vivos con ruedas de molino.

Queria animarse así con la burla de sus palabras.

Y en resúmen, añadió—¿quién la ha llamado?...

En vez de contestar á esta pregunta se mordió la lengua, porque surgió del fondo de su memoria un nuevo espectro, el recuerdo del bríndis.

Entónces se pasó la mano por la frente como si quisiera arrancar de sus ojos la nube que oscurecia su entendimiento....

El incrédulo es un ciego que anda á tientas, y como no ve nada, en todo tropieza.

Sin embargo, el primo Guillen no podia creer en la estrambótica aparicion de Rosalía, pero la imágen de la muerta se habia apoderado de sus ojos y era dueña de su pensa-

miento. Todos los esfuerzos de su razon incrédula eran inútiles porque no podian arrancar del fondo de su alma aquella sombra que lo perseguia.

Haciendo un esfuerzo supremo apretó los puños, rechinó los dientes y se dijo á sí mismo:

—¡Imbécil!.. Crees que pueden resucitar los muertos!...

Luégo reflexionó un momento, añadiendo:

—¡Y quién es esa mujer!.. Bah... es preciso saberlo.... Despues de todo, muerta ó viva, aún es jóven y bastante hermosa.... Una aventura póstuma.... Oh, esto es sublime.... Vamos, la cosa va á ser divertida....

Dijo estas palabras con voz sorda como si no se atreviera á pronunciarlas, y con la violencia del que intenta ocultarse á sí mismo el terror que lo domina, como el que cierra los ojos para no ver el abismo á que va á precipitarse, el primo Guillen se lanzó á la puerta del salon y descorrió con ímpetu la cortina que la cubria; los anillos que sujetaban el pesado cortinaje crugieron en los oidos de Guillen como huesos humanos que se chocan, y el hueco de la puerta se dibujó ante sus ojos como un sepulcro abierto.....

Sin poder contenerse retrocedió algunos

pasos.... y vió aparecer en el quicio de la puerta una sombra informe que se adelantó como empujada por el aire. De pronto tomó aquella oscuridad las formas de una figura humana, y Guillen, atónito, mudo y aterrado, se encontró frente á frente de la muerta.

Era ella envuelta en su túnica negra, flotando sobre sus hombros rígidos fúnebres crespones, con su corona de siemprevivas y su palidez cadavérica.... Guillen quiso exhalar un grito que se ahogó en su garganta; un sudor frio inundó su frente y buscó á su alrededor un refugio donde esconderse.

Entónces se vió rodeado de espectros: la imágen de la muerta, repetida por las lunas de los espejos que cubrian las paredes, se multiplicaba para rodearlo, para envolverlo cortándole el paso. Aquellas figuras negras daban vueltas en torno suyo, formando un torbellino de sombras; sentia vacilar el pavimento bajo sus plantas, y veia abrirse el techo sobre su cabeza. Quiso cubrir sus ojos con las manos, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Se creyó suspendido y arrebatado por manos invisibles, brillaron á su alrededor relámpagos rojos, faltó aire á sus pulmones, lo cegó luégo una oscuridad profunda y cayó desplomado.

X

LOS AMIGOS

Guillermo, el Coronel y el Baron no eran hombres excesivamente dedicados á prácticas devotas, pero se hacian cruces sin saber á qué atenerse respecto á la conducta que observaba el primo Guillen. Desde la noche del teatro cuyas escenas quedan referidas, no se le veia por ninguna parte, ni en su misma casa, pues no recibia en ella ni á sus tres íntimos amigos.

Algo extraordinario debia ocurrirle que explicara la impenetrable reclusion á que se habia sometido.

¿Estaba enfermo?... Hé ahí una pregunta, á la que el lacayo impasible, que cerraba el

paso á las visitas de los amigos, respondia moviendo la cabeza de modo que parecia decir sí y nó al mismo tiempo.

No todos los criados de la casa eran tan discretos como el lacayo, y el Baron habia llegado á averiguar que Guillen pasaba el dia encerrado en su cuarto, que de noche hacía registrar todas las habitaciones, que únicamente dormia algunas horas de la mañana, que comia poco y que hablaba solo.

Cuando los tres amigos se enteraron de estas circunstancias, el Coronel resolvió la dificultad diciendo:

—Bah—está loco, tres veces me he visto despedido por su lacayo y esto es excesivo.

El Baron, dispuesto siempre á verlo todo de color de rosa, replicó exclamando:

—¡Loco!... nó.... Debemos decir que está enamorado.... Tengo algunos indicios; y por lo que se ve, se encuentra en la luna de miel de un amor repentino.

—Bah—añadió Guillermo—la cosa es la misma: enamorado ó loco ¿qué más dá?...

—Positivamente—siguió diciendo el Baron—es en estos momentos el sér más dichoso de la tierra.

—Es muy posible—añadió Guillermo—porque ahora recuerdo que la última noche

que lo vi en el teatro parecia embebido en la contemplacion amorosa de un hermoso cadáver de mujer que yacía, digámoslo así, en su butaca, como si estuviera allí de cuerpo presente.

—Eso es—añadió el Baron.—Positivamente aquella mujer muerta le ha sorbido el seso.... Es una aventura póstuma que debe tener muchos encantos; á lo ménos es un caso original, enteramente nuevo.

—Y el tipo—observó Guillermo—es de una pureza admirable. Podria tomarse por una odalisca del tiempo de Boadil recien salida del sepulcro. Yo no doy preferencia á ningun tipo determinado; una mujer es siempre una mujer, pero reconozco que Guillen ha encontrado una belleza casi arqueológica, digna de un museo.

—¡Oh!—exclamó el Baron.—Lo extraordinario no es precisamente el tipo.... lo singular consiste en que una muerta haya encendido en el corazon de Guillen el amor que es la vida.... ¡Ah! La muerte tiene tambien sus delicias. Esa cita al otro lado del sepulcro es envidiable.

—Phs—replicó Guillermo.—Muertas ó vivas las mujeres son siempre las mismas.

El Coronel miraba á uno y á otro alterna-

tivamente, sin entender el sentido de lo que hablaban..... No era la paciencia su virtud dominante y empezaba á fastidiarse de aquella conversacion sin piés ni cabeza. Además, la conducta de Guillen no le hacía maldita la gracia, y se sentia muy dispuesto á penetrar en el secreto de aquel extraño proceder, á viva fuerza; este era su temperamento. La punta de su espada era bastante más aguda que su entendimiento, y á sus ojos todo se reducia á cuestion de estocadas.

—Me parece—dijo—que hablan ustedes en griego; no sé qué muerta es esa que traen ustedes entre manos, pues lo único que saco en limpio es que Guillen nos ha cerrado las puertas de su casa sin explicacion y sin excusa; es una provocacion terminante que yo me encargo de recoger.

—No veo—replicó el Baron—que tengamos derecho á allanar la casa de un amigo que tiene razones particulares para permanecer encerrado en ella.

—Por mi parte—añadió Guillermo—encuentro dos puntos de vista opuestos é igualmente aceptables. Realmente no tenemos derecho á obligar á nadie á que nos tenga siempre de par en par abiertas las puertas de su casa, pero al mismo tiempo, no es lícito que

un amigo se empeñe en presentárnoslas siempre cerradas.

—Ese es mi punto de vista,—dijo á su vez el Coronel.—Si Guillen se ha dedicado á enamorar á una muerta, comprendo que se sepulte vivo entre las cuatro paredes de su casa; pero no estoy dispuesto á consentir que nadie me dé con la puerta en las narices.

—Supongamos que ha muerto;—advirtió el Barón—porque bien podemos creer que ha pasado á mejor vida. Ha sido una muerte repentina y no ha tenido tiempo para despedirse de los amigos.

—Pues yo—insistió el Coronel—no renuncio fácilmente á mis propósitos, y soy muy capaz de ir al otro mundo á reclamarle la explicacion que necesito, y entónces verémos.

—Me parece más cómodo—observó Guillermo—esperar á que resucite, pues debemos presumir que no se habrá muerto para toda la vida: él volverá al mundo.

—Nó,—dijo el Coronel puesto yá en el disparadero.

—En ese caso—volvió á insistir Guillermo—va usted á hacer un viaje inútil.

—¿Por qué?—preguntó el Coronel con visible impaciencia.

—Porque en el otro mundo no hay duelos: la razon es clara; los duelos se despiden en el cementerio.

Guillermo y el Baron estuvieron á punto de soltar la carcajada, pero la fisonomía del Coronel tomó todo el aspecto de un dia nublado, relampaguearon sus ojos prontos á lanzar el rayo, y los dos amigos detuvieron la risa que hormigueaba en sus lábios, porque el Coronel iba á reventar como una bomba.

—Bien—murmuró conteniendo los primeros ímpetus de su enojo. Despues, alzando la voz, siguió diciendo:—Por de pronto no hay necesidad de llevar las cosas tan léjos, porque áun cuando Guillen haya muerto, el hecho es que vive todavía en su casa y podrémos entendernos.

—¿Cómo?—preguntaron á la vez el Baron y Guillermo.

—Es muy sencillo—les contestó.—Ustedes que están perfectamente enterados del caso se encargarán de pedirle en mi nombre explicacion de su conducta.

—Preveo la respuesta—advirtió Guillermo.

—Veamos—dijo el Coronel.

—Contestará sencillamente: Decidle á ese caballero que he muerto.

—En ese caso le suplican ustedes con toda eficacia que resucite aunque no sea más que por una hora.

Los dos se miraron sin atreverse á sonreir y á un mismo tiempo se inclinaron aceptando en silencio el encargo que se les daba. Ambos eran hombres de buen humor y bastante desocupados para desperdiciar la ocasion que se les presentaba. Por otra parte no dejaba de ser misteriosa la reclusion á que Guillen se habia condenado, y el encargo del Coronel venia á ser como la llave con que podrian abrir la puerta de aquel misterio.

Entrambos se encaminaron á cumplir la comision de que acababan de encargarse y el Baron decia:

—Es curioso esto; Guillen parece seducido por los encantos fúnebres de una muerta, que por lo visto ha salido de la sepultura sin más propósito que el de atráparlo, el Coronel se empeña en provocar un lance de honor con un hombre que se ha enterrado vivo, y á nosotros, que nos va bastante bien en esta vida, nos pone de la noche á la mañana casi con un pié en el otro mundo.

—La broma—añadió Guillermo—no deja de ser lúgubre. Hé aquí que vamos á llamar á la puerta de un sepulcro.

Los dos amigos llegaron á la casa de Guillen y subieron lentamente la escalera. Al encontrarse delante de la puerta del cuarto principal se detuvieron y á la vez aplicaron el oido. Dentro reinaba un silencio profundo, parecia una casa deshabitada.

—No creo—dijo el Baron—que esta puerta sepulcral se abra por la sola virtud de nuestra presencia.

Y diciendo y haciendo, tiró del llamador, agitando el timbre, que resonó áspero y ahogado como un gemido.

Esperaron y la puerta permaneció cerrada.

Volvieron á llamar y se abrió silenciosamente como empujada por una mano invisible. Penetraron en el recibimiento y la puerta se cerró detrás de ellos, dejándolos envueltos en oscuridad profunda.

XI

SOMBRAS

Por de pronto el Baron y Guillermo se encontraron envueltos en espesas tinieblas, enmedio del más profundo silencio, mas poco á poco se fué disipando en parte la oscuridad que los rodeaba, iluminándose débilmente el recibimiento con una claridad confusa semejante á la primera luz imperceptible y vaga del crepúsculo.

La estancia en que se hallaban les era conocida; muchas veces habian dejado en ella sus abrigos y sombreros, pero en el momento en que nos hallamos les era imposible reconocerla; las paredes se desvanecian fantásticamente en la oscuridad, los ángulos desaparecian en las tinieblas, y los cortinajes

que cubrian las puertas parecian que flotaban como nubes suspensas en el aire.

—¡Demonio!—exclamó Guillermo—decididamente hemos entrado en la mansion de las sombras.

—Y por lo visto—añadió el Baron—en este otro mundo no están en uso las costumbres que practicamos los simples mortales. Qué diablo..... En esta casa no ha amanecido todavía y son yá las seis de la tarde, á nadie encontramos que pueda anunciar á Guillen la visita de sus amigos, lo cual no dejaria de ser cómodo si tropezáramos con alguna puerta que nos condujese á sus habitaciones, pero la busco inútilmente porque las paredes parece que huyen de nosotros.

—En verdad—dijo Guillermo contestando al Baron—yo no sé dónde me encuentro; ando á tientas...., es informe todo lo que me rodea, y empiezo á sospechar que hemos caido en un pozo.

—El caso es—observó el Baron—que nosotros hemos entrado por una puerta, y si hemos caido en un pozo no es por lo ménos un pozo sin salida.

—Sin duda—añadió el otro,—pero ¿dónde diablos está la puerta por donde hemos entrado?

—Por aquí debe estar—contestó el Baron—si es que en las regiones de la otra vida no hay la costumbre de suprimir las puertas luégo que por ellas se entra, y temo que así sea, pues los que una vez las pasan no vuelven más á este mundo. Pero ¿qué nos importa ahora la puerta por donde hemos entrado?.... Porque no hemos de dejar sin cumplimiento la comision que traemos. Nosotros no podemos salir de aquí honrosamente sin haber hablado á Guillen.

—Perfectamente— replicó Guillermo,— mas una puerta es siempre una puerta, y debemos presumir que la luz que tan claramente ilumina la escalera por donde hemos subido penetrará aquí y podrémos saber en dónde nos encontramos, si ésta es una casa ó una caverna, si estamos en este mundo ó en el otro.

—Somos unos imbéciles—exclamó el Baron.

—¿Por qué?—preguntó su amigo.

—Porque tenemos un medio seguro.

—¿Cuál?

—Nadie nos impide alzar la voz y llamar. Las almas en pena que habiten este palacio encantado, no han de ser sordas como una tapia.

—Bien podrémos desgañitarnos—replicó Guillermo.—Porque la cosa es clara: si los séres que aquí habitan duermen en efecto el sueño de la eternidad, hágame usted el favor de decirme, quién podrá despertarlos.

No sé con qué razones hubiera disipado el Baron la dificultad que le presentaba su amigo, pero es lo cierto que ámbos se estremecieron á la vez, como si una corriente eléctrica los hubiese invadido.

—¡Qué es esto!—preguntó el Baron con voz muy apagada.

—¡No sé! — contestó Guillermo en el mismo tono.—Parece que un rayo sordo é invisible ha crujido sobre nuestras cabezas....

Guardaron silencio por algunos momentos redoblando la atencion de los oidos, mas no pasó mucho tiempo sin que experimentáran el asombro de una nueva sorpresa. Sin saber de dónde venía, y más bien, como si viniera á la vez de todas partes, percibieron clara y distintamente un prolongado suspiro, semejante al soplo ansioso de una respiracion largo tiempo contenida.

—¡Demonio!—exclamó el Baron.—Esto es poco divertido. Nos va á ser preciso creer que estamos en un mundo invisible.

—Sin duda—dijo Guillermo—lo estamos, puesto que nada vemos.

Apénas acababa Guillermo de pronunciar estas palabras, cuando el chasquido sordo que poco ántes les habia llamado la atencion crujiendo sobre sus cabezas, volvió á sonar con más fuerza, y en el instante mismo el timbre, violentamente agitado, resonó dentro de la estancia. Entónces los dos amigos vieron levantarse una sombra del fondo de la oscuridad, abriéndose enseguida la puerta de la escalera. Una figura humana apareció en ella, al mismo tiempo que una voz, con muy marcado acento extranjero, preguntó diciendo:

—¿*Monsieur* Raimundo Guillen?

—Adelante—dijo el Baron.

La luz de la escalera penetró en el recibimiento y los dos amigos pudieron reconocerlo, distinguiendo, casi detrás de la hoja de la puerta que acababa de abrirse, al lacayo de Guillen restregándose los ojos y mostrando la boca sumamente abierta por el impulso de un bostezo interminable.

—¡Ah! bribon—exclamó Guillermo.—Duermes como un descosido.... Se conoce que has almorzado fuerte.... y haces la digestion burlándote de nosotros.... Ea, á ver si acabas de despertarte.

—Es inútil,—advirtió el Baron—ese imbécil no puede tenerse en pié y bastante antesala hemos hecho yá á nuestro íntimo amigo. Aquí está la puerta que conduce á sus habitaciones; serémos nosotros los que le anunciemos nuestra visita.

Y diciendo y haciendo levantó una pesada cortina y desapareció detrás de ella; siguióle Guillermo, y la figura humana que habia preguntado por *Monsieur* Raimundo Guillen, vaciló un momento, pero al fin se adelantó tímidamente y como una sombra, se deslizó tambien por detrás de la cortina. Por lo que hace al lacayo, los vió desaparecer con ojos estúpidos, se encogió de hombros y dando media vuelta, se dejó caer sobre un banco del recibimiento, quedando nuevamente dormido si es que habia llegado á despertarse.

Al entrar el Baron en la pieza inmediata se detuvo diciendo:

—Esta es la casa de las tinieblas.... ¡Diablo! Aquí tambien nos encontramos á oscuras. Desde que pusimos el pié en esta casa, no vemos más que sombras..

En efecto: los dos balcones de la sala en que acababan de entrar, intermedia entre el comedor y las habitaciones de Guillen, es-

taban cerrados, no entrando más luz que la que permitian las junturas de las maderas. Dirigióse el Baron á uno de ellos y lo abrió y la claridad del dia se esparció por la estancia, dejando ver los dos grandes espejos que cubrian las paredes cubiertos con grandes fundas de tela oscura.

Los dos amigos se miraron indecisos; no se determinaban á seguir adelante, detenidos por un secreto impulso que los contenia. Acaso se hallaban en presencia de un secreto que no tenian derecho á comprender. Empezaban á advertir que se respiraba en aquella casa una atmósfera lúgubre.... que habia allí en aquella soledad, en aquellas sombras y en aquel silencio, algo sepulcral, algo pavoroso. Se detuvieron, pues, como el que se encuentra delante de una profundidad desconocida ó de una oscuridad inesperada.... Tampoco era cosa de retroceder. Habian puesto la mano, por decirlo así, en la llave que guardaba el misterio y experimentaban la doble atraccion que el interés y la curiosidad ejercen.

Guillermo halla modo de salir de la perplegidad en que se encontraban agitando el cordon de seda que pendia de la pared, junto á uno de los espejos enlutados. Inmedia-

tamente resonó al otro lado del comedor la campanilla, atribulada como una voz que pide socorro, y un instante despues se presentó el criado más antíguo de la casa, el gefe, digámoslo así, de la servidumbre del primo Guillen.

Al ver las personas que habia en la sala se detuvo exclamando:

—¡Ah.... señores!...

—Señor Martin—dijo Guillermo.—Se sorprende V. de hallarnos aquí; pero es el caso que hemos podido llegar á esta sala casi á tientas y como por milagro. Con lo cual quiero decirle que deseamos ver cuanto ántes sea posible á nuestro amigo Guillen.

El señor Martin movió lentamente la cabeza de un lado á otro. No queria decir que sí, ni queria decir que nó; aquel movimiento era una especie de lamentacion muda y hasta dolorosa.

Guillermo y el Baron se quedaron contemplando al señor Martin, que con la cabeza caida y los brazos cruzados parecia un alma en pena, y el primero dijo:

—Hé ahí otra sombra.

XII

APARICIONES

El aspecto del criado era tambien lúgubre, con la boca entreabierta y la mirada triste permanecia delante de los amigos del primo Guillen mudo é inmóvil. El Baron hizo un gesto de impaciencia, y luégo dirigiéndose al criado con cierta familiaridad le dijo:

—Vamos á ver, señor Martin, ¿se puede saber qué espíritu maléfico ha convertido la casa de nuestro amigo en un sepulcro?...

—Señor Baron—contestó Martin arqueando las cejas.—Pasa aquí una cosa muy extraordinaria....

—¿Qué pasa?...

—¡Todos los dias nos hace una visita!...

—¡Quién!—preguntó Guillermo.

El criado se rascó la frente como buscando la respuesta y al fin contestó:

—¡Quién!... ¡La prima!...

—Perfectamente—dijo el Baron.—Nuestro amigo Guillen tiene una prima que lo visita todos los dias. ¿Qué hay en ello de extraordinario?...

—Es que....

—¿Qué?

—Que esa prima hace yá dos años que está enterrada.

—De modo—advirtió Guillermo—que se trata de una muerta? Convengamos en que esto no deja de ser curioso; y si se añade que la difunta es jóven y hermosa, que apesar del sepulcro ha conservado la morvidez de los contornos y la pureza de las líneas, que se presenta, eso sí, pálida como la misma muerte, pero animada por sus grandes ojos negros, sus magníficas cejas y sus largas pestañas, entónces la originalidad del caso es incontestable, se trata sencillamente de una muerta viva.

Los ojos del señor Martin, desmesuradamente abiertos, espresaban el más profundo asombro.

—Así es... así es—dijo,—me parece que

la estoy viendo.... ¡Oh! aquellos ojos no se olvidan nunca.... Su mirada parece que penetra hasta los huesos....

Dicho esto miró alternativamente á uno y á otro, advirtió que entrambos se sonreian, y añadió mirándolos de hito en hito:

—¡Ah.... ustedes la conocen!

—Sí—se apresuró á decir el Baron—la conocemos: la hemos visto una vez en el teatro....

—¡En el teatro!—exclamó el señor Martin.—¡En el teatro una mujer asesinada!...

—Asesinada—dijo Guillermo.

—Esto es verdaderamente diabólico—observó el Baron.—Guillen nos ha hablado alguna vez del fin desastroso de su prima, de una prima viuda y rica, de la cual ha sido único heredero. Parece que amaneció un dia asesinada en su propio lecho.... por un extranjero que se fingia pintor de paisajes.

—Bueno—advirtió á su vez Guillermo.—Quiere decir que la mujer asesinada ha vuelto del otro mundo. Por lo visto se ha encontrado, despues de muerta, bastante jóven y bastante hermosa y ha querido dar una vuelta más por la vida.... ¡Y quién sabe!... Acaso haya tenido que hacer gastos extraordinarios en esas regiones desconocidas, y

venga á pedirle á su primo la herencia que no pudo llevarse en atencion á que la muerte la cogió dormida. Ello es, que la muerta, digámoslo así, vive, que se encuentra á su heredero hecho un príncipe, se reconocen, se abrazan.... ¡Diablo!... Un primo millonario bien puede hacer resucitar á una muerta, que al fin y al cabo posee hermosos ojos, magníficas cejas y espléndidas pestañas. Muy bien; pero eso no explica la oscuridad de esta casa, el silencio pavoroso de estas habitaciones, el luto de esos espejos.... Porque la muerta haya salido del sepulcro no hay razon para que Guillen se entierre vivo.

—Chist—dijo el señor Martin.—Esta es la hora de las apariciones.

—¡Soberbio!—exclamó el Baron.—Hemos llegado á tiempo. Vamos á encontrarnos manos á boca con la prima asesinada. Debe ser una vision encantadora.

—Dejémosle el paso franco—añadió Guillermo colocándose delante de la puerta como quien espera una visita, y alzando la cortina para recibirla.

El criado hizo un ademan negativo diciendo:

—La aparicion no entra nunca por la puerta.

—¡Hola!... dijo el Baron.—¿Cae acaso por la chimenea?

—Phst—contestó el criado;—pero el hecho es que al principio se aparecia en los espejos.... y hubo que cubrirlos.... Despues debió colarse por las ventanas, y por los balcones.... porque siguió apareciendo.... y hubo que cerrar las maderas de todos los balcones y de todas las ventanas: ahora se conoce que penetra al al través de las paredes y á lo mejor asoma por detrás de una cortina ó se presenta como una sombra en el primer rincon que encuentra á la mano.

—¿Y qué hace?...—preguntó Guillermo.

—¡Qué hace!... repitió el señor Martin. —¡Ah! nosotros no la vemos....

—¿Nó?

—Nó.

—Se conoce—dijo el Baron—que la difunta visita á su primo de rigoroso incógnito y sólo á él le es permitido verla....

—Á él solo.

—¿Y quién anuncia su presencia?

—Él mismo.

—¿Cómo?

—Dá un grito repentino, se extremece todo, y señalando ya á un punto, ya á otro, dice: ¡Allí está!... ¡allí!... Mientras dura la

aparicion, parece que no vé nada de lo que le rodea y habla solo. Habla de una noche terrible.... de una sima sin fondo.... de un hombre.... de un señor German que cae en el abismo.... habla de sangre.... de un gemido que por todas partes lo persigue.... de unos ojos que siempre lo miran...., dice cosas espantosas, y por ellas sé yo que la muerta que se le aparece es la prima asesinada.—Luégo suspira profundamente, como si despertára de un sueño penoso, y entónces me vé, y con voz apagada me pregunta: «¿Qué he dicho?...» Nada, señor, le contesto yo por no afligirlo.... No quiere ver á nadie, huye de todos, busca la oscuridad como si quisiera esconderse, parece que la luz le aterra, y yo soy el único que lo acompaño y lo sirvo.

Ni el Baron ni Guillermo eran hombres á propósito para creer en apariciones; se consideraban bastante ilustrados para incurrir en semejante credulidad; pero, vamos, las últimas palabras del señor Martin parecia que habian nublado sus rostros, haciendo desaparecer las sonrisas burlonas que los animaban.

—Vamos á cuentas, señor Martin—dijo el Baron;—usted dice que ha visto una vez la aparicion.... ¿Cómo ha sido eso?

—La he visto—contestó el criado—lo mismo que lo estoy viendo á Vd.... No se me olvidará nunca. La cosa fué que pensamos huir léjos, muy léjos.... No quedaba otro recurso, y yo me encargué de preparar el viaje con el mayor sigilo, sin que lo entendiera la tierra.... Anochecer y no amanecer.... Este fué nuestro plan. Una tarde salimos de casa, tomamos un coche de alquiler y llegamos á la estacion del Norte tres minutos ántes que saliera el tren.... Buscamos un departamento que estuviese solo, porque á mí no me ocurrió la idea de tomar un coche reservado. Encontramos uno que parecía desierto; subí al estribo, miré por el cristal del ventanillo y no habia nadie. No habia tiempo que perder y abrí la portezuela....

Aquí se detuvo como si no encontrara las palabras propias de lo que iba á decir, pero el Baron no pudo contener su impaciencia, y le dijo:

—Vamos.... abrió usted la puerta del coche, entró Guillen.... ¿y qué?

—No entró—se apresuró á contestar el criado.—Al contrario; lanzó el grito de siempre y retrocedió de tal manera, que si no acudo á contenerlo, hubiera caido de espaldas; se agarró á mí con ánsia desesperada,

como si la tierra se hubiese abierto delante de sus piés, y con voz sorda me dijo: «¡Allí está!... ¡Allí!...» Seguí la direccion de sus ojos espantados y sentí en mis huesos el frio de la muerte: en la puerta del coche que yo mismo acababa de abrir estaba la difunta, pálida como la cera, con su mortaja negra, con las manos cruzadas sobre el pecho mirándonos con dos ojos que parecian dos abismos. No sé lo que pasó entónces, pero una mano que volaba por el aire cerró de un golpe la puerta del coche, sonó un silbido y un trueno que hicieron temblar la tierra.... Despues, el tren habia desaparecido y nos encontramos solos en el andén, nos volvimos y aquí estamos. La aparicion no nos abandona.... Hoy—añadió bajando la voz—aún no ha venido.

XIII

LA EVOCACION

Apénas acabó de pronunciar las últimas palabras, cuando resonó al otro lado de la puerta que conducia á las habitaciones del primo Guillen una especie de rugido, cuyo acento nada tenía de humano.... Guillermo y el Baron no pudieron oirlo sin estremecerse y el señor Martin, asustado y tembloroso, exclamó:

—¡El grito....! ¡Ahí está....! ¡Yá la tenemos!

Yá lo hemos dicho, ni el Baron ni Guillermo podian creer en la realidad de semejantes apariciones. Si con sus propios ojos hubieran visto resucitar á un muerto, habrian encontrado razones de todas especies para desmentirse á sí mismos el testimonio de sus propios ojos; y no obstante, al comprender que se hallaban en el momento fantástico de aquella aparicion increible, dieron á la vez é

involuntariamente un paso atrás, sintieron que la sangre se les agolpaba al corazon y los dos palidecieron.... ¡Oh, qué puerilidades suele tener la naturaleza humana!

Martin, por el contrario, creia en la aparicion como si la estuviera viendo.... y en vez de retroceder, se adelantó para ir en socorro de su amo; pero ántes de que llegára á la puerta, la cortina se descorrió con violencia y apareció Guillen.

Su presencia causó en el Baron y en Guillermo.... el mismo asombro que les hubiera causado la aparicion de la prima asesinada.... Aquél no era el hombre que habian visto la última vez en el teatro. Las mejillas hundidas, bañadas de lívida palidez, los labios temblorosos, las pupilas iluminadas por un fuego sombrío, daban á su semblante el aspecto horroroso de la ira desesperada. Con el entrecejo fruncido y los puños tendidos hácia adelante en ademan amenazador, estaba espantoso, porque jamás la arruga tenaz de su frente se habia presentado ni más rencorosa ni más ceñuda.

Sondeó con ansiosa mirada los ángulos de la sala, sin que sus pupilas, ciegas por la vision que llenaba sus ojos, vieran las personas que tenía delante.

—¡Ah!—dijo temblando en sus labios descoloridos la voz entrecortada y cavernosa.—Huyes.... me temes.... Volveré á matarte y no saldrás más de la sepultura.... Esta vez te ahogaré entre mis manos y volverá á tragarte la tierra para siempre.... ¡Por qué me persigues....! ¡Qué quieres....! Pagué tu desprecio con mi venganza.... Estamos en paz. ¿Qué tienes tú yá que hacer en el mundo....?

Dió algunos pasos como si sus piés se movieran por el impulso de un resorte, y se detuvo, pasándose la mano por la frente, como si quisiera arrancar de su memoria un pensamiento implacable. Guillermo y el Baron, atónitos y aterrados ante el espectáculo que presenciaban, se habian ido retirando maquinalmente y Guillen pasó por delante de ellos sin conocerlos.

—Esto es imposible—siguió diciendo.—Mis ojos la ven y mis ojos me engañan.... Mis oidos la oyen y mis oidos mienten. Yo soy mi único testigo, mi único juez y mi único verdugo.... ¡Me preguntas por Mr. German....! Búscalo en el abismo más profundo de la tierra.... Quiso disputarme tu herencia, y tu herencia era mia.... Yo mismo lo conduje á la boca de la Sima y cayó.... Aquella Sima no tiene fondo. Que se levante tambien del se-

pulcro, venid y acusadme. Mentira; los muertos no resucitan, los muertos no viven, los muertos no hablan, la justicia de los hombres no tiene oidos para los muertos.

Buscaba en la audacia de las palabras un refugio al terror de su alma.... creia huir de las sombras que lo perseguian, evocándolas.... y poseido del ciego valor del miedo desafiaba á la Justicia Divina, escondiéndose detrás de la justicia humana.

Guillermo y el Baron permanecian mudos espectadores de esta escena. Habian visto más de lo que hubieran querido ver, y sin embargo, aún no lo habian visto todo. El señor Martin espiaba los movimientos de Guillen arqueando las cejas de vez en cuando, dominado por una angustia indecible; las palabras de Guillen resonaban en sus oidos de un modo pavoroso.... Éste, por su parte, se hallaba en medio de la sala con la cabeza erguida y los brazos cruzados.

Entónces la figura humana que vimos entrar en el recibimienio y deslizarse despues detrás del Baron y de Guillermo, se adelantó lentamente y fué á colocarse delante de Guillen.... Los dos primeros lo miraron con extrañeza porque habian olvidado la presencia en la sala de aquel nuevo personaje; y en ver-

dad que su semblante pálido y severo, su vestido negro y su aire de profunda melancolía, formaban una figura que ciertamente no se despegaba del cuadro.

Pero bien, ¿qué queria aquel hombre de todos desconocido? ¿Qué significaba aquella presentaci on inesperada en aquel momento?...

Guillen exhaló un largo gemido, se agitaron sus párpados, como si quisieran disipar las últimas sombras de oscuridad en que sus ojos se hallaban sumergidos, y miró á su alrededor con espanto.... ¿Dónde estaba? ¿qué gentes eran las que veia en su presencia?.... ¿Cómo, allí Guillermo?... ¿Cómo, allí el Baron?... ¿Cómo?... La expresion de su semblante hacía á la vez todas esas preguntas.

De pronto sus ojos se clavaron en el personaje desconocido, con tal ímpetu, que parecia que iban á salirse de las órbitas, temblaron sus lábios, crujieron á la vez todos los huesos de su cuerpo, se crisparon sus manos y se erizaron sus cabellos, y dando un paso atrás, como si hubiera visto ante sus piés la profundidad de un abismo, tendió los brazos y se escapó de su boca contraida esta exclamacion tenebrosa:

—¡Él!...—¡Mr. German!...

—Sí—contestó el personaje desconocido

con voz penetrante.—Sí; los muertos resucitan, los muertos viven, los muertos hablan; la justicia de los hombres puede tener tambien oidos para los muertos. Yo soy Mr. German. Ustedes—añadió dirigiéndose á los amigos de Guillen—darán como hombres honrados, testimonio de lo que han oido.

Verdaderamente era Mr. German, puesto que Guillen lo habia reconocido; pero Mr. German con las megillas más pálidas y ménos redondas, con sus ojos pardos más tristes, con sus cabellos castaños ménos ensortijados y su barba fina y casi rubia, pero más prolongada. Mr. German, era sin duda, aunque más erguido, más alto.

Guillen se replegó sobre sí mismo para lanzarse sobre aquella vision que él mismo habia evocado, mas le faltaron las fuerzas, se llevó las manos á los ojos y cayó desplomado. El señor Martin, Guillermo y el Baron acudieron á socorrerle.... Cuando lo levantaron vieron que estaba sin conocimiento y vieron tambien que Mr. German habia desaparecido.

XIV

CONVICTO Y CONFESO

Á todo esto el proceso permanecia, abierto esperando al culpable del asesinato de Rosalía Guillen y Guillen, viuda de Guillen, sentenciado á muerte en rebeldía. Mas el juez que habia dictado aquella sentencia, conformándose con la peticion fiscal, pasaba muy malas noches. En medio del sueño, se le aparecia el proceso oscuro como un abismo, en cuyo fondo veia algo que no acertaba á distinguir y de dia hojeaba el sumario, compulsaba las declaraciones, pesaba y medía los más insignificantes pormenores, buscando algun rastro de aquello que veia de noche en el misterio de sus sueños.

La ley que llamamos criminal, encargada de la averiguacion y castigo de los delitos, se ha apropiado en nuestros tiempos una jurisdiccion tan absoluta, que los jueces pueden dispensarse de tener la conciencia demasiado

escrupulosa. Así es, que muchos criminales se mofan tranquilamente de los jueces al amparo de la misma ley. Aunque parezca raro, el juez que tenemos á la vista conservaba íntegra su conciencia de hombre honrado, de cuyas resultas, el proceso de que hablamos lo llevaba á mal traer y andaba desde que firmó la sentencia contra Mr. German, abstraido, reservado, meditabundo y triste.

Tal era la situacion de su espíritu cuando el correo le llevó un pliego de oficio que contenía ciertas diligencias judiciales, y al mismo tiempo se puso á su disposicion un preso que venía convenientemente vigilado desde Madrid y que era ni más ni ménos que Raimundo Guillen, primo de Rosalía Guillen y Guillen, viuda de Guillen, cuyo desastroso fin yá conocemos.

Desde el instante mismo en que se esparció por el pueblo la noticia del suceso, la opinion pública se puso en movimiento, saliendo como siempre por los cerros de Úbeda. ¿Cuál era el motivo de aquella prision inexplicable....? ¿Qué delito podia haber cometido un hombre que poseia quince mil duros de renta... nada ménos que el primer caudal del pueblo?... Pronto corrió el rum rum de que aquello tenía algo que ver con el asesinato de la viuda Guillen, y entónces fué ella.—¡Cómo!

¡el heredero de la viuda, el que llevaba su mismo apellido y poseia por herencia forzosa todas sus riquezas complicado en el asunto de su muerte! ¡Oh, eso era inaudito!—Las mujeres, sobre todo, que estaban en estado de merecer, ponian el grito en el cielo. Un hombre bastante rico para hacer la felicidad de cualquiera de ellas, era ciertamente muy digno del interés de sus tiernos corazones. El que mantenia vivas tantas esperanzas volvia despues de dos años de eterna ausencia, millonario y soltero.... ¡Santo Dios! ¡Cómo no habia de ser inocente!

La opinion pública estaba, pues, en favor del preso. Solamente aquellas gentes infelices que habian recibido de la viuda el pan de los beneficios oian todo esto, cruzaban las manos y levantaban los ojos al cielo sin desplegar los lábios; pero en los casinos, en las tertulias, en los corrillos de los desocupados, habia hasta indignacion en favor del preso, y habian hecho del asunto cuestion de honra para todos los vecinos del pueblo.... ¡Ah, multitud siempre la misma! ¡Cuántas veces eres cómplice de los malvados!

Guillen habria visto invadida su prision por las personas más notables, habria sido objeto de los más generosos ofrecimientos y habria encontrado numerosos testigos que

juráran á ciegas su completa inocencia, si el juez, saltando severamente por encima de todas las recomendaciones, de todas las influencias y de todas las amenazas, no hubiese encerrado al reo en completa incomunicacion. Esto llenó la medida del disgusto público. Á un hombre como Guillen, que podía ahogar al Juez en pesos duros, ¿era lícito tratarlo con tanta dureza?... ¿Se trataba de un cualquiera, para encerrarlo de ese modo en el fondo de un calabozo?... Lo estaban viendo y no lo creian, porque los pueblos hace yá mucho tiempo que han perdido la costumbre de ver la igualdad en la justicia.

Y entretanto, ¿qué hacía el Juez?... El Juez parecia indeciso. De las diligencias judiciales que acompañaban á la remision del preso resultaba atestiguado por el señor Martin, por el Baron y por Guillermo, la escena que hemos presenciado en el anterior capítulo y la história que yá conocemos de las apariciones, pero en el relato de estos tres testigos se atenuaba en lo posible la gravedad del caso. Al mismo tiempo Guillen declaraba que no tenía idea alguna de aquellas escenas, que solia padecer un accidente que turbaba su razon privándolo de todo conocimiento y que no sabía otra cosa.

Resultaba, pues, una sospecha viva, irrecusable, un indicio vehemente, una conviccion moral completa, de que allí estaba el culpable.... pero el culpable se encerraba en su negativa y no habia una prueba para confundirlo. Estaba allí, pero ni confeso ni convicto.

La conciencia de este magistrado distingue con toda claridad el crímen y la mano que lo ha ejecutado; pero la ley permanece cruzada de brazos y el Juez maniatado. Él medita, medita profundamente y dice:

—Aquí está visiblemente el dedo de la Justicia Divina. El criminal mismo se delata y niega despues su propia delacion. Ahora es preciso que Dios ilumine á la justicia humana.

Era imposible practicar un reconocimiento en la Sima: el abismo se habia tragado el secreto y no queria revelarlo. En el fondo de la Sima se hallaria el cadáver de Mr. German; pero ¿dónde estaba el fondo de aquella Sima? El Juez pensó en registrar minuciosamente la casa de Guillen.... Bah. Despues de dos años ¿qué rastro del crímen podia encontrarse en ella?... Sin embargo, insistió, y la casa de Guillen fué registrada.... todo se hallaba en el mismo estado en que lo dejó su dueño. ¿Qué encontraron?... nada. Solamente entre

los arreos de caza tropezaron con la funda de baqueta de un cuchillo de monte; la funda estaba vacía, se buscó por todas partes la hoja y no se encontró en ninguna. Quedaba que registrar el pequeño huerto contiguo á la casa y allí encontraron un pozo cuya boca abierta no decia absolutamente nada. Se reconoció el fondo del pozo, que se hallaba cubierto por tres palmos de agua, y enterrado en el cieno, se encontró un cuchillo de monte, que se ajustaba perfectamente á la funda vacía. El Juez no dudó de que tenía en sus manos el instrumento del delito.

Aquella noche se encerró en su despacho. Necesitaba una verdadera inspiracion, y se la pidió á Dios con toda su alma. Abrió el proceso, lo examinó de nuevo, señaló algunos puntos doblando las hojas, tomó apuntes, los ordenó y comenzó á escribir.... estaba inspirado. El dia lo sorprendió inclinado sobre el bufete y satisfecho de su obra.

Una hora despues, seguido del escribano, se presentó en la prision de Guillen. Tampoco el preso habia dormido, se hallaba sentado sobre la cama, con la cabeza entre las manos. Levantó los ojos y se veía en ellos la huella del insomnio, y brillaba su mirada abatida y sombría. Nunca la cara del Juez se

habia visto más severa. Dirigiéndose al preso le dijo con acento solemne:

—Burlan algunas veces los malvados las previsiones de la justicia humana; pero no podrán burlarse jamás de la Justicia Divina.

Se detuvo un momento y luégo siguió diciendo:

—Raimundo Guillen, dos testigos irrecusables declaran que ese nombre es el del asesino de Rosalía Guillen y Guillen y de Mr. Mauricio German.

Un estremecimiento mal reprimido agitaba al acusado; sus lábios se contrajeron como si quisiera pronunciar algunas palabras, pero la voz se ahogó en su garganta. Entónces el escribano desenvolvió un rollo de papel que llevaba en la mano y leyó lo siguiente:

«En el dia de la fecha, compareció ánte el Sr. Juez de primera instancia de este partido, Mr. Mauricio German, de nacion francés, natural de Chalons, de treinta y siete años de edad, de profesion pintor de paisajes, y prestando juramento de decir verdad en lo que supiere y fuere preguntado, dijo: Que el dia treinta y uno de Marzo de 18.... siendo como las siete de la noche y volviendo el que dice de la parte alta de la ribera,

por el camino hondo, próximo al barranco llamado de la Sima encontró inesperadamente á Raimundo Guillen, vecino de este pueblo; que cruzaron recíprocamente algunas palabras de cortesía, y que el Guillen lo invitó, como cosa curiosa, á ver la boca de la Sima, iluminada en aquel momento por la luz de la Luna que se levantaba por el horizonte; que el dicente se prestó á ello siguiendo al Guillen, que se dirigía á la mencionada Sima, volviendo el antedicho Guillen muchas veces la cabeza, como si quisiera asegurarse de la soledad del sitio en que se hallaban, circunstancia que el declarante no pudo apreciar bien entónces. Declara así mismo que, una vez llegados á la Sima yá dicha, el que habla se acercó á la boca ántes mencionada, inclinándose sobre el abismo conocido con el nombre de la mencionada Sima: que entónces el Guillen empujó violentamente al que dice, precipitándolo en ella, exhalando el declarante un gemido que se ahogó en el abismo.»

La voz del escribano temblaba al leer las últimas palabras y se detuvo un momento.

El acusado estaba lívido y tendiendo la mano hácia el Juez, exclamó con angustia:

—¡Basta...! ¡Basta!

—La otra, dijo el Juez con acento firme.

Volvió el escribano la hoja y siguió leyendo:

«Asimismo, compareció en el mismo dia y hora ante el referido señor Juez. Rosalía Guillen, de treinta y seis años de edad, vecina de este pueblo, propietaria y viuda de Anselmo Guillen y hecho el precitado juramento dijo: Que en la referida noche del referido dia treinta y uno de Marzo, siendo como cosa de las nueve, hallándose en su casa habitacion, sita en las afueras del pueblo por la parte de Poniente, señalada con el núm. 89, y conocida con el nombre de la Casa Azul, se sintió algo fatigada y quiso acostarse, lo cual verificó despues de cerrar las ventanas de su dormitorio, haciendo retirar á su criada Gertrudis que le habia ayudado á desnudarse, que se durmió pronto, pero que su sueño fué muy agitado, lleno de fantasmas y de visiones, que se despertó con el corazon oprimido como si se lo apretara una mano de hierro, dominada por la terrible idea de que la habian enterrado viva, pareciéndole que le faltaba aire para respirar, que entónces se levantó de la cama y abrió la ventana de su dormitorio que cae al jardin que rodea su dicha casa por el lado de Poniente. Declara asimismo la que dice que sería como la media noche, porque la luna

brillaba en la mitad del cielo; que apoyada en el pasamano de la ventana contempló la hermosura del cielo y se sintió trasportada á las regiones de la luz eterna, que rezó mucho y que tranquila y consolada volvió á acostarse, dejando inadvertidamente abiertas las maderas de la ventana, durmiéndose á los pocos momentos. La declarante afirma, que sintió de pronto un frio agudo en el fondo de su corazon, que abrió los ojos y á la claridad de la luna que entraba por la ventana de par en par abierta, vió, como lo verá ante el Juez Supremo el dia de la Justicia Divina, vió, dice, á Raimundo Guillen que acababa de clavar un puñal en su pecho, que la declarante quiso gritar y no pudo, porque la mano del Guillen sujetaba sus lábios, que clavó en el asesino su mirada moribunda y que despues lo oscurecieron todo las sombras de la muerte.»

Al llegar aquí escondió Guillen el rostro entre sus manos, como si quisiera ocultarse á sus propios ojos, y el Juez dijo:

—Lanzado, Mr. Mauricio German á las profundidades de la Sima, el culpable se fingió enfermo y el médico no supo distinguir en las agitaciones de su pulso la fiebre del delito.... En medio de la noche salió sigilosamente de su casa y penetró por la ven-

tana en el dormitorio de su segunda víctima. Consumado tan bárbaro proyecto, volvió á su casa y arrojó en el pozo del huerto el cuchillo ensangrentado.

Diciendo esto presentaba el Juez á los ojos del preso el cuchillo encontrado en el fondo del pozo. Guillen se inclinó hasta tocar con la frente en el suelo y el magistrado le preguntó diciendo:

—Acusado, contesta á la Justicia Divina. ¿No es ésta la história tenebrosa del crímen?...

Quiso hacer Guillen el último esfuerzo, pero sentia que á pesar suyo se escapaba de sus lábios la palabra terrible. Se veia confundido y se sentia anonadado.

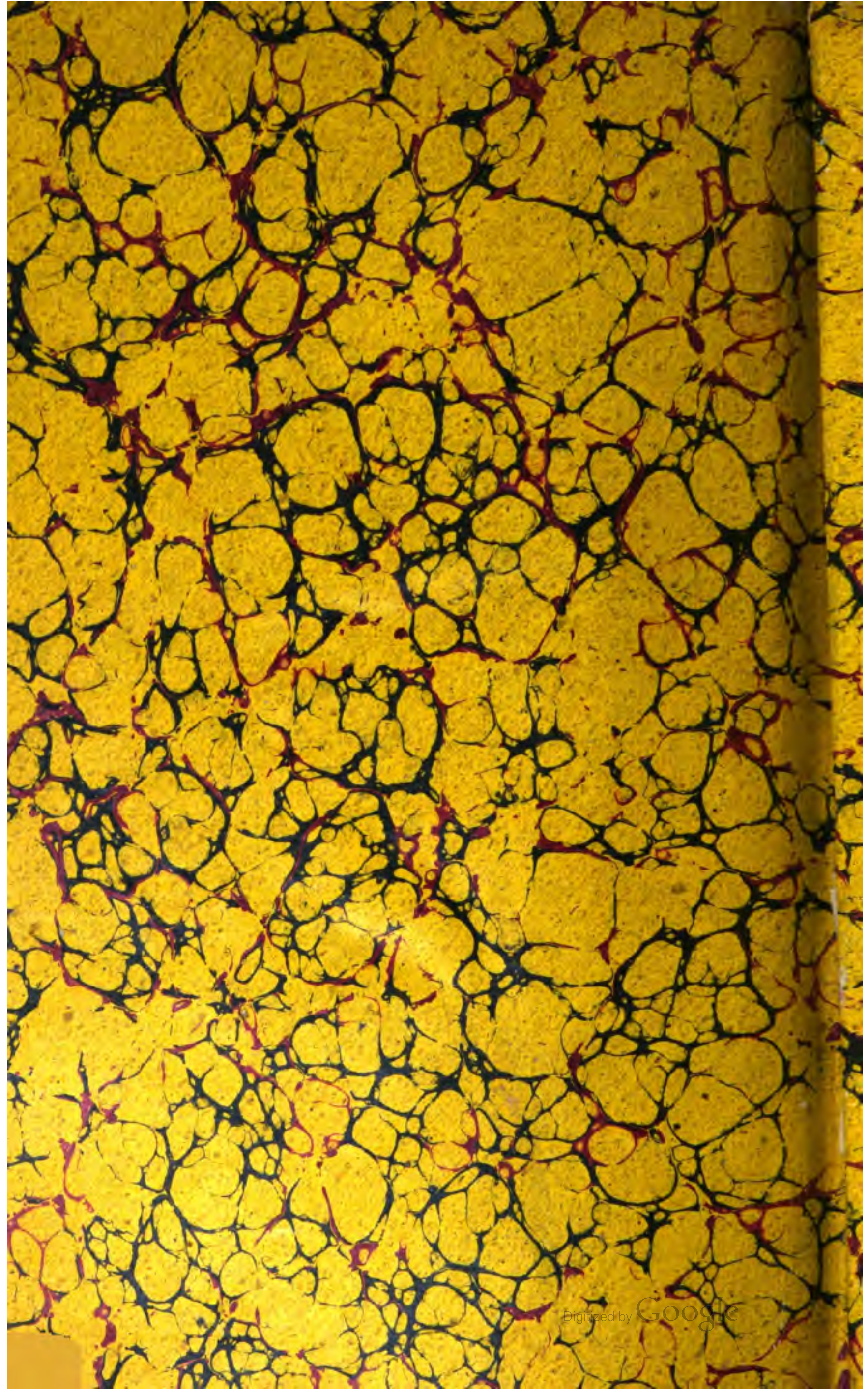
—Sí—contestó al fin con la voz profunda de un sollozo inmenso.

Un rayo de sol entrando en aquel momento por la claraboya abierta en el muro, iluminó la lobreguez del calabozo, y el Juez, levantando los ojos, dirigió al cielo una noble mirada en la cual pedia al Dios de la Justicia misericordia para el culpable.

El reo estaba yá convicto y confeso.



ÍNDICE


Digitized by Google



U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003336943
YB 43735
238326
Selgas
Digitized by Google

